

FRANK LESLIE

Illustration

Americana

Entered according to Act of Congress, in the year 1866, by FRANK LESLIE, in the Clerk's Office in the District Court for the Southern District of New York.

Año 1º

NUEVA YORK, 2 DE ENERO DE 1867.

Número 11.

VERÓNICA.

CAPÍTULO I.

TERMINADA la comida en Pinelands, la señora Erle y sus huéspedes se hallaban en sus aposentos preparándose para un baile, que tendría lugar aquella noche en la vecina ciudad de Baltimore. El señor Erle fué el primero en presentarse en el salón, y al verlo reclinado junto al fuego, todo en él respiraba felicidad—hermoso hombre, y hermoso salón. Al contemplar á este hombre, su dignidad innata, la bondad de su naturaleza, la gracia exterior y sus elegantes modales, no podía uno ménos de confesar que merecía las riquezas y la posición que ocupaba. Dotado de talento y de una noble ambición, era sin embargo ageno á toda clase de ostentación. ¿Qué había pues de extraño en que se le considerara el ídolo del elegante círculo en que se movía, así como el de su propia familia. No hubo pasado solo mucho tiempo, cuando la señora Erle, una de las mujeres mas bellas de su tiempo, hizo su entrada. Al verlos, nadie hubiera imaginado que la jóven á la sazón en el tocador de su aposento, fuese su hija, pues apenas habían perdido la frescura de la juventud. Vestía su color favorito, azul rico y suave, y al cuello llevaba un aderezo de brillantes, en la cabeza ostentaba una diadema de lo mismo, ciñendo sus redondos brazos brazaletes de diamantes también. Estas joyas eran de gran valor, conocidas por su montura de singular mérito, por el gusto con que estaban arregladas.

—¿No tienes alabanzas para mí, Juan? le preguntó.

Por contestación su marido la atrajo hácia sí, con una sonrisa de amor mezclada de orgullo.

—Sí, y muchas, Laura, mas no temas, no te echaré á perder tus encajes. Por mi parte desearía que los vestidos de todas las es-

posas corrieran esta noche igual riesgo; fué su alegre contestación, reclinando su enojada cabeza sobre su hombro.

—Ay! Laura, si me hubiera de separar de tí algun dia, creo que moriría. Cada dia te quiero mas; somos tan felices!...

La esposa se sonrojó al oír las alabanzas de su marido, como si hubiera sido su amante.

En seguida una ligera sombra le cubrió el rostro y suspiró, aunque fué sin intención "Y no somos felices, querido!"

—Una sola nube existe en nuestro cielo, Juan, ya sabes á lo que aludo.

—Sí, Adelaida.

El padre habló con gravedad, pero el corazón de madre á su lado sintió el peso del pre-

sentimiento. — Si llegara á casarse con ese Felix Gordon... dijo ella con lentitud.

—No hará tal, querida mia. Aunque tenga riquezas y posición, estoy en la creencia de que es hombre malo y calavera, y ademas no creo que Adelaida le ame. Todavía no, quiza, todavía no.

Mr. Erle se sonrió ante su ansiedad como

quien en parte simpatiza, y en parte ridiculiza los temores maternales, y luego la estrechó mas contra su seno con amorosa expresión. En este momento se abrió lentamente la puerta, y entró una señora vestida de una tela rara, y de procedencia extranjera, que brillaba á la luz de las lámparas, y que traía consigo una atmósfera oriental, acompañada de olor de especias y de sándalo.

Mr. Erle se levantó para ofrecerle asiento, con aquella dignidad que aleja toda observación, pero por debajo de los espesos párpados de la mujer se escapó una mirada llena de odio mortal, al volverse hácia la dueña de la casa.

—Tiene V. puestos sus diamantes esta noche, señora Erle, dijo ella con suavidad.

—Sí, señorita Badeau, debemos ver muchas celebridades esta noche, y mi marido desea que vaya puesta de lo mejor.

De nuevo se dejó observar la mirada traicionera, en aquellos magníficos ojos, y en seguida preguntó:

—¿Qué distancia hay de aquí á Baltimore, Mr. Erle?

—Diez millas, y de muy mal camino.

—Se corre peligro en él?

—En algunos lugares me temo que sí, pero tenemos buenos caballos, y somos en crecido número.

La parte débil de la señorita Badeau, (si alguna tenia) no era seguramente, la timidez, pues apenas pareció haber oído la respuesta que se le había dado, aunque á todo esto no se había movido en su asiento, en donde permanecía con los brazos cruzados, y los labios entreabiertos.

En aquel momento se abrió de nuevo la puerta, y media docena de personas, ale-



"ATENCIÓN."—CUADRO DE KETZSCHNER, BERLIN.—PAG. 167.

grememente vestidas, entraron charlando y riendo. Al entrar estas, salió la Señorita Badeau.—En el pasillo encontró a un joven, cuyo rostro hermoso y moreno, era parecido al suyo en color y expresión, aunque no en los detalles. Poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo: no entrais ahí. Hasta de aquí a media hora no habrán aún bajado los demás, y tengo que hablaros.

—Tendremos tiempo, Verónica?
Dijo esto como con repugnancia, pero su compañera si le oyó, se le importó poco.

—Sí, tenemos tiempo sobrado, y ella no ha bajado aún. Entrad aquí. Y al decir esto tomó la delantera hacia un aposento pálidamente alumbrado.

Se detuvo ante el fuego, y por un momento guardó silencio.—He estado pensando en el tiempo en que erais mi devoto caballero.

Al oír aquellas palabras, dichas de una manera tan graciosa, algo parecido a la luz de un fuego extinguido se asomó a sus ojos.

—Ya sabéis, le contestó el joven, poniendo la mano sobre la suya con cierta familiaridad, que si lo pasado ha muerto, fuisteis vos quien dió el golpe. Yo me hubiera unido a vos con eternos lazos, pero vos no me dejasteis.

—Lo sé, contestó ella con una ligera sonrisa, esa es la razón por la cual me tomo tal interés en todo lo que os concierne, y el único motivo porque traje a la memoria el tiempo pasado, fué para garantizaros esto mismo.

Ella triunfó, pues él todo lleno de interés, prestó ávido oído, y al darle ella el brazo, pasaron por el aposento, usando de mas confianza que la de entre amigos, aunque menos amorosos que los amantes.—El haberos traído aquí tiene por objeto ayudarnos en vuestros nuevos amores, dijo, bajando la voz a un tono confidencial; arriesgais el éxito con vuestro apresuramiento y a menos que os recojais algun tanto lo perderéis de un todo.

—Otro tanto me dijisteis cuando hice el amor a Maria Bruce, y sin embargo se me escapó entre los dedos.

—Esto es debido a que solo seguisteis mi consejo a medias. Esta dulce flor os pertenecerá con tal que deis oído a la prudencia ordinaria.

—Entonces era yo pobre, hoy soy rico y mi propio dueño.

—Es verdad, pero todo sois aquí, Félix, menos el favorito; y Wilfred Holmes os conoce lo mismo que yo. Odio a ese hombre que nos es peligroso y cuya influencia en esta casa es absoluta, todos le creen perfecto, no obstante, Adelaida será vuestra.

—Creéis que me aceptará?

—Por de contado, como acepta el lirio el agua. Félix Gordon se desahogó en un suspiro.

—Pero la madre no, añadió la Srta. Badeau, despues de una pausa, la pasión os ciega, pues de otra manera observarais la frialdad con que os trata. De una manera u otra ha llegado a saber que tenéis un vicio.

Gordon no contestó de mala manera, aunque su ánimo decayó; esta mujer tenía evidentemente el poder de dominarlo.

—Por lo tanto debéis ser cauteloso y no darle ocasión de que os pueda hablar, porque si os despide ahora, poco costaría a Adelaida el ovidaros.

No os declareis hoy ni mañana y hasta que ya hayais obtenido su mano, no acerqueis una gota de vino a vuestros labios. Porqué no ha de conseguir mi Ahab lo que desea?

El tierno epíteto pareció no ser muy del gusto de Gordon, tal fué la veleidad del dicho, y contestó con rudeza:

—No veo delito alguno en hacer de una niña la mujer de un hombre de bien.

—Ciertamente que no, dijo la Srta. Badeau, en tono de burla. A tan abierta provocación, contesto él:—haceis mal en zaherirme, soy tan bueno como vos.

—Jamás lo he negado, repuso ella con calma, nadie me ha acusado aún de ser buena, y si intento servirlos, débese a la tierna memoria de nuestro pasado amor.

—No veo inconveniente en seguir vuestro consejo, si creis que la madre me hace oposicion, á pesar de que no hay absoluta necesidad, puesto que tengo intenciones de cambiar de vida.

—Por de contado, dijo la señorita Badeau, con desden, al olor de la rosa de Mayo, volveis á los días de la niñez y á los de la pubertad, olvidais ó desechais los pasados deslices, y por amor á esa criatura hariais cualquier cosa, os atreveriais á todo, entonces vuestras pasiones violentas, se asemejan á los carneros que triscan en las praderas de verano, y entrando en una nueva vida, conservareis la rosa en el ojal de vuestro frac, hasta que se marchite; entonces, bajaréis el telon.

Los ojos de aquella mujer brillaban con extraña hermosura, como la deidad de la noche, cuando recostada sobre su brazo, se burlaba de lo mas sagrado.

Quizás sus pensamientos parecidos á los que acababa ella de describir, le cruzaban á Félix en aquel momento por la imaginación, pues tenia fija la mente en su rubia Adelaida y por el momento inclinó la cabeza.—De buena gana se hubiera desecho de aquella, pero se encontraba atraído por una extraña influencia que no era ya amor, ni tampoco respeto ó estimación, pero que, sin embargo, tenia el poder de dominarlo.

CAPITULO II.

CONCLUYÓ por fin el baile, y los huéspedes de Pinelands habian llegado a casa, en donde encontraron un buen fuego respirando todo un aire casero. Se sirvió café para los que deseaban tomarlo, en el salon inmediato á la sala, pero pocos fueron los que se acercaron á la mesa, encontrándose los mas tan fatigados que dieron desde luego preferencia á la cama.

Adelaida subió á su aposento con despacio, porque si bien su juventud la ayudaba á combatir el cansancio, bajo el peso del disgusto succumbia con facilidad, y Félix, como buen diplomático, se habia manejado de tal modo que la noche concluyó por un acuerdo entre ellos.

La señora Erle, dotada de un espíritu incansable, era la única que quedaba junto al fuego, al lado de su marido, y en compañía del amigo

mútuo Wilfredo Holmes. Estaba conforme, pues su hija habia seguido al pié de la letra el consejo que le dió, de tenerse á la mayor distancia posible de Félix.

—Dije á Weeks la camarera, que no me esperase, prorumpió la señora Erle, levantándose para salir. No se encontraba bien, de manera que tardaré mas de lo ordinario, pero ante todo, desabrochadme la diadema, porque esta operacion me es siempre fastidiosa.

El marido con pacientes manos, hizo lo que se le pidió, y mientras Holmes salió á dar órdenes al portero, le echó los brazos y le imprimió en el rostro un beso apasionado.

—Estais mas hermosa aun esta noche que nunca, querida esposa, le dijo, siempre bondadosa y agradable.—No podeis imaginar la impresión que me hace cada palabra que oigo en vuestra alabanza.

—Gracias, amor mio, contestó echándole los brazos, y acercando los labios para otro beso. En seguida se desprendió de él, para hallarse libre á la entrada de Holmes. Poco despues dejó á ambos, con una luz en una mano, y los diamantes en la otra. Al despedirse Mr. Erle de sus amigos aquella noche parecia poseido de la serenidad mas completa.

Su señora rara vez se quedaba dormida ántes de que él llegara, pero sintiéndose impaciente para decirle algunas palabras, creyó llegar ántes á su antecámara atravesando su dormitorio que por la puerta exterior. Por tanto, aunque con alguna dificultad, abrió la puerta del dormitorio, pero observó que una gran corriente de aire se le oponia, y concluyó por apagarle la luz. Solo tuvo tiempo de ver que la ventana opuesta estaba abierta, y que al entrar, la cortina habia oscilado por algunos momentos.

Una ventana abierta á aquella hora—y en una noche tan crudísima—le pareció tan extraño, que por algunos momentos llamó á su mujer en tono agitado, pero no obteniendo contestación, un sudor frio le cubrió el cuerpo.

Su primer impulso fué cerrar la ventana, ántes de encender la luz, y con este objeto penetró de lleno en la alcoba.

Al atravesar esta, sintió algo como mojado en el piso, y esto lo confundió aun mas, y lo que se le ocurrió en seguida fué que Laura se habia desmayado despues de haber abierto la ventana en busca de aire.

Se encontraba ya junto á la ventana, que cerró en seguida impidiendo así la entrada al aire, y luego escuchó; pero nada interrumpia el silencio. Se dirigió á la antecámara en donde recordó que por lo general se encontraban cerillos, y con trémula mano hizo lumbré; entonces, ¡ay dolor! la que era luz de sus ojos, la amada de su corazón, y la compañera de tantos años, yacia reclinada en el sillón que tan cerca habia tenido cuando escuchaba, su vestido habia sido desabrochado, exponiendo los brazos y su blanco seno, mientras que por la enagua y por el suelo corria la sangre en abundancia. Del suelo elevó la mirada hacia aquel rostro del cual habian desaparecido la luz y la alegría de su corazón, para no volver jamas en la tierra, y llevando las manos á la cabeza, prorumpió en un grito tal de agonía, que jamas se borró de la memoria de los que lo oyeron.

Un momento despues habia ya rechazado el horrible pensamiento, y se hallaba á la puerta pidiendo ayuda á voces.

Aquello se parecia á la muerte, y sin embargo tan poco tiempo hacia que aquel cuerpo rebosaba de vida y salud; no podia estar muerto.... Pocos momentos despues, se abrieron todas las puertas, y los que pudieron, volaron hacia el aposento, con aquel terror vacilante propio del que es alarmado durante el sueño.

Holmes desde su lejana habitación oyó el grito, y casi al instante se le veia subir las escaleras de cuatro en cuatro. Cuando llegó á la alcoba, vió que otros le habian tomado la delantera, y el pobre Erle con el rostro de su esposa sobre el pecho, por toda contestación, señalaba á la ventana.

¡Que escena tan desgarradora! El cuerpo, la sangre, la agonía viviente del marido, y las angustiosas fisonomías de los dos niños que acababan de despertar y que no podian hacerse cargo de la realidad de su desgracia.

Entre los huéspedes se encontraba, haciendo una corta estadia, un eminente facultativo, que al examinar el cuerpo aseguró que la vida habia ya concluido.

Por la naturaleza de la herida, vino en consecuencia de que la muerte habia sido instantánea, y por el reposo en que se encontraban las facciones sospechó que el cloroformo habia sido empleado, pues no existia vestigio alguno de dolor, ni tampoco señales de resistencia. En contestación á las preguntas del doctor, Mr. Erle hizo un relato de la manera en que habia encontrado el aposento, y apesar de lo agitado que estaba, lo que dijo fué expresado con su acostumbrada claridad.

—¿Se ha echado algo de menos? preguntó la Sta Badeau evidentemente tiritando de frio y terror.

La pregunta dió lugar, á que se escudriñara, y se halló que los diamantes que ostentaba la difunta aquella noche habian desaparecido.—Inmediatamente llamó el señor Holmes á los criados para que lo siguieran al jardín, debajo de la ventana, con objeto de ver si daban con las huellas de los asesinos, pero la dura tierra, endurecida por las recientes escarchas, no conservaba ninguna. La parra que rodeaba la ventana se encontró suelta en la parte superior, como si alguien se hubiese colgado de ella, y la hubiera roto. Fuera de esto solo otra huella quedaba, y era un anillo de valor, que debió haber sido extraído del tocador, y que se halló á alguna distancia de la ventana.

M. Erle no hizo observación alguna al oír que habia sido robado de tantos miles en diamantes. Habia perdido su joya, y á su lado las demas no tenian valor.

CAPITULO III.

No bien habia entrado el día y la vecindad se hallaba ya toda en conmoción. El aserto del doctor Cairns puso fuera de duda en pri-

mer lugar que la Sra. Erle habia sido positivamente adormecida ántes de recibir el golpe fatal; y en segundo que la herida habia sido producida por un instrumento pequeño y muy cortante; todo lo cual se desprendia de la manera cautelosa y atrevida con que habia sido ejecutado el acto, revelando sin disputa la presencia de una mano experta en la manera de matar mas rápida y científicamente, pues la herida habia sido dirigida al corazón, y salvo la sangre, poco rastro habia dejado de tan funesta tragedia.

Tomando sin embargo en consideración, la primera parte del aserto, ó sea el adormecimiento por medios artificiales, con dificultad se podria sostener que la muerte habia sido dada simplemente con objeto de robar, al menos que se basara sobre la suposición de que ántes de perder el sentido, hubiese reconocido suficientemente al asesino para poderle acusar fuese quien fuese.

Estas fueron las únicas circunstancias de que se hizo mérito ante el juez de instrucción, y como sucede amenudo, el horrible misterio acrecentó el interés hasta un alto grado.

El resultado de la investigación fué muy poco satisfactorio al Sr. Holmes pues en su opinion el asesino debia buscarse en la casa, y hasta entonces nada se habia dicho sobre este particular.

Los pocos criados que no estaban en pié aun cuando llegó la familia del baile, dieron cuenta del corto tiempo que pasó entre el accidente y la separación entre la Sra., Holmes y su marido. El sospechar de los huéspedes, cuya posición en el mundo era tan conocida, señoras y caballeros que acababan de dejar un baile, en donde todos se habian divertido juntos, era un absurdo. Quizá bajo el imperio de la provocación algunos de entre ellos, hubieran podido cometer un asesinato, pero lo que es un robo, jamas.

Por la tarde, despues de haberse marchado los huéspedes, reinaba en aquella mansion la mas perfecta quietud y silencio, al menos en la parte no habitada por los criados, pues estos uniéndose en pequeños grupos, se contaban mutuamente sus sueños, y las versiones distintas del terrible crimen que se acababa de perpetrar, todo lo cual, sin embargo, en nada ayudaba á aclarar el misterio.

El Sr. Erle salió de la biblioteca conforme con que le dejaron vagar en su desgracia á donde gustase, y aunque contestó las preguntas de la policia, no se sentia con fuerzas suficientes para escuchar la retahíla de pesames etc., que le hubieran llovido si hubiese salido ántes de aquel salon.

En la casa pues reinaba la quietud, pero era una quietud llena de pavor. Los policias mas afamados se hallaban de guardia en el interior, mientras por todos los Estados Unidos corrian órdenes para arrestar á los asesinos.

Inmediatamente se puso en circulación la descripción de las joyas perdidas, y se ofreció una fuerte recompensa en favor del que diera cualquier noticia que pudiera conducir al arresto del culpable.

Holmes veia que todo lo que se podia hacer por las personas acostumbradas á desenredar el crimen, se habia puesto en práctica, y sin embargo, en sus adentros no estaba satisfecho.

¡Triste morada! ¡por cuántos días y cuántas noches ella solo ocupó la imaginación de todos! ¡Pobre y frágil Adelaida, pobre Beatriz!

CAPITULO IV.

La casa de campo de Felix Gordon en Mordna era sin duda una hermosa morada, pero no tenia visos de comodidad, y ni aun la presencia de su hermosa prima, Verónica Badeau, era lo bastante para alegrarla. Hacía seis meses que la rica heredera del Sud estaba de visita en casa de su tío Gordon. Verónica aunque entrada ya en años, conservaba aun fresca la primera hermosura, y parecia agradecerle tanto el Estado de Maryland, que olvidaba la Luisiana. Los días de invierno se acababan ya, y el sol opaco se retiraba tras los montes, cuando la Sta. Badeau recorria á pié el corto camino de carruaje que circundaba la casa, cuyas ventanas se cerraban, y que oscureciendo así la luz interior, pudiera haberla invitado á entrar. Muy lejos, sin embargo, estaba ella de esto, aunque de vez en cuando volvia la vista hacia el sol poniente, ó hacia las colinas, en donde se veian las luces de las vecinas habitaciones.

Se encontraba á la sazón arropada en un gran chal, y tenia el sombrero fuertemente atado bajo la quijada con un velo negro, que apenas le cubria el rostro ó hacia sombra á sus penetrantes ojos. Aun en el corto crepúsculo de invierno, se distinguia aquel negro pronunciado de sus cejas, que tan pocos criticos han condenado. No se puede decir que se notara impaciencia en su andar, pues apesar del frio que hacia, caminaba con despacio.

Todo en su rostro respiraba satisfacción, y tranquilidad, que en verdad bien poco de acuerdo estaba con el salvaje de las vistas que la rodeaban, de cuando en cuando sin embargo se le entreabrian los labios como quien se contesta alguna fantasía. Aquel ojo cruel, tranquilo y modesto, era á la vez dulce en su expresión.

Felix Gordon, con la fisonomía decaída, se le puso de repente al lado.

—¿Y bien, Felix? le preguntó.

—Todo se conspira contra mí, contestó Felix, no puede estar peor la cosa.

—Algo hay que pudiera haberla empeorado, interpuso Verónica con suavidad.

—¿Y es? preguntó Gordon.

—El que hubiese vivido.

Una pequeña estrella se asomó en el poniente, y Verónica se detuvo á contemplarla. —Qué extraño parece, continuó con voz apagada, cuyo metal simpático era difícil de resistir, que ella que era tan hermosa, se hubiera transformado en una cosa tan horrible, que su mismo marido evitaba el estar junto á ella.

Diciendo esto se volvió á Felix que observó lo tranquila que estaba y preguntó:

—¿Se ha encontrado el asesino?

—Ni trazas. Ojalá que tal hubiera sucedido, añadió haciendo uso de una terrible palabra, que la hizo palidecer, y así hubiera concluido todo.

—¿Todo qué? preguntó con lentitud.

—El ruido á que da lugar la investigación y demas pesquisas, que de seguro concluiria.

—Vos no deseais que la justicia quede burlada, por de contado, continuó ella.

—No, por cierto, ántes le colgaria yo mismo de la mas alta encina, contesto Felix con vehemencia.

—¿Y porqué es, que os interesa tanto?

—Tanto como á vos, dijo Felix, si á vos no os inquieta la idea de un asesinato junto á vuestra nariz, en donde uno mismo pudiera haber sido el autor, á mí sí.

—Hablais con rudeza, dijo Verónica con altanería, seguramente que no se sospecha de vos.

—Ha llegado al extremo de que se sospecha de todos, y uno de los periódicos, dando todas las vueltas posibles á la instrucción, se deja decir que hasta el mismo Sr. Erle en un momento de locura, pudo ser el asesino, y haberle olvidado.

—Eso no se comprende, pensó la Sta. Badeau, todo el asunto es horrible, y ningun bien se sigue de hablar de él, pero sirvaos de consuelo que si hubiera vivido, vuestro capullo se os hubiera escapado.

—De todos modos la he perdido, pues no veo la ocasión de acercarme á ella.

—¿No tenéis paciencia? Si yo tuviera un objeto análogo, iria con cautela, con vigilancia y con paciencia; y garantizaria el éxito, pero se necesitan las cualidades que acabo de enumerar.

—Así me hablais siempre, pero os consta que odio la diplomacia.

—Seguid, pues, vuestra senda, dijo ella casi con rabia, que yo seguiré la mia. ¿Qué se gana en arguir con semejante hombre?

Al decir esto, se volvió con presteza hacia la casa dejándole que siguiese si le placía; por la noche, sin embargo, eran ya amigos de nuevo, y sentados junto al fuego reasumieron su conversación.

—¿Habeis oído en vuestra vida un grito semejante al que dió el Sr. Erle, cuando vió el cadáver?

—Yo no lo oí, dijo, pues dormia;—y á todo esto volvia la vista hacia todas partes. Ella le seguia los movimientos, sin hablar.

—Os digo que dormia, continuó, haciendo uso á la par de las mas horribles palabras.

—Dormiais en verdad? dijo ella con un acento glacial.

—Y esto es lo peor, prorumpió con acritud, que cada uno sospecha del otro.

—Hay algo sin duda de desagradable en ello, pronunció con el mismo acento glacial, pero para vos todo esto pasará.

Al oír estas expresiones se volvió y le echó una mirada como si hubiera querido concluir con ella en el acto, pero Verónica permanecía impassible, y como quien se halla entregado á sus propios pensamientos, no le miraba á él sino al fuego. No podia él comprender si ella en realidad creia lo que decia, ó si era solamente parte de la cadena de palabras con las cuales parecia deleitarse á manera de salvaje en provocarle.

De todos modos, le contestaba, que se hallaban en circulación las sospechas mas feas, y aun aquel mismo dia habia observado la frialdad con que habia sido tratado por los miembros de la cacería.

¿Tendria acaso Verónica algun oculto pensamiento? ¿Habria quizá oído alguna insinuación que le pudiese inculpar á él? Con ojo firme y feroz la cuestionó, y á la verdad, al ver la expresión de que era víctima, cualquiera hubiera creído muy posible una segunda tragedia, escasamente menos horrible que la primera.

Cualquier mujer hubiese temblado ante semejante mirada, pero Verónica ni mudó de color, ni sintió acelerársele el pulso; ningun movimiento nervioso dió á conocer que sentia temor. Los ojos fijos en el fuego, esperó hasta que Felix gradualmente retirase su mirada, hecho lo cual, éste se tiró sobre un sillón, usando expresiones tales, que hubieran hecho enfriar la sangre á cualquiera, pero que Verónica apenas pareció haber oído.

EL PRIMER BESO.—Todos los enamorados se figuran que ellos son los primeros en tocar el corazón de las muchachas bonitas. Pero el cubano enamorado es quizas mas exigente en este particular que ningun otro hombre bajo el sol. Ninguno de estos quiere ser, lo que se llama en Cuba plato de segunda mesa, y lo es para ellos el segundo amor y el segundo beso. No hay cosa que cure mas pronto una pasión que el averiguar que la enamorada quiso, ó besó á otro hombre.

Un cubano que reside en Hoboken, se enamoró perdidamente de una de las muchas americanitas que viven en la parte setentrional de esta histórica isla de Manhattan. La muchacha era linda, graciosa, elegante, con aire de inocencia tal, que parecia que en su vida habia quebrado un plato. En una palabra, nuestro Marsilla no creyó menos sino que habia tropezado con el ideal de la belleza y el candor. Razon tenia para estar enamorado, para hacer toda clase de sacrificios por ella, como llevarla al teatro á ver la Ristori, á cenas en Delmonico y la Maison Dorée, á paseos en tilbury por el Parque Central, á navegar en góndolas en los lagos á la luz de la luna y luego mano á mano en las altas horas de la noche, conducirla hasta Harlem, para darle un tierno adios en la escalinata de su morada.

Despues de tantas y tales escenas románticas, nuestro enamorado se armó de valor para pedir un beso á su Isabel. Le sorprendió altamente la facilidad con que accedió á la petición. Y naturalmente le entró la duda de si su enamorada era tan inocente como parecia. Así, le preguntó:

—¿Ha besado V. alguna vez á otro hombre?
 —Toma, contestó ella, sorprendida de la pregunta, ¿Pues no sabe V. que yo estaba comprometida á casarme el año pasado?
 —¿Y besó V. á ese hombre?
 —Ya se ve que sí.
 —¿Dónde le besó V.?
 —Donde se besa. En la boca.
 Esto fué bastante para que nuestro paisano quedase curado radicalmente de su pasión. El ídolo era de fino barro y en la primer caída se hizo pedazos.

LA MADRE.

BALADA.

I.

Pendiente está de las ramas
 Lo tosca y humilde cuna,
 I á su pié sentada Odelia
 Parece que una por una
 Por su mirada seguidas
 Cuenta las blandas mecidas.
 Pasa un rato y otro rato
 I no percibe su oído
 El mas leve movimiento
 Del bello infante dormido:
 Se asusta, tiende la mano,
 I quita el velo liviano.—
 Al punto gozo y ternura
 Dan á su rostro expresivo
 Expansion celeste y pura:—
 El tierno infante está vivo.—

II.

—“Duerme, duerme, flor galana
 Del vergel de mis amores,
 Mas no me des con tu sueño
 Mas zozobra ni temores.
 ¡Oh! no te apartes del suelo
 Aunque sueñes con el cielo.
 Tu eres ya vivo trasunto
 Del que amé con toda el alma,
 Tú eres ¡ay! para mi pecho
 Aire y lumbre, gozo y calma:
 Tú serás mi apoyo un día,
 Tú serás la gloria mía.”—
 I á besarlo va anhelante,
 Lo descubre.... y queda yerto
 El amor en su semblante:—
 El tierno infante está muerto.—

R. Z.

LA PIEDRA FILOSOFAL.

LEYENDA.

En un antiquísimo libro alemán que tiene por título *Gluschtloff*, esto es, “Vaso de ventura,” se encuentra relatado el asunto que forma la siguiente leyenda:
 Por los años de 1011, en las cercanías de la ciudad de Halle, vivía un alquimista á quien llamáremos Federico Bower, alquimista, que, mas afortunado que sus colegas todos del tiempo pasado y del suyo, habia dado, á lo que parece, con la piedra filosofal, ó mas claro, con el secreto de reducir á oro todos los metales.
 El caseron murado en que lo mas del año vivía, se levantaba en medio de un bosque, y casi siempre estaba en él completamente solo; pues aunque Federico Bower era rico, riquísimo, como que de sus crisoles salía el oro á voluntad suya, merced al *Gran secreto* de que era poseedor, nadie sentía por él cariño ni él lo sentía por nadie.
 Envanecido con su saber, era orgulloso hasta ver tamaño al mismo Satanás, y además de su orgullo que le inspiraba desdeñarse por todo el mundo, el hábito de las profundas meditaciones le habia comunicado el aspecto tétrico de la piedra de una huesa. Nadie habia visto una sonrisa en sus labios, y esto hacia que en muchas leguas á la redonda causase su solo nombre general pavor; temerosa de maleficios, la gente se persignaba de escondidas apenas le veía, y los hombres mas animosos hacia el mismo, diciendo en voz baja: “Bien podemos sin vergüenza temer á quien no teme ni á Dios ni al diablo.”
 Y en efecto, Federico Bower estaba persuadido de que su poder era bastante á contrastar el del mismo diablo, y casi se burlaba de la justicia de Dios. Estaba asegurado, por decirlo así, contra la muerte por medio de un filtro de larga vida, invención suya, y bebiendo de él por mañana y tarde; desafiaba los años y gozaba de una especie de inmortalidad.
 Al decir que gozaba he dicho muy mal.
 Vosotros, tantos y tantos como estais padeciendo en esta tierra de penas y trabajos, quizás envidiais ya el alquimista al pensar en el mucho oro que tiene sin duda amontonado y en los placeres que le proporciona.... ¡Ay! no basta poder satisfacer los deseos todos para ser feliz, sino que es necesario desear algo, y Federico Bower, saciado, disgustado de todo, habia llegado al punto de no desear nada; los recursos infinitos de su gran saber le habian puesto en el caso de no suspirar por cosa alguna, tan fácil le era á todas horas la realización del menor capricho, y ageno á dolores y á pesadumbres, sin dolencias de cuerpo á causa de su privilegio de salud perpetua, sin ambicion en el alma como que nada nuevo le quedaba por saber ni por adquirir, misántropo por orgullo por no ver en los semejantes suyos sino seres inferiores é inferiores, y por lo tanto sin amistad ni trato con nadie, Federico Bower se aburría.....
 Es singular, direis quizás; pero ello es la verdad, y á tal punto llegó su aburrimiento, que aquejado de la negra dolencia que tiempo después habian de inventar los ingleses llamándola *spleen*, el alquimista pensó en suicidarse.
 A esto se llega indefectiblemente cuando todo causa hastío, cuando de puro haber gozado de no se goza ya, cuando no se busca en Dios el consuelo de trabajos cuyo peso nunca agobia si lo compartimos con él.
 Lo que si nos pesa hasta estenuarnos es una vida inútil y sin objeto, y la del alquimista, una vez alcanzado el fin de sus anteriores afanes, lo

era hasta un punto indescriptible: en su pecho anidaba un egoismo sin igual, y su corazón, frío y seco como su oro, ni siquiera sospechaba la suprema dicha de hacer el bien dando limosnas ó consuelos.
 Asomado una noche de otoño iluminada por la luna al balcón de su laboratorio, Federico Bower dejaba vagar su alma por las melancólicas ideas de su desesperacion, cuando de pronto le pareció oír ayes y sollozos. Presta el oído; conoce que la voz sale del bosque á pocos pasos de él, y por primera vez en su vida, ábrese su corazón á un grito de angustia y sintió en el pecho como el lejano calor de una saludable llama de ternura.
 ¿Qué ocurría?
 Que una pobre viandante habia caído en medio del camino; hermosa y de pocos años, sin fuerzas, roída por una enfermedad cuyos rigores, á lo que decían los andrajos que la cubrían, habia aumentado la miseria, estaba sin conocimiento al llegar el alquimista; porque habeis de saber que en un instante corrió Federico Bower del balcón á la senda del bosque.
 La jóven estrechaba en su pecho árido y enjuto á una débil criatura que parecia haber venido al mundo hacia pocos meses y estar en él únicamente en tiempo necesario para quedar huérfana. Sus ojos buscaban la habitual sonrisa de su madre, y sus manecitas procuraban despertarla de su sueño; pero ¿era su sueño aquel de que no se despertara? El grito á que un supremo esfuerzo del amor maternal habia dado la fuerza necesaria para llegar hasta el alquimista, ¿habia sido el postrero?
 A semejante espectáculo, al cual daban sombra los añosos abetos del bosque, cuyo melancólico follaje bañaban los rayos de la luna con luz funeraria, Federico Bower sintió que en su interior pasaba algo muy ageno á los afectos que en él moviera la ciencia: en él se despertaba el sentimiento, y á decirlo mas bien, nacia.
 Nunca su mirada habia descendido á un dolor humano; la pena de los demás, ¿qué le importaba? El no sentía ninguna, y si de algo padecía—de aburrimiento y hastío, hemos dicho—era su mal un exceso de bienestar, era saciedad, que no miseria. Pero ¿qué importa que así fuese, si en aquel momento la compasion entraba por fin en su alma, si con ella experimentaba el deseo, la necesidad de socorrer y consolar?
 ¿Para la jóven infeliz la compasion era supérflua; ¿estaba muerta!
 Mas ¿y el niño?... ¡Ah! cuánta elocuencia habia en el ruego que expresaban sus grandes ojos azules, sus manecitas juntas y el temblor de sus labios, que querian hacer llegar al oído palabras que la lengua aun no sabia. “Sé túmi padre, parecia exclamar, yo seré tu hijo.”
 El alquimista lo tomó en brazos, el huérfano se sonrió como dándole gracias, y aquella sonrisa suya acabó de abrir el corazón de Federico Bower. Envolviendo el niño en su gaban de marta, llevólo á su casa con precauciones que parecían de madre, tan tiernas eran, extendió en el suelo blandas pieles, dejó en ellas al infante, y cerrando solícito la puerta, corrió al parque; de allí volvió con una cabra destinada para amamantar interinamente al niño, y luego que lo vio saciado y tranquilo, dijo el sabio: “Pensemos ahora en la difunta.”
 Yerta y fria la encontró: Bower abrió un hoyo, y después se enterró en él á la madre infeliz, cubriéndola con una gran piedra del camino; en aquel duro trabajo gotas de sudor y lágrimas caían á una en la piedra que empujaba delante de sí.... ¡Lágrimas benditas! ¿Sus ojos no habian llorado nunca!
 Pero no todas cayeron en la funeraria losa: algunas habian caído en su alma y ablandarla, porque Federico Bower sintió que sus rodillas se doblaban ante el cadáver de una desconocida, y sus labios quisieron balbucear una oracion ya olvidada que de niño le enseñara su madre.
 ¿Caridad fecunda en milagros! Aquel lo era tuyo.
 Al volver á casa el sabio quedó asombrado al ver que el reloj de arena del salon señalaba media noche; ¿largos años hacia que para él no habian pasado las horas de aquel modo insuperables!
 El iba á acostarse contento como nunca lo habia estado, cuando le pareció oír los vagidos del niño. ¿Estará enfermo? pensó acercándose á la improvisada cama del huérfano; ¿por qué no duerme?
 Por lo visto Federico Bower empezaba á tener corazón de madre.
 El niño no estaba enfermo, pero tenia frío: con sus movimientos habia apartado las pieles y su cuerpecito estaba aterido.
 El alquimista deseó entonces tener una cuna, y por una, y para que una mano mas diestra que la suya hubiese mecido al tierno infante con el suave movimiento que lleva el sueño á los ojos de las pobres criaturillas, habria dado todo su oro. A falta de todo esto encendió un gran fuego en la vasta chimenea, puso al niño en sus rodillas, acercólo poco á poco al grato calor de la llama, é imprimió en su agraciado rostro el primer beso.
 Una sensación de inefable placer llenó el pecho del alquimista.
 En esto soplabla el viento, y la chimenea mas voraz que las nuestras, iba apurando la provision de leña allí amontonada. ¿A dónde ir á buscarla? Al bosque; pero es mas de media noche, y la luna que poco ha brillaba, se ha ocultado entre negras nubes. Además, por ello habria debido dejar al niño.... y el niño duerme; cualquier movimiento puede despertarlo, y Federico Bower, que empieza á tener corazón de madre, no se habria atrevido á ello por todo lo del mundo.
 En semejante apuro fué cogiendo los preciosos muebles que halló al alcance de su mano, y sin vacilar los arrojó á fuego para alimentar la llama.
 Pero la avidez del hogar parecia benaumentado que crecia la dificultad de satisfacerla. Los muebles quedaron devorados en un abrir y cerrar de ojos, y de ellos no quedó mas que la

fragancia que dejaron al quemarse las preciosas maderas.
 ¿Qué hacer?
 Esparcidos en la mesa y por el suelo hay allí manuscritos fruto de las vigiliyas y lucubraciones del sabio; aquellos pergaminos contienen su gran secreto y las difícilísimas operaciones por cuyo medio llegó á poseerlo: son el trabajo de cincuenta años, y cada una de sus líneas ha costado dias y noches pasadas en peligrosos experimentos.... ¡Nadie los toque! ¡Esos libros pueden hacer rico á otro hombre, pueden dar luz á toda una generacion, quizás á la humanidad entera! ¡Si llegan á perderse, se pierde con ellos el gran secreto, y siglos y mas siglos se necesitarán para hallarlo otra vez, y eso en caso de que al fin se halle!
 Pero ¿por ventura la caridad cuando es sincera ha pensado nunca en semejantes cosas?... ¿Qué es un libro comparado con el llanto de un huérfano? Una lágrima pesa mucho mas en la balanza de un buen corazón.
 Federico Bower no vacila, coge los interesantes pergaminos y los arroja al fuego.
 ¡Gran sacrificio!... pero el niño no se habia despertado, el niño no tenia frío.
 Al quebrar del alba, el sabio amontonó las pieles junto á los restos del brasero, añadió á ellas su gaban de marta, abrigó con todas al tierno ángel, que dormia aún, dióle dos besos, ensilló el caballo, y partió á escape á la ciudad, á la cual llegó agitado é impaciente, cuando sus moradores estaban entregados todavia al sueño.
 Sus criados quedaron sorprendidos al verle tan de mañana, pero mas aún se sorprendieron al oírle decir:—¡Pronto una nodriza y criadas! ¡Seguidme todos!—Su primer pensamiento fué que su amo se habia vuelto loco, ó por mejor decir mas loco que de costumbre; pero de buena ó mala gana hubieron de seguirle, y llevar con ellos una nodriza.
 Federico Bower se habia adelantado á todos, y hacia una hora que estaba en la casa del bosque cuando ellos llegaron. Al entrar le vieron con el niño en brazos haciéndole amamantar por la cabra: los criados no se atrevieron á creer lo que estaban viendo.
 Tampoco podian creer lo que oyeron así que su amo les dictó sus órdenes: á su voz áspera é imperativa habia sucedido una expresion suave, casi suplicante. Sus facciones habian adquirido tambien cierta suavidad, sus ojos brillaban sin vista, y los labios, antes siempre contraídos por glacial indiferencia, estaban entreabiertos por franca sonrisa.
 —Habrá inventado otro filtro, decian todos, el filtro del buen humor; ó quizás ha descubierto el secreto de convertir los metales, no en oro, sino en diamantes.
 Para nosotros no es un misterio la causa del prodigio; habíalo obrado la compasion para con un huérfano. Cuanto pasa por el crisol del corazón se convierte en oro.
 El caseron, antes silencioso y solitario como un laboratorio, adquirió animado y bullicioso aspecto, y el centro de todo aquel ruido y movimiento era una cuna.
 Federico Bower no salia de allí; aquel era todo el móvil de su existencia. Casi nunca abria sus libros; sus ojos vagaban distraídos, y aun lo estaban menos que su corazón.—¿Si tendrá apetito? ¿Si tendrá frío? ¿Si le faltará algo? Estas preguntas resonaban sin cesar en aquel pecho antes insensible á todos; á ellas habia de darse inmediata respuesta, y las mas de las veces iba el alquimista á buscarla junto al bullidor y agraciado niño.
 En verdad que nuestro alquimista tenia el corazón de una madre.
 Así vivió tres años; el huérfano habia crecido, y estaba bueno y alegre; tambien el corazón se habia formado, y Federico Bower podia ya conocer la gratitud de su hijo adoptivo en las caricias que los labios de rosa y las manecitas de los niños saben prodigar y variar hasta lo infinito.
 Pero llegó un día en que la observadora mirada del sabio creyó ver las mejillas purpurinas de su hijo coloradas por la inocencia y la salud, cubriéndose de ligera palidez imperceptible para los demás: su corazón tembló. Al día siguiente el niño estuvo cabizbajo y no jugó; por la noche apoderóse de él violenta calentura, y dos dias despues su cuerpo enflaquecido manifestaba los estragos que en él hacia un mal desconocido.
 ¿Habria de perder el padre adoptivo el tierno ser que le devolviera una existencia humana y le descubriera la vida del corazón?...
 Para combatir la cruel enfermedad, Federico Bower recurrió al filtro de larga vida; mas el maravilloso licor no obró en el niño efecto alguno, y el enfermo empeoraba. ¡El sabio pensó entonces horrorizado en la modesta sepultura abierta al borde del camino!... ¿Querria recobrar la madre al hijo que perdiera?
 El alquimista no se separaba de la cabecera del enfermo, y con sus manecitas en sus manos, con los labios junto á su boca, espialaba con mirada investigadora los menores síntomas del mal, pasando en un segundo del terror á la esperanza.... ¡Inútiles afanes! el niño se acercaba cada hora mas al sepulcro.
 —Ciencia humana, falaz eres, exclamó desesperado Federico Bower; estudios y trabajos que han durado casi un siglo no me dan siquiera el medio de salvar á un niño.... á un niño que es mi hijo!... ¡Huid de mí, libros malditos! ¡Oh! ¡Sabiduria, no es nada!
 Y lloraba.
 Pero como la vez primera, sus lágrimas ablandaron su alma, y oró.
 Con los ojos alzados al cielo parecióle ver el firmamento abierto un Ser cuyo nombre le dijera su madre en otro tiempo, cuando le mecia en sus rodillas, á Dios; solo el nombre recordaba él, pues la divinidad suya habia sido siempre la ciencia. Acostumbrado á producir con sus cálculos en la fusion de sus metales ingeniosas producciones, ó á contemplar inesperados fenómenos, pensaba, aunque sin gran consecuencia con sus mismos principios, que la admirable composicion del universo era efecto de un prolongado trabajo de los siglos ó del afortunado capricho del acaso. Pero su impo-

tencia para curar á un niño dióle mas sabiduría que todos sus libros y hornillos; comprendió que el hombre, por sabio que sea, no es mas que un ignorante; que no es dueño de la vida ni dueño de la muerte, y cayendo de rodillas, hundida en el polvo la frente, exclamó: ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡No me lo quiteis!
 A la plegaria unió votos.
 —Nada guardaré de mis tesoros, dijo: todos los consagraré á las iglesias y á los pobres. Fundaré hospitales para los enfermos, hospicios para los viajeros, hospicios para los ancianos, y sobre todo ¡ah! sí, ¡para los huérfanos! ¡Pero no me lo quiteis, Dios mio!
 Al levantar la cabeza, vió sentados junto al lecho del infante dos bellísimos ángeles con largas túnicas de púrpura y oro, con nevadas alas, con los ojos de fuego y ceñida la frente de celeste aureola; los dos tomaron al niño suavemente en brazos, y lo colocaron en las rodillas del sabio: estaba curado, sonreía, y tendia los brazos á su padre adoptivo!
 Los ángeles dijeron á Federico Bower: —La ciencia te habia perdido; el amor compasivo te ha salvado. Ahora que procuras utilizar la ciencia para el bien ageno, ahora que sabes Hermanarla con el santo nombre de Dios, sea bendita tu ciencia y tú con ella. ¡Sé sabio y sé feliz!
 Y desplegando sus alas, los dos ángeles, despues de dar al huérfano fraternal abrazo, volvieron á subir al cielo.
 Federico Bower cumplió todos sus votos: fundó hospitales, iglesias y monasterios.
 Y aun estudió mas y mas; pero entre sus libros estaba siempre abierto el Evangelio, y en su laboratorio se veía un crucifijo.
 El huérfano llegó á ser sacerdote del Señor. Ahora bien: ¿no os parece que la caridad es la verdadera ciencia, la piedra filosofal?

Tesoro de una avara.

El Tribunal Superior Civil del Sena, en Francia, acaba de decidir un caso extraordinario sobre herencia. Hace algunos meses una vieja viuda de nombre Tamizier murió en París, dejando, como se suponía, por todos bienes, algunos muebles viejos de su estrecho alojamiento. Se vendieron en almoneda y entre los efectos rematados habia una cajita que contenia madejas de hilo, la cual, con otros efectos clasificados como *varios*, se vendió á un traficante en flores y sedas llamado Audebert, por 4 francos. El tal Audebert regaló la cajita á una costurera su querida, de nombre Mlle. Fricotteau. Examinando ésta las madejas de hilo, descubrió en el fondo de la cajita 20 billetes del Banco de Francia de 1,000 francos cada uno. Como no estuviese ella acostumbrada á manejar grandes sumas de dinero, dudó que tuviese algun valor el descubrimiento hecho, y le suplicó á un amigo fuese al Banco y viese modo de descontar uno de los billetes. Su sorpresa fué grande cuando aquel volvió con 50 Napoleones en oro. Ya no le quedó duda alguna de que habia descubierto un tesoro. Ni le pasó por la mente gozar sola de su precioso hallazgo, y así entregó á su amante el oro y los billetes. El la propuso en mal hora dar un paseito por Anvergne, su Departamento natal; porque si hubiera ido á cualquiera otra parte de seguro que nadie se habria puesto á averiguar el contenido de la caja de hilo. Pero en Anvergne, la vida lujosa que llevaba, cuando se sabia que él y su familia eran pobres, hizo sospechar que él y su querida habian hecho dinero en París por medios ilícitos. Y en consecuencia un juez de aquel lugar se creyó justificado en arrestar de oficio á Audebert y Fricotteau. Confesaron ellos de plano toda la historia de la caja de madejas de hilo y entregaron 17 billetes de los 20, aún no gastados. El tribunal de policía correccional los declaró absueltos de culpa ó delito; pero retuvo en depósito los 17 billetes de banco hasta que los reclamasen los herederos legítimos de la difunta, si algunos existian. En efecto, se presentó á reclamarlos como sobrino de la viuda Tamizier un Luis Cochois. Ni Audebert ni la señorita Fricotteau le disputaron el reclamo y el tribunal decidió que le entregaran los 17,000 francos.

FOTOGRAFÍAS.—Un periódico de Europa censura y con razon, el que algunas damas distinguidas, deándose llevar por la curiosidad ó deseosas de seguir una moda extravagante como inconveniente, se hayan dedicado á reunir en sus *albums* colecciones de retratos de los criminales mas célebres de Europa.
 Dice un distinguido escritor francés: “No hace muchos dias que hallándome de visita en una casa de muy buen tono, llamó mi atencion, entre varios *albums* que habia sobre la mesa, uno que estaba encuadernado con tanto gusto como riqueza. Lo tomé en mis manos con objeto de examinarlo, creyendo encontrar retratos de familia ó personajes célebres en ciencias, artes ó literatura.—¿Es pariente de Vd. ese caballero? me permití preguntar á la dueña de la casa, designando la fotografia de la primera hoja.—No, señor, me respondió sonriéndose, ese es un bandido que fué recientemente fusilado en Italia; en esa coleccion, amigo mio, solo encontrará Vd. retratos de personas que ya no existen, es el *album* de los ajusticiados.—No pude menos de estremecerme, cerré el *album* y lo coloqué sobre la misma mesa de donde lo habia tomado.”
 No nos explicamos como puede haber personas que tengan gusto en conservar los retratos de los desgraciados que han expiado en un cadalso sus delitos en el mundo, y mucho menos si esas personas son madres de familia. Tal vez los que poseen las fotografias de aquellos criminales no hayan tenido nunca la cristiana idea de estar al Señor una oracion por el descanso de sus almas.
 —La *Gazeta de Francia* es el periódico mas antiguo existente. Acaba de entrar en el año 236 de su existencia, pues que empezó á publicarse en 1630.

Mujeres de la Abisinia.

La tierra del Preste Juan, todavía es tierra ignota. Todo nuevo viajero tiene siempre algunas maravillas que contarnos. Por ejemplo, un francés, que acaba de visitar esa region montañosa y calida, refiere lo que vió en un banquete real á que fué invitado, lo mismo que el traje de las mujeres, y tan interesante y nueva nos ha parecido su relacion que damos aquí un extracto, juntamente con un grabado de las mujeres de la Abisinia.

Fué en Sambré, residencia de Ato Rema, el gobernador de Salowa, donde presencié el banquete.

“La sala, dice, de aspecto bien rústico, quedó formada en un dos por tres, con ramas de árboles; lo mismo que las mesas en el centro, hechas de mimbre, las cuales no tenían mas de dos pies de alto. Sobre estas, delante de cada comensal, se alzaba una pila de tortillas y bizcochos de trigo, de centeno y de frijoles. Mientras unos comían, los otros esperaban su turno de pié arrimados á las paredes.

“El gobernador y sus huéspedes europeos se hallaban á la cabeza de la mesa, sentados en un escabel cubierto de alfombra y cojines. Los otros comensales comían sentados á la turca en el duro suelo. Nadie probó bocado hasta que un sacerdote bendijo la comida y todos los convidados dijeron amen, haciendo la señal de la cruz. Entónces también los criados trajeron las viandas. El principio fué *broundou*, plato favorito de los abisinios, en otras palabras, — carne cruda, todavía caliente y humeante de dos grandes bueyes, que mataron y beneficiaron á la vista misma de los huéspedes.

“Del primer pedazo traído, cortó el príncipe un trozo como de dos libras, y luego cada comensal cortó el suyo á medida que le pasaron por delante el cuarto de carne sangrando. En un decir Jesús, la masa roja desapareció. El espectáculo es tanto mas hórrido y asqueroso cuanto que la etiqueta abisinia exige de todo comensal, que se eche atrás la *taube*, ó manto, y se deje al descubierto todo el busto; y así, mientras comen, no parecen hombres, sino demonios, con las manos y caras ensangrentadas y los ojos relampagueantes. Unos cortaban el pedazo de carne que formaba un bocado, otros prescindían del cuchillo y hacían uso de los dientes, precisamente como las fieras. Los militares, entre los convidados, se servían de sus cimitarras, en vez de otro instrumento cortante, á riesgo muchas veces de llevarse la nariz de encuentro ó la de su vecino mas inmediato.

“En seguida se trajeron platos de carne de vaca y de carnero, condimentados de varios modos, pero invariablemente sazonados con pimienta roja; y cuando pareció que habían saciado el apetito, se trajo de beber, pues nunca beben antes de comer ó mientras comen. Bebieron *tech*, una especie de hidromel, y *bouza*, especie de cerveza, hasta cansarse; llenando y vaciando los vasos de cuerno con inconcebible rapidez. Entretanto crecía la vivacidad



MUJERES DE ABISINIA.

de los huéspedes, al punto de armarse una algarabía y confusión difíciles de describir. Así que, si el espectáculo era repugnante al principio, ahora se convirtió en un verdadero pandemonio.”

Bruce, el viajero inglés, en sus viajes, alude á una fiesta de la misma especie, aunque en mayor escala.

“Se dispó, dice, un tanto mi melancolía, con las fiestas que tuvieron lugar en Gondar, por entónces, á consecuencia del matrimonio de la nieta de Michael, Ozoro Ayabdar con Powussen, gobernador de Begender. El rey le regaló á ella extensos distritos en esa provincia y Ras Michael una cantidad de oro, fusiles, ganado vacuno y caballos; y todos los que deseaban congraciarse con el novio ó la novia, ó con sus padres, trajeron su regalo.

El Ras, Ozoro Esther y Ozoro Altash regalaban á todo Gondar con una espléndida fiesta. En ese dia se mataron muchos bueyes, convir-

tiendo la plaza en un gran mercado de carne, pues todo el mundo tocó su pedazo crudo y la bebida corrió como agua. El Ras se empeñó en que yo comiera con él todos los dias, y siempre salí de su mesa con una jaqueca furiosa por la cantidad de hidromel que me obligaba con sus instancias á beber. Despues de la comida, soliamos deslizarnos á la sociedad de las señoras, donde reinaba la misma anarquía que en la casa del Ras. Todas las mujeres casadas comen, beben y fuman al par de los hombres; y es imposible dar al lector, en términos de comun decencia, una idea aproximada de estas bacanales.

“He presenciado en Abisinia banquetes, en que se comía la carne tomándola del animal vivo aun; y como el plan de mi obra es trazar los hábitos de las naciones á traves de las cuales paso, no puedo menos de hablar de esos banquetes, hasta donde me lo permita la decencia pública. Se trae á la puerta misma del

salon de comer, una vaca ó un toro, ó mas, si los convidados son muchos, se le tiende en el suelo, bien atado por las patas; se le hace una incision en el pescuezo, cosa de que salgan algunas gotas de sangre, y tñan el suelo; y entónces se procede á desollarlo y á cortarle pedazos de carne sin hueso. Dicha carne, todavía palpitante, la pasan á la mesa, donde la devoran los comensales con pan sin levadura, hecho de un grano que llaman *teff*. Son muy repugnantes estos banquetes, para que entremos en sus detalles.

Las mujeres de elevado rango usan *taube* blanca brillante, adornada con un galon ancho de escarlata. Se adornan los tobillos y puños, y aun molledos con brazaletes de plata; se pintan las uñas de rojo, y en vez de pomada se untan manteca de vaca, la cual con el calor se derrite y les chorrea por el cuello y los hombros bronceados.

El traje de las mujeres de ménos elevado rango difiere muy poco, pues solo desminuye en cantidad y cualidad.

Descubrimiento Curioso.

UN señor Reuben Nesmith, que vive cerca de San Antonio, en Minnesota ha descubierto recientemente al cavar el suelo de un sótano, huellas curiosísimas de la existencia de una raza de hombres anterior á los indios de la América. Una placa de hierro con que tropezó el pico á poca distancia de la superficie del suelo, cerraba un orificio que conducía á una escalera espiral de 120 escalones, al pié de la cual se abría un corredor estrecho, abierto en la arena blanca, que terminaba en una extensa cueva artificial. Al extremo de esta especie de vestíbulo, se encontraban muchas cámaras mas pequeñas. Útiles de cobre y de hierro se veían esparcidos por todas partes; los unos habían servido evidentemente para hacer escavaciones, los otros para usos domésticos. En una cámara habia asientos ordinarios y una especie de plataforma que se parecía á una silla ó á un fondo de sillón. Sobre la pared habia esculpida una especie de figura humana colosal, rodeada de geroglíficos y de ornamentos extraños ú obscenos. En otra habia un sarcófago que contenia huesos humanos, los cuales se convirtieron en polvo apenas los tocaron, y también anillos de hierro y cobre y un extraño objeto de plata de forma octógona. En fin, en otra tercera cámara, se encontró uno como altar de sacrificios, en el cual habia un monton de cenizas.

Es muy extraño este descubrimiento. Los objetos descritos en la relacion de donde extraemos estos detalles no se parecen en nada á los que se conocen de la raza aborigena, y deben haber pertenecido á una raza extinguida, anterior á los indios de las praderas. Se han copiado con mucho cuidado los geroglíficos para someterlos al examen de los arqueólogos, y hay lugar de esperar que el resultado de sus investigaciones agregue un capítulo interesante á la ciencia etnológica.



“VERÓNICA.”—Y LLEVANDO LAS MANOS Á LA CABEZA, PRORUMPÍO EN UN GRITO DE AGONÍA....



JOHN BRIGHT.

Este célebre reformador, miembro del Parlamento inglés, es hijo de Jacobo, de Greenback, cerca de Rochdale y nació en 1811. Es socio de la casa de John Bright y Hermanos, hilanderos de algodón y fabricantes de Rochdale. Aunque tomó parte en la agitación reformista de 1831 á 32, Mr. Bright no se distinguió en la vida política hasta 1839, en que llegó á ser uno de los primeros miembros de la liga contra la ley de granos, que tuvo su origen en una asociación formada en 1838 para hacer que se anulara dicha ley. Con poca fortuna solicitó los votos para representar la ciudad de Durham en el Parlamento, en abril de 1843; pero en julio del año siguiente logró su objeto, y continuó en representar dicha ciudad hasta 1847, cuando obtuvo por la primera vez la representación de Manchester.

El 7 de agosto de 1843 hizo su primer discurso en el Parlamento, abogando por la extensión del comercio libre, asunto que se debatía entonces á mocion de Mr. Ewart. En el intervalo de su elección por Manchester y la subida al poder del primer ministro Derby, fué señalada la actitud de Mr. Bright. En la Cámara de los Comunes, como remedio contra el estado de cosas que producía el hambre en Irlanda, propuso la aplicación del comercio libre interior; aunque en vano, abogó por la formación de una comisión real que pasase á la India é investigara su estado; y en 1849 fué uno de los miembros nombrados para componer parte del comité de la Cámara de los Comunes, sobre los sueldos oficiales.

En Westminster, y todavía mas en las provincias, especialmente en Manchester, cooperó con Mr. Cobden en favor de las reformas fiscales que este último trató de introducir en la Hacienda de Inglaterra, partiendo de la reducción de la marina de guerra y del ejército de la misma. En 1851 apoyó con su voto la coalición parlamentaria formada para censurar la conducta del Lord Palmerston en el negocio del Pacifico; y en 1852 tomó parte muy principal en la bienvenida que se dió á Kossuth por los ultra-liberales de Lancashire.

A la formación del primer ministerio Derby, contribuyó grandemente Mr. Bright á la reorganización temporal de la Liga contra la ley de granos, que hizo innecesaria la aceptación después del comercio libre por el nuevo gobierno. En las siguientes elecciones generales, Manchester le reelegió para representarle en el Parlamento, tras una muy disputada elección. Con la subida al poder del ministerio Aberdeen, empezó la discusión de la cuestión oriental, la parte que tomó Mr. Bright en ella le enagenó muchos de sus anteriores amigos.

Declamó Mr. Bright con fuerza contra la guerra de Rusia; pero en medio de sus protestas le atacó una grave enfermedad, y precisamente cuando aquella terminó, tuvo él que retirarse de la escena pública. Luego pasó al continente y las nuevas de la derrota de Lord Palmerston en la cuestión de Canton, le alcanzaron en Italia en marzo de 1857. Aunque no había tomado parte, por supuesto, en el debate ó división que produjo la apelación al país hecha por el Lord Palmerston,—con todo eso, manifestó estar conforme con el voto de censura propuesto por Mr. Cobden y apoyado por Mr. Milner Gibson. Se ofreció de candidato á Manchester, cuando todavía los médicos le habían prohibido el presentarse en el tablado; pero esa ciudad por grandes mayorías rehusó



JOHN BRIGHT, CÉLEBRE ORADOR Y REFORMADOR INGLES.

sus votos tanto á Mr. Bright como á Mr. Gibson. Pocos meses después, la muerte de Mr. Muntz ocasionó una vacante en la representación de Birmingham, é invitado Mr. Bright, prestó su nombre y fué elegido en agosto de 1847. Desde entonces él es el alma de un partido que á nada ménos aspira que á la reforma de ley electoral; á una distribución mas equitativa de los asientos en el Parlamento, con referencia á la población y al cambio de la ley sobre mayorazgos. Y desde el principio de la guerra civil en la América, se ha declarado acérrimo defensor y amigo del Norte.

Guayaquil.

CAPITAL del departamento de mismo nombre, y el principal asiento del comercio de la República del Ecuador. Está situada en la costa sobre la orilla derecha del río de Guayaquil, 40 millas de la boca en el golfo del mismo nombre. Latitud 2° 20' 28" S, lon. 79° 43' O. Se le calculan 20,000 habitantes. Su planta es regular y posee algunos buenos edificios, pero

casi todas las fábricas son de madera y en terreno bajo, mal provista de agua, insalubre y plagada de insectos. Su bahía es una de las mejores del Pacifico, y defendida por tres fuertes; y tiene algunos cómodos astilleros. La marea sube algunas veces hasta veinte y cuatro piés, en cuya época pueden ascender á la plaza buques de gran calado. Las exportaciones consisten de cacao, maderas, cueros, tabaco, lana de ceiba y ganado. En 1844, entraron en su puerto 167 buques que median 14,718 toneladas, cuyos cargamentos importaron \$1,001,958. La exportación ascendió á \$949,578. El país se provee por este puerto de vinos, aguardiente y azúcar del Perú y de Chile y mercancías europeas.

Fuerza es que Guayaquil haya progresado doble de lo que anuncian los precedentes datos, que son del año 1844. El establecimiento de California ha dado un gran impulso á todos los Estados que baña el Pacifico, habiéndose aumentado las comunicaciones. Los vapores del sur de Panamá hacen escala en Guayaquil tanto á la ida á Chili como á la vuelta, y dan aliento al comercio, á la industria y al movimiento de la población del Ecuador.

Espiritu de la Prensa Ilustrada de Europa.

(Véase la página 173.)

Damos en este número una serie de ocho cuadros que contienen todo lo que hay de mérito é interesante para nosotros en la prensa ilustrada de Europa. Esos ocho grabados ocupan un número de los tales costosos periódicos. Los hemos reducido á fin de meterlos en una página del nuestro; para que se puedan examinar de una ojeada y compararlos con los que generalmente sirven de asunto á aquellos con que se adorna la *Ilustracion Americana*.

ASUNTOS ITALIANOS.

Los tres grabados á que nos contraemos representan grandes escenas en la historia contemporánea de Italia,—es decir, la incorporación de Venecia al reino italiano. Estos hablan por sí y se recomiendan á todo verdadero amante de la libertad.

REVISTA DE PARIS.

Este asunto se refiere á Luis Napoleon pasando revista á la Guardia Imperial en el bosque de Boulogne, famoso por los espectáculos militares y los desafíos. Este magnifico paseo público se halla á pocas millas de Paris, y es justamente celebrado por sus hermosos árboles, muchos de los cuales tienen siglos de edad.—El asunto de este grabado no puede ser mas europeo.

MEJORAS EN LONDRES.

Después de Roma y Atenas, Londres es una de las mas irregulares y quebradas de las ciudades antiguas, y con el inherente amor de lo pasado que distingue hasta cierto punto á las naciones estables, es muy despaciososa la marcha de las mejoras topográficas. Mientras aquí se echa abajo y se reedifica casi toda la ciudad de Nueva York, los ingleses gracias que decidan si ensancharán una calle ó echarán un puente á una cañada. El grabado de la página 173 muestra el progreso que hacen los londinenses levantando un terrado desde el extremo de la calle de Newgate hasta la cresta de Holborn Hill. La distancia es casi de una media milla. El domo que se descubre á la derecha es de la muy afamada catedral de San Pablo; el campanario de la izquierda es de la iglesia del Santo Sepulcro, enfrente casi de la cárcel de Newgate; á la derecha está Shoe Lane, callejon del Zapato, famoso por ser el sitio donde Chatterton se suicidó unos 90 años hace; á la izquierda está Ely Place, donde Shakespeare sitúa la escena mas notable de una de sus tragedias, pues allí se hallaba el jardín del obispo Ely; adjunto se encuentra Hatton Garden que perteneció á Cristóbal Hatton, de la época de la Reina Isabel.

FUNERALES DE M. THOUVENEL.

El actual emperador de los franceses ha tenido la fortuna de poseer hábiles y generosos amigos; no siendo tampoco ménos fortuna haberlos enterrado á casi todos. Los tres últimos son el duque de Morny, el conde Bacchica y M. Thouvenel. Este era uno de los diplomatas mas entendidos de la Francia, y fué por algun tiempo Ministro de los Negocios Extranjeros.

OBRA MAESTRA DE CANOVA.—MAUSOLEO A MARIA CRISTINA, ARCHIDUQUESA DE AUSTRIA.

Se considera este monumento como la obra maestra del gran escultor italiano. Para sim-



EL MALACÓN.—GUAYAQUIL, (ECUADOR.)

bolizar la beneficencia de la princesa, se descubre á un lado la Virtud en traje de matrona, coronada de flores y acompañada de dos doncellas con antorchas fúnebres y sujetan los extremos de una guirnalda que descende de la urna donde se hallan las cenizas de la princesa, las cuales conduce la Virtud al sepulcro abierto. Sigue la Caridad, que guía á un ciego, para mostrar las buenas obras de la difunta. En el otro lado hay una figura alada que se reclina en un león, para simbolizar la mujer fuerte y expresa el pesar del marido. Hacia el vértice del triángulo, la Felicidad eleva el retrato de la princesa, rodeado de los emblemas de la inmortalidad, mientras una figura alada sostiene la palma. Todo el dibujo como su ejecución encierra uno de los poemas mas bellos que jamas se tallaron en mármol.

DESEMBARCADERO EN JACMEL.

No dejará de sorprender al lector cuando le digamos, que el grabado antepenúltimo de los ocho ahora agrupados, no es nada ménos que el desembarcadero del gobierno en Jacmel, plaza al sur de la costa de Hayti, 30 millas al S. O. de Port-au-Prince. El caballero del sombrero de tres picos es un oficial del ejército haytiano y los otros dos en uniforme son su regimiento. Este cuadro no es europeo, propiamente hablando; pero es de la especie de los que se hacen en Europa.

ARIEL.

LEYENDA.

(Conclusion.)

Con la vuelta del estío renació un deseo irresistible de volver á visitar la isla; deseo que descubrió Elena ántes que fuese expresado; y conociendo que sería ocioso oponérsele, se dispuso sin decir nada para la temporada de mar, por mas que hubiera deseado evitarlo temiendo que reviviese el antiguo hechizo y desbaratase su obra.

Fué tan visible en el semblante de Southesk la satisfacción que le causó el adiós de Elena, que ella se ausentó con la certeza de que él la seguiría á su casa de temporada mas bien que á cualquiera otra. Siguióla en efecto; y queriendo salir de la prueba de una vez en su primer paseo por la playa, le dijo Elena con el tono de tranquila atención con que siempre le hablaba:

—Yo sé que V. ansia por volver á ver su isla encantada; pero teme V. quizás ir solo. Si es así me permitirá V. que lo acompañe; por otra parte no quiero volver á ser intrusa, por mas que desee volver allí.

Su vez estaba algo trémula al decir esto: era la primera señal de emoción que había dejado descubrir en tanto tiempo. Recordando él que la había engañado una vez, y trayendo á la memoria lo mucho de que le era deudor desde entonces, encontrábase Southesk muy generoso, muy complaciente; y la gratitud se mostró fervorosa en su semblante cuando volviéndose hacia los botes, á que había lanzado varias miradas ansiosas, le dijo:

—¡Qué bien me comprende V., Elena! Mil gracias por el aliento que V. me da para volver á visitar las ruinas de mi breve paraíso. Venga V. conmigo, que solo V. sabe cuánto he amado y perdido. ¿Está V. lista?

—Ciego y egoísta como todos los hombres—dijo para sí Elena resentida, al ver que sus ojos se animaban y que recobraba la elasticidad en el andar. Pero sonriéndose lo siguió, como si se alegrara de complacerlo: un observador fino hubiera podido agregar: paciente y apasionada como todas las mujeres.

Poca conversación hubo entre ellos durante el próspero viaje: una vez volvió Southesk de una larga distracción, y parando los remos, dijo:

—Hoy hace un año que vi á Ariel la primera vez.

—Y hace hoy un año que me dijo V. que su fortuna había de venir del mar, le contestó ella, suspirando involuntariamente al considerar el contraste que hacia el hombre que tenia delante, con el alegre soñador de un año atrás.

—Sí; y aun hemos llegado al tiempo en que ha de verse súbitamente alcanzada ó destruida.

No sabía Southesk al decir esto que iba á sonar la hora de cumplirse la profecía mas casualmente que ninguna de los tiempos pasados.

Al desembarcar dijo él en tono suplicante:

—Espéreme V. en el faro: quiero visitar solo a hendidura, y deseo no encontrarme con Stern si duedo evitarlo.

—¿Porque no?—le preguntó Elena extrañando su modo.

—Porque él la amaba y no puedo perdonarme el haber sido preferido.

—Le tengo lástima—dijo ella para sí; y luego en voz alta, y con extraordinaria ternura en su expresión: Siga V. Felipe, yo sé esperar.

—Y yo sé quedarle á V. muy agradecido.

La mirada con que acompañó el joven estas últimas palabras hicieron que á Elena le diese un vuelco el corazón; porque nunca la había él mirado de aquella manera; y, con todo, discurría ella que era la memoria de su amor perdido lo que causaba en él aquella ardiente expresión, y no el nacimiento de una pasión por ella; y, en efecto, su desengaño habría sido completo si hubiera podido descubrir cuán olvidado de ella iba Southesk al recorrer aquellos cerros casi con tanto interés como si tuviera certeza de que Ariel estaba aguardándolo en su nido. Estaba desocupado; pero se veía restaurada en parte su antigua belleza, porque las piedras habían sido apartadas, brotaban otra vez plantas tiernas de la tierra, y la escala estaba en su antiguo lugar.

—¡Pobre Stern! se ha arrepentido de aquel acto suyo de frenesí, y procura reponer el nido en su hermosura en memoria de ella. Tal fué el pensamiento de Southesk, que descendiendo al lugar se recostó sobre el musgo recién amontonado á renovar sus sueños de felicidad, é imaginarse que estaba Ariel presente.

Por su fortuna no vió él la airada faz que en aquel momento asomaba por lo alto de la hendidura: era Stern que lo miraba con el modo de un hombre conducido al extremo de la desesperación. Su antiguo rencor parecía apoderarse de él con redoblada furia; y al mismo tiempo se descubría que algun nuevo motivo de aborrecimiento producía en él un temor oculto. Mas de una vez volvió hácia atrás la cabeza y miró con inquietud como si no estuviera solo; mas de una vez levantó su robusta mano una enorme piedra en ademán de lanzarla al fondo de la hendidura; y mas de una vez le rechinaron los dientes como al animal feroz que ve á un enemigo mas fuerte acercarse á arrebatárselo su presa.

La marea comenzaba á subir, el cielo estaba nublado, y empezaba á soplar un viento recio; y aunque Southesk no veía, ni oía, ni sentía nada de cuanto le rodeaba, concibió Stern esperanzas con la creciente tempestad; porque algun espíritu malo parecía haber nacido con ella que le encendía el pecho y lo enseñaba á llamar en su auxilio los elementos.

—¡Mr. Southesk!

De un salto se puso Felipe en pié como si la explosión de una pistola le hubiera resonado en el oído; y vió á Stern á su lado con un aire de triste humildad que lo sorprendió mas que sus canos cabellos y su rostro montañés. La compasión hizo olvidar el resentimiento; y tendiéndole la mano, y perdonando generosamente las palabras con que se había separado de él en su último encuentro, le dijo:

—Gracias por el cambio que ha hecho V. en este lugar, y perdóneme V. que haya venido á verlo otra vez ántes de ausentarme para siempre. Uno y otro la amábamos: bien podemos consolarlos mutuamente.

Los colores salieron de súbito á la renegrida faz de Stern, y el pecho se le levantó con un hondo respiro al escuchar esto; y cerrando el puño de una mano por detrás, al tiempo de recibir con la otra la de Southesk, con el mismo tono suave de ántes y apartando los ojos, le dijo:

—Con que V. lo sabe y procura resignarse?

Ya los labios de Felipe se habían despegado para contestarle; pero las palabras murieron en ellos sin articularse, porque se oyó el sonido débil y lejano de la voz de una mujer que cantaba:

“Venid, venid á las arenas de oro.”

Southesk se puso pálido creyendo que era el espíritu de Ariel que salía á recibirlo; pero el cambio que experimentó la fisonomía de Stern, y la expresión de rabia y desesperación que se pintó en sus ojos hicieron traición á su disimulo. Asiéndolo por el brazo, le gritó el joven trémulo y con una convicción súbita:

—¡V. ha mentido, ella no ha muerto!

Imposible fuera explicar lo que pasó en el corazón de Stern durante el breve momento en que ambos se miraron cara á cara; haciendo un esfuerzo que conmovió todo su membrado cuerpo, se desasíó del brazo del joven contentiéndose su vehemente deseo de lanzar al golfo á su rival. Dominábase al parecer algun pensamiento que calmaba la turbulencia de su naturaleza como un talisman, y aparentando el aire de derrotado, dijo con calma:

—Yo he perdido, y confieso que dije á V. mentira, porque Simpson no envió semejante carta. Yo la forjé, previendo que V. la tendría por cierta al verla acompañada de la que dejó Ariel para V. un año há, y que no pudiendo entonces dársela á V., la conservé con la mitad del rizo de pelo. V. lo seguía; pero yo lo seguía á V., y mas de una vez le hice á V. perder la pista, cuando ya los tenía casi encontrados. Como el tiempo corria, la perseverancia de V. y el dolor de Ariel comenzaron á ablandar á Simpson: yo noté esto, y quise disuadirlo á V. con la invención de su muerte.

—Gracias á Dios que vine, ó nunca la hubiera recobrado. Renuncie V. á ella, Stern: es mía y la reclamo.

Southesk se volvió para preparar por la escala, sin pensar ya en otra cosa que en buscar á Ariel; pero Stern lo detuvo diciéndole con un gesto repugnante:

—No la hallará V. porque ella no ha de volver aquí, sino se mantendrá allá abajo junto á la charca en donde la vió V. la vez primera. Podrá V. llegar á ella bajando los escalones que yo he formado: si V. duda de lo que estoy diciendo, escuche V.

Southesk puso el oído, y el viento que corría por la hendidura traía cada vez mas claro y mas dulce el sonido de aquella voz querida. Con esto no titubeó mas, y se lanzó sin cuidado hácia abajo, seguido de Stern, cuyos ojos negros relucían de un modo funesto sin apartarse de la ágil figura que lo precedía. Al llegar á la charca, llena hasta desbordarse con la marea alta, vieron el libro que había dado á Ariel su amante y la peineta que le era tan conocida; pero no á Ariel.

—Ha ido á la cueva por las plantas y conchas que le gustaban á V. Aguardaré por V.: mi presencia no es ya necesaria.

Volvió Southesk á prestar el oído: oyó otra vez la voz y la siguió sin que lo asaltara ningún temor; en tanto que Stern, sentándose en uno de los fragmentos de piedra separados de los demás, apoyó la cabeza en la mano con desaliento como si su obra estuviese terminada.

La cueva, desgastada por la incansable bataría de las olas en las mareas altas, corría tortuosamente por dentro del cerro hasta una abertura mas pequeña del otro lado. Recordando rápidamente con la vista los senos de uno y otro lado, penetraba Southesk precipitado por este culebreado estrecho, que se iba angostando y oscureciendo cada vez mas hasta el fin; pero no descubriendo á Ariel, se paró á llamarla. Un eco tras otro repetía la palabra enviándola de una parte á otra; pero ninguna voz humana contestaba, no obstante que el canto se oía todavía á intervalos, cuando el viento lo traía en sus frias alas por la cueva.

—Ha tenido el arrojo de ir á mirar las olas estrellarse en la caldera de Kelpi. Imprudente niña, te he de castigar con un beso—decía pa-

ra sí Southesk sonriéndose, y doblando la cabeza al mismo tiempo, y buscando á tientas el camino para la abertura.—Salió por ella y tendió hácia abajo la vista por sobre un escarpado pedregal que las olas azotaban y barriaban turbulentas y oscuras, anunciando la tormenta que iba á estallar. Pero nada de Ariel todavía. Con todo, al pararse á contemplar su situación oyó su voz con mas claridad que ántes; sino que esta vez le venia de arriba.

—No ha estado aquí, pensó Southesk; ha subido á la Alcándara de la Gaviota á mirar el cielo como solíamos hacerlo juntos: he perdido todo este tiempo: ¡maldita torpeza de Stern!

Ardiendo en impaciencia volvió por sus pasos; pero se paró sorprendiendo al poner el pié en un charco de agua que no existía á la ida.

—Ah! la marea ha crecido mas de lo que yo esperaba; ¡gracias á Dios que no está aquí mi amor!—Y pensando en este dió prontamente vuelta á un recodo creyendo hallar la entrada al pasarlo. Pero no había entrada allí! Con una piedra de enorme peso arrastrada hasta allí había sido cerrada tan completamente, que solo un débil rayo de luz penetraba en esta tumba de la vida.

Por lo pronto se quedó estupefacto en presencia de la horrible muerte que le amenazaba; pero el recuerdo de Stern lo hizo en seguida lanzarse furioso sobre la piedra, creyendo poder rodarla afuera. En vano! la fuerza hercúlea de Stern lo había servido bien; y mientras su víctima hacia esfuerzos estériles, las olas batían una tras otra contra la piedra enclavándola cada vez con mas firmeza, dejando, sin embargo, intersticios bastante capaces para que las amargas aguas invadiesen el lugar, llevando segura muerte é aquel hombre traicionado, si no venia pronto socorro de lo exterior. No desistió Southesk hasta que avanzando con fuerza la marea, lo echó atrás inevitablemente: entonces, empapado, sin aliento y lleno de lastimaduras, se retiró hácia la abertura pequeña con solo una esperanza remota de escaparse por aquel lado. Mirando por sobre la caldera, vió que el cerro declinaba repentinamente, y allí manifestó que un salto de allí seria fatal. Y mirando hácia arriba hasta donde alcanzaba la vista, no ofrecía pié la faz del cerro para quien no fuese pájaro. Gritó cuanto pudo haciendo resonar la cueva; pero nadie respondía, aunque volvía á oírse el canto de Ariel; y era que el mismo viento que lo traía á sus oídos alejaba su voz de los de Ariel. La única esperanza que quedaba era que Stern se moviese á compasión; lo que en un ser humano fuera de esperar si viese la muda desesperación que se apoderó de su rival al quedarse esperando la muerte al mismo tiempo que á grande altura sobre su cabeza cantaba la mujer á quien amaba una canción que él le había enseñado, sin imaginarse ni remotamente que pudiera estar cantando sus endechas.

Al verse sola, había entrado Elena en el faro y mirado alrededor con el mayor interés.—El cuarto estaba desocupado; pero por una puerta entreabierta vió á un hombre sentado á una mesa cubierta de papeles. Al parecer había estado escribiendo; pero la pluma se le había caído de la mano, descansado en el respaldo de la silla parecía estar dormido. Dábale la espalda á Elena; pero cuando ésta se adelantó, no la oyó, y aunque ella habló, ni se movió, ni contestó. La actitud y el silencio del desconocido le causaron inquietud: involuntariamente dió un paso adelante y le tocó una mano: estaba yerta, y en la cara vió que no había vida. Tranquilo y reposado como si la muerte no había traído para él dolor ni espanto, estaba con la mano muerta sobre el papel que algun impulso irresistible lo había inducido á escribir. Elena puso en él la vista, y á pesar de la gran sorpresa del descubrimiento inesperado que acababa de hacer, bastó un nombre para hacerle echar mano á la carta y devorar su contenido, aunque lo hacia temblar el acto y el testigo que tan solemnemente lo presenciaba.

“A Felipe Southesk:

“Conociendo que mi muerte se aproxima, y con el presentimiento de que ha de ser repentina, y aun tal vez solitaria, quiero escribir lo que pienso decirle á V., si me fuere dado llegar á verlo. Hace treinta años que su padre de V. era mi amigo mas querido; pero hubimos de amar á una misma hermosa mujer á quien él conquistó, á mí parecer sin lealtad; y en la rabia de mi desesperación juré odio eterno á él y los suyos. Nos separamos y no volvimos á vernos nunca, porque la primera noticia que tuve de él fué la de su muerte. Sali del país y me extrañé por muchos años; de suerte que no supe nada del nacimiento de V., ni soñaba que fuese V. hijo de Ricardo Marston hasta que lo supe de boca de Ariel. La madre de ésta murió al darla á luz, como le aconteció á la de V. Yo la crié con el mayor esmero, mirándola como el todo para mí, y amándola con el amor intenso de un corazón solitario: se presentó V. y creí que V. podía hacerla feliz. Presentia que mi vida se acercaba á su término, y quise confiarla á la custodia de V. Fué entonces cuando supe el verdadero nombre de V.; y sin reparar que destrozaba el corazón de mi hija, quise cumplir mi juramento impío. Con incansable paciencia me ha seguido V. las huellas durante un año; en silencio ha abogado por V. durante un año la decadente juventud de Ariel; y durante un año he luchado conmigo mismo para endurecer mi corazón contra uno y otro. Pero el amor ha vencido al odio, y al verme en los umbrales de la muerte, reconozco el pecado y la locura de lo que he hecho. Me arrepiento y retracto mi juramento; absuelvo á Ariel de la promesa que le exigí, la doy con libre voluntad al hombre á quien ama; y ojalá que Dios mire por él como mira por ella.

RALPH SIMPSON.—Junio....”

Y aquí había caído la pluma borrando la fecha; pero Elena vió solamente los dos últimos renglones, y apretó el papel en su mano, pareciéndole imposible desprenderse de él. Sin acordarse de otra cosa sino de que tenia en su

mano la suerte de su rival, cedió á la terrible tentación y ocultando el papel en el seno, se salió afuera, como criatura delinciente, en busca de Southesk, para impedirle que descubriese que Ariel vivía, si aun era tiempo. Pero no se le veía por ninguna parte, y al pasar el rudo puente que conducía de un lado al otro de la hendidura, se resolvió á llamarlo al dar vuelta á la base de la Peña llamada Alcándara de la Gaviota. Fué una voz dulce la que le contestó; y dando vuelta á un recodo, dió con una mujer que estaba sola y sentada mirando hácia abajo á la Caldera de Kelpi que parecía un hervidero de espuma. Casi se había levantado de su asiento, con semblante de sorpresa, al oír un nombre tan conocido; y al ver á Elena detenerse á tomar aliento, le preguntó Ariel en tono medio suplicante y medio imperioso:

—¿Por qué llama V. á Felipe? ¿Sabe V. que esté aquí?

A no ser por la carta que llevaba en el seno hubiera Elena contestado que no, y dejado correr las cosas; pero estando segura de que Ariel, mientras no fuese absuelta por su padre de su promesa, la guardaría con mas fidelidad de lo que su padre había guardado su juramento, le contestó:

—Sí; pero le suplico á V. que huya de él. El la cree á V. muerta; me ama, y es feliz. No destruya V. mis esperanzas, robándome lo que tanto me ha costado; porque V. no puede darle la recompensa sin quebrantar la promesa solemne que tiene V. hecha.

Ariel escondió la cara en las manos, como si confesara aquella dura verdad; pero el amor reclamaba sus fueros y alargando sus manos á Elena, le dijo:

—No me interpondré entre él y V.; cumpliré mi palabra; pero véalo yo una vez, y no pido mas. ¿Dónde está? Yo podré echarle una mirada sin ser vista; y luego, lléveselo V. para siempre si no hay otro remedio.

Deseosa de acallar las voces de su conciencia, y no pensando sino en su propósito, tuvo Elena que consentir en esta tierna súplica; y señalando la hendidura, dijo con mucha inquietud:

—El fué al sitio que V. le hizo tan caro; pero no lo veo, ni responde cuando lo llamo. ¿Podrá haberse caído en el precipicio?

Ariel no respondió, porque ella se encontraba en el borde de la hendidura y miraba por entre sus sombras con ojos que ninguna oscuridad podía engañar. Allí no había nadie, ni otro sonido que el del golpe de las olas en el fondo respondía á la voz suave que salía de sus labios. Echando una mirada á la charca, con un recuerdo súbito del precioso libro que había dejado allí, descubrió con asombro que no estaba allí la piedra en que había estado sentada, y que la boca de la caverna estaba tapada. Junto á ella estaba el sombrero de Stern, y al verlo se estremeció de horror, porque él se había separado indicando que volvería, y no había vuelto ni se le veía por ninguna parte.

—¿Ha visto V. á Stern?—preguntó, cogiendo del brazo á Elena, con el desaliento pintado en el semblante.

—Lo vi subiendo la escala, como si fuera á vendarse las manos, que le echaban sangre. Estaba mojado y su aspecto era sombrío, y como no me vió no quise hablarle. ¿Por qué lo pregunta V.?

—Porque temo que haya encerrado á Felipe en la cueva para que con la marea creciente se ahogue. Pero esto es demasiado horrible para creerlo sin estar seguro.

Corriendo se volvió al lugar donde había estado sentada, é incorporándose sobre el borde de la pendiente colina, comenzó á dar voces llamando á Southesk hasta ponerse ronca y trémula con el esfuerzo. Una vez se oyó un sonido débil que parecía respuesta, pero el viento se lo llevó arrebatado, y Elena aplicaba en vano el oído para percibir alguna sílaba de la respuesta. Ariel dió un salto y un grito:

—¡Allí está! Veo ondear su pañuelo: ayúdeme V. y lo salvamos.

Y diciendo esto estaba ya en camino, y ántes que Elena acertase á comprender su intento, ó á cobrar ánimo, estaba de vuelta arrastrando la escala de cuerdas: echó esta abajo, y se puso luego á hacer tiras el pañolón de lana que le había servido de asiento.

—Es corta, y aun con la añadidura de estas tiras no alcanzará; ¿con qué puedo yo contribuir?—dijo Elena contemplando las frías sedas y muselinas de que se componía su vestido.

—Con nada, ni hay tiempo para ir en busca de otros auxilios. Yo la alargaré de este modo.

Echando atras el pelo que le caía sobre la cara, y envolviéndose la cuerda en el brazo, se deslizó Ariel por el borde del cerro, y sin asustarse por el grito de miedo que lanzó Elena, descendió con pié cauteloso por un sendero lleno de peligros, donde una pisada en falso podía ser la última de su vida. A mitad del camino se veía un peñasco saliente donde había habido un árbol: un pino que había sido cortado y hecho pedazos, pero cuyas raíces estaban allí adheridas con firmeza; y de éstas aseguró Ariel la escala con una piedra amarrada á la extremidad inferior para impedir que el viento la llevase mas allá de la abertura. Cayó recta como una plomada, y por un momento no respiraron Ariel ni Elena; pero se siguió un grito simultáneo de las dos al ver que las cuerdas se estiraban como si una mano fuerte probaba la resistencia de aquel frágil camino. Otra pausa de ansiedad terrible, y de la oscura cueva salió un hombre que trepó con ligereza, sin hacer caso del viento que casi le arrancaba la escala de la mano, del voraz elemento que lo bañaba por los piés, de las débiles raíces que apenas soportaban el peso de su cuerpo, ni de las heridas de sus manos que dejaban sellado el camino con su sangre; porque sus ojos estaban fijos en Ariel; y en su semblante, pálido con la expectativa de una muerte cruel, se veía una expresión mas grata que la de una sonrisa al acercarse á la heroica doncella que empleaba toda su energía por salvarlo, asida con un brazo del árbol y sosteniendo con el otro la escala como si quisiera todo el peligro para sí sola. Arrodillada en lo alto del peñón presenciaba todo esto Elena, y al ver á Southesk poner el

pié sobre la piedra firme, con Ariel acogida al amparo de sus brazos, se le rebeló el corazón contra la voluntad, el remordimiento hizo la justicia posible, el amor aspiró á ennoblecerse con el sacrificio, y todos los atributos de lealtad y de ternura que encerraba su naturaleza abogaron por el rival que se había grangeado la felicidad á tanta costa. Un dolor agudo, un momento de desesperación completa seguida de la mas cabal abnegación, y la tentación de Elena se convirtió en un triunfo que hizo reparación por el tormento y el pecado de una hora.

Lo que pasó por debajo de ella nunca lo supo; pero cuando los amantes llegaron donde ella estaba, rendidos pero risueños, le presentó la carta á Southesk, y poniéndole una mano en la cabeza á Ariel con ademán suave pero grave, dijo con una expresión que daba á su linda cara una belleza especial:

—Lo ha conquistado V. y lo merece, porque es V. mas noble que yo. Perdóneme V. Felipe, y cuando se vea V. en el colmo de la felicidad, acúrdese V. de que vencí una tentación terrible con la esperanza de hacerme mas digna de su amistad.

Mientras decía esto Elena, había descubierto Felipe casi al vuelo la significación de la carta, y por su semblante la había adivinado Ariel, antes de leer las palabras que le restituían la libertad. Sus lágrimas de contento se trocaron en lágrimas de dolor cuando Elena le reveló con dulzura la triste realidad de la muerte de su padre, procurando consolarla con tal ternura, que á merced de la magia celestial del cariño logró disipar toda la amargura de su propio lastimado corazón.

Cuando trataron de apartarse de aquel memorable peñón se les presentó Stern con un talante que impuso recelo en el ánimo mismo de Southesk. Sereno con la desesperada calma de quien todo lo ha jugado y todo lo ha perdido, les fijó la vista por un instante, y por un movimiento demasiado repentino para poder evitarse, abrazó á Ariel, la besó apasionadamente y la apartó de sí; y saltando hácia el borde del peñón, se volvió á mirar á Southesk, y señalándole el remolino de abajo le dijo con acento del mas profundo desprecio:

—Cobarde! no osaste poner término á tu vida cuando todo te parecía perdido, y esperaste á que una mujer te salvara. Yo te enseñaré cómo muere un hombre de valor.

Y con las últimas palabras en los labios se lanzó en el precipicio.

Muchos años han pasado desde entonces; Ariel ha sido y es una esposa feliz: el nombre de Felipe corre con honra de boca en boca, y la vida de Elena ha seguido serenamente alegre, aunque todavía solitaria. Pero, según dice la leyenda, todavía se aparece en la isla el espectro de Stern, porque los guarda-faros cuentan de una fantasma montaraz y doliente que vaga día y noche por entre las peñas y cavernas de junto al mar. A veces la descubren á la viva luz del faro, reclinada en el balcón, mirando á los horizontes como si fuera un vigía y espera dar vista á alguna embarcación. Los que visitan la Caldera de Kelpi se asustan muchas veces con la aparición de una cara desesperada que sale y les hace un gesto de desprecio. Pero lo mas frecuente es ver una forma aérea que aletea en la hendidura, y que toma aspecto de humanidad amante antes de desvanecerse en la dulce sombra del nido de Ariel.

Warren Hastings.

(Continuacion.)

Bajo una luz algo diferente contemplamos la conducta de Hastings. El defendía su fortuna, su honor, su libertad, cosas todas que hacen la vida apreciable: hallábase atacado por enemigos rencorosos y sin escrúpulo; no podía esperar justicia de sus cólegas; ni ha de censurarse por haber deseado despedazar á sus acusadores; para este fin estaba en verdad obligado á hacer uso de medios legítimos solamente; pero nada tenía de extraño que creyese legítimos, cualesquiera que pronunciasen los agentes de la ley, tales hombres, cuyo especial deber era distribuir la justicia entre partes contendientes, y cuya educación para el desempeño del mismo, podría suponerse que los había especialmente calificado. Nadie exige de un partido la recta equidad de jueces. La razon de nombrarse estos es porque no puede farse aun á hombres buenos la decision de causas en que ellos están interesados. No pasa día sin que un demandante honrado pida lo que solo un tribunal corrompido se atreveria á conceder; y es demasiado esperar de un hombre que hallándose sus mas caros intereses en peligro y sus pasiones mas fuertes excitadas, sea mas justo contra sí que los que han jurado dispensar justicia. Para valernos de un caso análogo de nuestra propia historia, supóngase que Lord Stafford cuando se hallaba preso en la Torre por sospechas de complicidad en la trama papista, hubiese sido informado que Tito Oates había hecho algo por donde, mediante una interpretación equívoca, podría ser acusado de felonía; ¿deberíamos, decimos, censurar severamente al Lord Stafford, si en tal caso, hubiese pedido la formación de causa, proporcionando fondos, y hecho cuanto estuviese en su mano para impedir que la piedad del gobierno alcanzase al reo? Creemos que no. Si el juez, para favorecer al Lord católico, estudiase la ley hasta el punto de comprender en su jurisdicción el delito y ahorcase á Oates, no cabe duda sino que el tal juez merecía que le capitulasen; pero no opinamos que el Lord católico por presentar á la decision del juez aquel punto, traspasase los limites de una justa defensa propia.

Así, pues, al paso que no tenemos la menor duda de que á Hastings es á quien ha de atribuirse esta memorable ejecución, dudamos de que pueda con justicia contarse ese entre sus crímenes. Evidente es, que su conducta fué dictada por una profunda política: estaba él en minoría en el Consejo; posible era que estuviere en la misma por largo tiempo; conocia hábilmente el carácter de los naturales; sabia

con qué abundancia llovian acusaciones contra el habitante mas inocente de la India que caía en desgracia con el poder; como sabia igualmente, que no había en toda la población negra de Bengala, un empleado, un pretendiente de empleo, ó un censatario del gobierno, que no creyese que podría mejorar su posición con unirse á los perseguidores del gobernador general. En tales circunstancias el ostigado estadista se resolvió enseñar á toda la caterva de acusadores y testigos, que si bien en minoría en las juntas del Consejo, todavía era de temerse; y en efecto, la lección que les dió fué tal, que no la olvidarian fácilmente. El cabeza de la conspiración formada contra él, el mas rico, el mas poderoso, el mas astuto de los indios, distinguido con el favor de los que entonces tenían el gobierno, rodeado por la supersticiosa reverencia de millares de individuos, fue ahorcado á la clara luz del día á la vista de millares de espectadores. Todo lo que podía hacer impresivo el escarmiento, dignidad en la víctima, solemnidad en el espectáculo, concurrió en este caso, haciendo el triunfo mas señalado la impotente rabia y vanos esfuerzos del Consejo. Desde aquel punto la convicción de todo indígena fué que era mas seguro tomar la parte de Hastings en minoría, que la de Francis en mayoría, y que todo el que se aventurase á unirse con los perseguidores del gobernador general, no sería extraño, que, para valernos del pensamiento del poeta oriental, diese con un tigre, cuando batía el pantano en busca del ciervo. En un instante la voz de miles quedó reducida al silencio, y desde entonces, fuesen las que fueran las dificultades con que tuvo que tropezar Hastings, no volvió á ser molestado por acusaciones de los naturales de la India.

Es notable la circunstancia de que una de las cartas de Hastings al Dr. Johnson trae fecha de unas pocas horas despues de la muerte de Nuncomar. Cuando todo el establecimiento se hallaba en conmoción, cuando los poderosos y antiguos sacerdotes lloraban sobre el cadáver de su jefe, entonces el conquistador, en medio de aquella lucha mortal, se sienta á escribir con característica compostura acerca del viaje á las Hébridas, de la gramática persa de Jones, y de la historia, tradiciones, artes y productos naturales de la India!

Entretanto habían llegado á Londres las nuevas de la guerra de los Rohillas y de las primeras disputas entre Hastings y sus cólegas. Los directores tomaron parte con la mayoría, y enviaron una carta llena de reflexiones severas sobre la conducta de Hastings, condenando en términos fuertes pero justos, la iniquidad de emprender guerras ofensivas por solo el interés de ventajas pecuniarias; pero olvidaban del todo, que si Hastings las había obtenido por medios ilícitos, no había sido en provecho particular suyo, sino para satisfacer á las demandas de dinero que le hacían los mismos que ahora reprendían tan agriamente su conducta. Porque recomendar honradéz é insistir en tener lo que no se podía alcanzar honradamente, era entonces la cantinela constante de la Compañía. Como Lady Macbeth dice de su marido: "ellos no querían engañar, y sin embargo querían ganar de mala manera."

El Acta Reguladora, por la cual Hastings había sido nombrado gobernador general por cinco años, daba facultad á la corona para removerlo á representación de la Compañía. El Lord North deseaba que la tal representación se presentase. Habían sido hombres de su propia elección los tres miembros del Consejo que fueron mandados desde Inglaterra. En especial, el general Clavering estaba apoyado por una extensa liga parlamentaria, de tal calidad que ningún gabinete podría enagenar. El deseo del ministro era exonerar á Hastings, y poner á Clavering á la cabeza del gobierno. Por aquel estuvieron los votos de los directores casi empatados, once en contra y diez en favor, por cuyo motivo se convocó á junta de propietarios. La sala de reuniones presentó un espectáculo bien extraño. El secretario de la tesorería había mandado esquelos, exhortando la asistencia de todos los soportadores del gobierno que tuviesen acciones en la Compañía de la India. Con su acostumbrada destreza y zelo, el Lord Sandwich alistó los amigos de la administración, contándose entre la concurrencia no menos que cincuenta pares y consejeros privados, pocas veces vistos tan puntuales. El debate duró hasta media noche, y duranse él los contrarios de Hastings ganaron una pequeña ventaja; pero movida una votación, el resultado fué su triunfo por una mayoría de mas de ciento, contra los esfuerzos combinados de los directores y del gabinete. La derrota grandemente exasperó á los ministros, tal que, el Lord North perdió su aplomo, cosa de extraordinaria ocurrencia en él, y amenazó convocar el Parlamento para antes de Navidad, y ofrecer un proyecto de ley que privase á la Compañía de toda facultad política, y la restringiese á su antiguo oficio de tratar en sedas y tés.

El coronel Maclean, que durante todo el conflicto había soportado con zelo la causa de Hastings, creyó con esto que su poderdante se hallaba en inminente peligro de ser echado de su puesto, infamado con la censura del Parlamento, y quizás enjuiciado. Ya se había consultado la opinión de los jurisconsultos de la corona, respecto á algunos particulares de la conducta del gobernador general; y era tiempo de pensar en una retirada segura y honrosa, según todas las apariencias; por cuyas razones Maclean se juzgó justificado en presentar la dimisión que se le había remitido. El documento no estaba extendido en toda forma, pero los directores se hallaban muy ansiosos para andarse con escrúpulos: aceptaron la dimisión, se pusieron de acuerdo sobre Mr. Wheeler, uno de ellos, para suceder á Hastings, y despacharon órdenes para que el general Clavering, como decano del consejo, ejerciese las funciones de gobernador general hasta tanto llegaba el nuevo.

Pero mientras pasaban estas cosas en Inglaterra, un cambio grande ocurrió en Bengala. Ya no existía Monson: solo cuatro

miembros del gobierno quedaban: Clavering y Francis estaban de un partido, Barwell y el gobernador general del otro; y este tenía el voto decisivo. Al punto llegó á ser absoluto el que durante dos años se hallaba destituido de todo poder y patrocinio; y desde luego procedió á vengarse de sus adversarios. Sus medidas fueron anuladas, sus criaturas reemplazadas, y ordenada una nueva justipreciación de tierras en Bengala, con el objeto de regular las contribuciones; disponiéndose que la averiguación fuese dirigida por el gobernador general, y que todas las circulares referentes á ella corriesen bajo el nombre del mismo. Al propio tiempo empezó á revolver planes vastos de conquista y dominio, planes que vivió lo bastante para ver realizados, aunque no por él mismo. Su proyecto era formar alianzas subordinadas con los príncipes nativos, particularmente con los de Ouda y Berar, y así hacer á la Gran Bretaña la potencia suprema en la India. Cuando meditaba en estos grandes designios, llegaron las nuevas de que él había cesado de ser gobernador general, que se había aceptado su dimisión, que Mr. Wheeler pronto se pondría en camino, y que hasta tanto dicho individuo arribaba, ocupase su puesto Clavering.

A haber estado vivo todavía Monson, lo probable es que Hastings se hubiera retirado sin lucha; pero en el día era el amo real de la India inglesa, y no se sentía inclinado á dejar su elevado puesto. Afirmó que nunca había dado instrucciones de ninguna clase que justificaran en sus agentes la medida que habían tomado, aunque confesaba que no tenía presente de qué calidad eran aquellas, porque si conservó copia, la había perdido. Pero de lo que estaba seguro era de que por repetidas ocasiones había manifestado á los directores que nunca renunciaría su empleo. No sabia, pues, cómo la junta que poseía aquella repetida declaración suya, se adelantó á recibir y dar por buena una dudosa renuncia presentada por un agente. Si era inválida, todas las providencias que en ella se fundaban debían anularse, y Hastings permanecía siendo gobernador general.

Despues este afirmó que, aunque sus agentes no hubiesen obrado en conformidad con sus instrucciones, él sin embargo de eso se hubiera creído obligado por sus actos, si Clavering no hubiese amagado apoderarse del poder supremo de una manera violenta. Ora fuese ó no verdadera esta aserción, no puede dudarse que la imprudencia de Clavering proporcionó á Hastings una ventaja. Aquel mandó por las llaves del fuerte y del tesoro, tomó posesion de los archivos y celebró consejo al que concurrió Francis. Hastings ocupó la silla presidencial y Barwell tomó asiento con él en otra sala. Entrambos partidos tenían una sombra plausible de derecho; no había autoridad en quince mil millas de distancia á quien le debiesen justa obediencia; parecia que no quedaba otro medio de arreglar la disputa que el de las armas, y á ellas no estaba que digamos Hastings desinclinado á apelar, confiando como confiaba en su influencia sobre sus conciudadanos en la India. Dispuso que no se obedeciesen otras órdenes que las suyas, tanto en el Fuerte William como en las demas guarniciones circunvecinas; y al mismo tiempo con admirable juicio ofreció someter el caso en disputa al Tribunal Supremo, y estar por lo que decidiese. Nada arriesgaba en hacer esta proposición, sin embargo, era de tal calidad que sus oponentes apenas pudieron repeler. Nadie podría ser tratado como criminal por obedecer al que los jueces habían declarado solemnemente ser el gobierno legal; al paso que el hombre mas osado temería tomar las armas en defensa de lo que los jueces declarasen usurpación. Despues de alguna vacilación, Francis y Clavering con disgusto consintieron en el arbitramento del Tribunal. Este pronunció inválida la renuncia, y que Hastings por consecuencia era todavía gobernador general, conforme al acta Reguladora; y los derrotados miembros del consejo entendiendo que la opinion de todo el establecimiento no los favorecía, se sometieron al dictamen.

Por este tiempo se supo que despues de un pleito de varios años, los tribunales de Francia habían decretado un divorcio entre Imhoff y su esposa. El baron dejó á Calcuta llevando consigo los medios para comprar una hacienda en Sajonia, y la baronesa se casó con Hastings. La ocurrencia se celebró con toda pompa, invitándose á las bodas en casa del gobernador á todas las personas mas distinguidas de Calcuta, sin distinción de partidos. Clavering, que, según refiere el caso el historiador musulmán, estaba enfermo física y moralmente, se excusó de concurrir al espléndido banquete; pero Hastings, á quien parecia que el triunfo en política y en amor había puesto del mejor humor del mundo, no quiso aceptar la negativa; fué en persona á casa del general, y al cabo consiguió traer en triunfo su vencido rival al alegre círculo que rodeaba la novia. El esfuerzo fué demasiado para un cuerpo ya hábil trabajado por la mortificación y las enfermedades, y Clavering murió unos pocos días adelante.

Wheeler, que vino en la esperanza de ser gobernador general y tuvo que contentarse con un asiento en la mesa del consejo, en general votó con Francis, pero Hastings con la ayuda de Barwell y su propio voto decisivo, era todavía el amo. Por entonces tambien ocurrió algun cambio en el sentimiento tanto de la Junta de los Directores, como de los ministros de la corona. Abandonáronse todos los designios contra Hastings, y luego que espiró el término de cinco años porque se le había nombrado, fué reelecto de la manera mas pacífica. La verdad era, que los intereses públicos por todas partes se hallaban á la sazón expuestos á tan espantosos peligros, que obligaron no sólo al Lord North sino tambien á la compañía á pensar mucho antes de deshacerse de un gobernador cuyos talentos, experiencia y resolución se veían compelidos á reconocer aun sus propios enemigos.

En verdad que la crisis fué formidable. Aquel

grande y victorioso imperio, sobre cuyo trono se había sentado diez y ocho años antes Jorge III, con las mas brillantes esperanzas que jamás habían concurrido en la ascension de ninguno otro de la larga linea de soberanos ingleses, á causa del desgobierno mas insensato, había venido á parar en los bordes de su ruina. En América millones de ingleses se hallaban en guerra con el país del cual tenían origen su sangre, su lengua, su religion y sus instituciones; y al cual no mas que un corto tiempo antes, habían estado tan fuertemente apegados como los habitantes de Norfolk, y Leicestershire. Las grandes potencias europeas, humilladas hasta el polvo por el vigor y el genio que habían guiado los consejos de Jorge II, ya se regocijaban con la idea de una señalada venganza. Se aproximaba el tiempo en que Inglaterra, mientras luchaba por apagar la rebelion de los Estados Unidos de América, y se hallaba amenazada de un peligro todavia mas cercano, cual era el háto justo descontento de Irlanda, debía ser asaltada por Francia, España y Holanda, y amenazada por la armada neutralidad del Báltico; en que escuadras hostiles debían dominar los estrechos de Calpe y del golfo Mejicano; en que apenas podría proteger el Canal de la Mancha la bandera inglesa. Grandes como eran las faltas de Hastings, no cabe duda que fué una felicidad para Inglaterra, que él se hallara rigiendo los dominios de la India en aquella coyuntura, la mas terrible de las pruebas por que ella jamas ha pasado.

Poco era de temerse en Bengala un ataque por mar. El peligro era que los enemigos europeos de Inglaterra formaran una alianza con alguno de los príncipes nativos; que le proporcionasen tropas, armas y municiones; y que de este modo asaltasen las posesiones inglesas por tierra. De quienes principalmente temía Hastings era de los Mahrattas. El asiento original de ese pueblo extraordinario era en las ásperas alturas que corren á lo largo de la costa occidental de la India. En el reinado de Aurungzebe los habitantes de esas regiones, conducidos por el gran Sevayé, empezaron á caer sobre las posesiones de sus vecinos mas ricos y menos belicosos. La energía, la ferocidad y astucia de los Mahrattas pronto los colocaron en el puesto mas conspicuo de los nuevos estados que se fueron formando á consecuencia de la corrupcion de la decadente monarquía. Al principio eran no mas que ladrones, pronto se elevaron á la dignidad de conquistadores, y la mitad de las provincias del imperio se tornaron en principados Mahrattas. Bandidos salidos de las castas mas infimas, acostumbrados á las ocupaciones mas groseras, llegaron á ser potentes Rayahs. Los Bonslas á la cabeza de una partida de ladrones, ocuparon la vasta region de Berar: el Guicowar, que traducido significa el ganadero, fundó la dinastía que todavía reina en Guzerate: las de Scindia y Holkar se engrandecieron en Malwa: un capitán aventurero fabricó su nido sobre la inespugnable roca de Gutí: otro, en fin, se hizo señor de las millares de aldeas que se hallan esparcidas por los verdes campos de arroz de Tanyora.

Aquel fué el tiempo del doble gobierno por toda la India. En todas partes se hallaban separados la forma y el poder. Los Nababs musulmanes, que habían llegado á ser príncipes soberanos, por ejemplo, el Vizir en Ouda y el Nizam en Hyderabad, todavía se titulaban vireyes de la casa de Tamerlan. De la misma manera los Estados Mahrattas, aunque en realidad independientes, pretendían ser miembros de un imperio, y reconocían de palabra y ceremonias la supremacía del heredero de Sevayé, (rey de barajas que mascaba *bango* y retozaba con bailarinas en una prision en Sattara,) y de su *Pishwa* ó gobernador del palacio, gran magistrado hereditario, que mantenía corte de príncipe en Puna, y cuya autoridad era obedecida en las dilatadas provincias de Aurungabad y Beyapura.

Algunos meses antes de que se declarase la guerra en Europa, se alarmó el gobierno de Bengala á las noticias de que un francés aventurero, que pasaba por hombre de pro, había llegado á Puna. Decíase que había sido recibido allí con gran distinción, que había entregado al Pishwa cartas y presentes de Luis XVI, y que se había celebrado un tratado hostil á Inglaterra entre Francia y los Mahrattas. Hastings al punto resolvió dar el golpe el primero. No dejaba de disputarse el título del Pishwa, siendo una parte de la nacion favorable á un pretendiente. La causa de este fué lo que se resolvió á defender el gobernador general, moviendo un ejército á traves de la península de la India, y formando estrecha alianza con el jefe de la casa de Bonsla, que regia en Berar, y que, en poder y dignidad, no cedía á ninguno de los príncipes Mahrattas.

(Continuará.)

"Atencion."

El grabado que ponemos en la primera página del número este de la "ILUSTRACION," es, sin duda, una buena muestra de la escuela moderna alemana de pintura. Está tomado de la vida rural doméstica en Alemania. Todo en el cuadro es natural, sencillo y verdadero hasta en sus pormenores. La expresión, la posición, el traje, la luz misma que ilumina el niño son rasgos maestros de verdad é inspiración. El perro ratonero, el raton en la trampa, el gato reposando, como si nada tuviera que ver en aquella escena, todo contribuye á dar interés y belleza singular al cuadro. Parece increíble que de cosas tan comunes hubiese formado el pintor un grupo tan nuevo como interesante; y es fuerza confesar que solo es dado al genio la varita mágica, que ejecuta tales transformaciones.



TRINEOS EN EL CAMPO.



Langdon

TRINCEOS EN LA CIUDAD.



LA TARDE.

Ya llegan deliciosas, calladas y tranquilas las sombras halagüeñas de la tarde benigna:

El aura juguetona, errante y fugitiva columpia blandamente las tiernas florecillas.

I van apareciendo, por el éter tendidas, nubes blancas y pardas y nubes purpúreas.

Sus transparentes aguas con lentitud desliza el arroyuelo manso, sin traspasar la orilla.

Parece que las flores y el agua cristalina y el nítido horizonte se miran por un prisma.

Todo encanta y seduce, arroba y magnetiza cuando llegan calladas las sombras vespertinas.

Vengan con blando vuelo ligeras avecitas, que se ha ocultado el sol detrás de la colina.

Venga que ya la tarde deja sentir sus brisas, que endulzan de la vida las penas infinitas:

Antes que ella se aleje dejando entristecida las flores, que sus auras gozosas acarician.

Ya se distinguen vagas las luces indecisas de las estrellas blancas, que en el espacio brillan.

Y se acerca la noche de luto revestida, y aleja de los prados las halagüeñas brisas.

L. P. M. DE O.

MEMORIAS DE UN BESO.

I.

NACI de padres pobres pero amorosos, y en la floresta de Fontainebleau vi la primera luz del día, hace cosa de doscientos años, eso es, doscientos años por lo menos.

Como han dejado de decir los novelistas, este acto tuvo lugar en una hermosa mañana de primavera, cuando el sol dardeaba sus rayos sobre los árboles, y parecía amarosamente beberse el rocío que una hermosa noche acababa de depositar sobre las verdes hojas.

Cantaban las aves sin saber por qué, zumbaba el tábano sin saber de qué. ¡Ay qué hermoso sol, qué bellas hojas, qué preciosas aves!

Mi padre, Juan Perdido, guapo mozo de diez y ocho años, metió la cabeza con inquietud por un matorral, y sus ojos escudriñaban tímidamente el espacio. El menor ruido le hacía temblar, mas no percibiendo cosa alguna, salió de su escondite, y sacudió las hojas y las ramas que enredadas a su cabellera le daban el aire de un silvano perdido.

Me veo en la necesidad de confesar, por mas duro que me sea, que mi padre acababa de tender redes a las liebres del rey, y se hallaba ansioso de saber, si había sido o no observado por los guardas.

Satisfecho con el atento exámen, fué á sentarse sobre la yerba, á cosa de quinientos pasos del matorral. Una vez allí, sacó de su alforja un gran pedazo de pan negro, al cual declararon guerra tan fiera sus blancos dientes, que ni por un instante quedó dudoso el éxito.

A punto ya de concluir su frugal comida, se dejó oír una voz dulce, pero salvaje, que salía de la vereda contigua.

Era mi madre que cantaba el "Galante Capitán," antigua canción del tiempo del rey Enrique:

Cuando fué al campo la bella
Se encontró á su capitán
Derecho corrió hacia ella,
Cuando fué al campo la bella:
El le dijo, bella ingrata,
Bella ingrata,
Quiero someterme á tí.

Mi padre dijo á la jóven—Buenos días, Marcela,—y mi madre con su mas dulce voz, respondió,—Buenos los tengas, Juan.

—Y no descansas, Marcela?—Vaya pues, Juan, contestó mi madre depositando sobre el musgo un cesto lleno de toda clase de yerbas, y sentándose á su vez.

La historia de mis padres era bien sencilla; mi padre era expósito, y por esta razon le llamaban—Juan Perdido.

Solo tres cosas sabia, y por tanto en ellas se reconcentraban todos sus gustos: en primer lugar la caza, porque el destino le habia hecho nacer cazador furtivo; en segundo lugar á mi madre, porque él solo tenia diez y ocho años; y por último la libertad, por aquello de que era hombre.

Marcela, mi madre, era una niña huérfana, que habia sido recogida por una vieja horrosa, bajo pretexto de caridad; pero en realidad se servia de sus jóvenes piernas, y de sus brazos, para recoger simples en el bosque, que vendía á los boticarios.

Mi madre cazaba las violetas y las azucenas, así como mi padre cazaba las liebres y los conejos.

La vida es una eterna cacería.

Cada cual caza algo; este caza el amor, aquel á los hombres, este otro la inmortalidad, las ilusiones, y vos, señora, al leer mis memorias no caceis el distraimiento por cazar el fastidio. Fuera de la ley comun, casi separados del resto de los mortales, se encontraron mi padre y mi madre en la selva. La edad de ambos y la afinidad de posición los habia atraído mutuamente, y sin saberlo empezaron á amarse de todo corazón. ¿Cómo habian de saber que se amaban, cuando ni aun conocian el nombre del amor? Se amaban pues, del mismo modo que cantaban las aves, sin saber por qué. Este amor puro hubiera durado mucho tiempo, quiza para siempre! Dios es grande. Por desgracia quiso la suerte que se encontrara mi madre un día en el bosque con dos cabos del regimiento de Navarra que cantaban, al salir de una fiesta, la canción del "Galante Capitán."

II.

—Marcela, le dijo mi padre, ¿por qué cantas siempre la misma canción?

—Vaya, porque no sé otra, respondió algo humillada.

—Pero en ese caso, se componen.

—Está bien, pero yo no sé componer,—¿sabes tú?

—Vaya que sí.

—Veamos pues, Juan.

Mi padre no se hizo de rogar, pues sobre la tonada del capitán Galante, empezó á cantar una especie de canción que no dejaba de ser interesante. Era un drama simple y chistoso, tal cual pudiera concebir un pastor.—Un cazador nocturno es sorprendido por los guardas, y llevado á la cárcel; á la sazón pasa el rey, y fastidiado de no haber encontrado qué cazar le dijo: Haced que halle un cervato que cazar ántes que anochezca, y os pongo en libertad.

En seguida sirviendo de guía al rey, le levantó todos los cervatos y cervatillos que quiso, por lo cual el rey reconocido, le hace cazador en jefe, y le regala una levita azul de cazador, y un chaleco encarnado, galoneado de plata.

A imitación del gentil hombre campesino mi padre componia prosa sin saberlo, pero en cuanto á sus versos, no habia que hacer cuenta de ellos.

Mi madre que no sabia fingir le dijo:—Mas me gusta la canción del "Galante capitán."

—¿Y por qué? le preguntó mi padre, herido en su amor propio de autor.

—A causa del beso, que no quiere ella devolverle.

—¿Y por qué no ha de devolverle su beso, á ese capitán?

—Es justamente lo que ignoro.

—Si yo te diera un beso, Marcela, me lo devolverías?

—Creo que sí.

Hubo en seguida un silencio prolongado, y el ruido que hacia la palpitación de aquellos dos corazones, turbó la quietud de la selva. De repente mi padre le cogió las manos, y se las apretó con un ardor salvaje.

—Que me haces mal, Juan, que me tuerces los dedos.

—Ven, le dijo en voz baja, ven.

—No.

—Sí.

—No.

—Ven y déjame que te toque con los labios, te lo suplico.

Los ojos de Marcela se cerraron á medias, y un rayo de sol, atravesando los árboles, vino á alumbrar su tostada tez, que á la sazón resplandecía.

Las flores de primavera exhalaban sus mas dulces perfumes, la yerba ondeaba, las aves volaban acá y allá como locas, y la naturaleza entera cantaba la Marsellesa del amor, y....

III.

Hay gentes tan necias en este mundo que se figuran que basta mover los labios sobre la mejilla ó la frente de alguien, para haberle dado un beso.

En verdad que ya no existe la sencillez, es preciso vivir en nuestro siglo de impureza, de corrupción, de progreso y de perfección para hallar tanto candor, y ántes de seguir con el relato de mis aventuras, es de absoluta necesidad que os explique aquí, lo que es un beso, es decir, un beso verdadero.

El número de besos que circula por el mundo, es mucho menor de lo que se piensa, pues si llegan á mil, será mucho, y téngase en cuenta que hablo á ciencia cierta, porque con todos he hecho conocimiento en mi larga carrera, y nos hemos encontrado bajo faces bien distintas.

¿Cómo, me diréis, mil besos para tantos millones de criaturas, que se vienen amando y mordiendo desde hace cinco mil años? Eso es muy poco, á alguno sin duda se le ha dejado sin parte.

Sí, señora, mil mas ó ménos, si es que no exagero. Veo que os sonreís porque recordais que vos sola habeis dado mil veces mas. No seré yo quien salga en busca de una verdad, que vuestros labios de rosa hacen patente, pero lo que ignorais sin duda, en razon de la buena fé con que habeis amado, es que entre los veinte mil besos que habeis dado, á lo sumo se podrán contar tres que hayan sido reales y verdaderos, pero si os empeñais serán cuatro. En cuanto á los demas, no tenian mas objeto que el de cumplir.

Es preciso que sepais, amigos míos, que Dios no ha prodigado lo bueno, y sin ser avaro hace los honores de la creación, como un señor bien educado, pero ni pizca mas. El dijo al hombre "solo habrá para tí un amor, una mujer, y una juventud," como dijo á la naturaleza, "solo tendrás un sol."

Los besos son las estrellas del amor.

Por mucho que diga el vulgo, el número de estrellas es limitado. Hay una estrella llamada Venus, y hay tambien un beso que se llama "Beso de Judas."

Así como la estrella de Venus aparece en el cielo, así el beso de Judas aparece tambien en

la tierra, y siempre es la estrella la misma, como es el beso el mismo.

El beso de amor se transmite, y vuestro hijo abrazará á su prometida, del mismo modo que abrazasteis vos á su madre.

Desgraciado de vos y de vuestra posteridad, si vuestro beso conyugal no fué puro.

No os ha chocado á menudo el ver á una jóven bien nacida, vestirse á la loretta, y portarse como una criada? Os suplico que preguntéis á su padre, en donde habia andado con sus labios ántes de imprimirlos sobre los de su mujer, cuando la madre de esta vino á conducirla al lecho nupcial.

El beso de despedida, y el del fastidio son hermanos.

El beso de paz, sería el primero de los besos, si no existiera el beso de amor, de modo que el amor es la guerra.

La verdad honrada es, que los besos nacen como los hombres, es decir que necesitan de padre y madre para ser creados. Mas felices que los hombres los besos no nacen de un matrimonio de conveniencia, y por lo tanto ni son pálidos, ni flacos, ni raquíticos, ni escrofulosos, ni epilépticos.

Lo que es un beso no podria ménos que nacer entre labios castos y amorosos, y sobre todo entre labios vírgenes, que no han dado aun esos besos falsos que corren por el mundo, y que se cotizan por el valor de un luis ó el de un desden.

Un jóven como mi padre, se encuentra en cierta ocasion con una jóven virgen como la pobre Marcela, mi madre, y en este encuentro tiene origen un beso para la humanidad. No es esto por cierto un milagro, sino una sonrisa de ángeles, y todos toman parte en él.

En un dia semejante nada ha cambiado en la tierra, y solo hay un beso de mas, pero cualquiera diria que acaba de producirse una nueva fuente de felicidad, y la humanidad se regocija.

La humanidad se regocija, el aire es mas puro, el cielo mas azul, las mujeres son mas hermosas, porque este beso apénas nacido, será dado, devuelto, vuelto á tomar, robado, restituido durante siglos enteros, pues los buenos besos viven mucho. Yo he servido de compañero sobre la mejilla de una jóven, á un antiguo beso, que tuvo Cleopatra pegado á la espalda por dos horas completas. Pobre viejo inválido del sentimiento, recuerdo que se enfadaba cada vez que se hablaba de vívoras delante de él.

Otro por ese estilo he conocido tambien, pero para qué contaros el caso? Ya que sabeis lo que se necesita para hacer nacer á un beso, volvamos, si os place á mis padres, que con gran ansiedad esperan sobre la yerba.

IV.

Mi madre Marcela sintió un estremecimiento sublime. Sus rosados labios subieron de color, y cerrando á medias los ojos, dejó caer hácia atras su turbada cabeza, que mi padre sostenia en sus brazos.

Yo acababa de nacer para el mundo.

Hubo un gran silencio, y mi padre se embriagaba contemplando á la jóven.

—Marcela, le dijo, estoy harto de vivir lejos de tí, y de verte de criada de esa vieja avarienta que no es tu madre.

—Ella me ha recogido, y conmigo parte su pan.—No es justo olvidarse del bien que uno recibe,—respondió mi madre.

—Y no le has pagado veinte veces su pan negro y viejo? Marcela, ven conmigo á la floresta, en verano yo te haré una cama de hojas, y en invierno te la haré de musgo, sirviéndote de casa la gruta de orégano. En vez de cazar liebres, cazaré cervatillos y tendrás vestidos como Juana, la hija del guarda.

—No, respondió Marcela, no es que desprecie yo lo que me ofreces, sino que ya sabes Juan, que yo siempre he creído que no debe uno apropiarse lo del vecino, porque de fijo que trae desgracias.

—¿Y quien hace tal?

—Tú, ¿no robas tú la caza del rey?

—Ya, pero el rey no es mi vecino, dijo Juan, con aire enfurecido. El rey no es mas que un hombre como yo que dice: Dios me lo ha dado todo, bosques, florestas, rios, cacería, en fin todo, todo.—Esto no es verdad, Marcela, él es el que se lo ha apropiado todo y dice á los señores que le rodean: Cuando os pregunten de quien son los palacios, los bosques, los caminos y los rios, responded: Son del rey.—Si haceis esto, yo os daré vuestra parte, y ellos dicen: Esto es del rey, y vienen todos los días á recordarle su promesa. Hemos hecho lo que deseabais, dadnos pues algo. El siempre les da, y ellos jamas estan contentos, este es el castigo del rey.—¿Entiendes ahora? pues bien lo que es á mí no me da ni un diablo y por tanto yo me lo apropio. Yo cojo, porque Dios ha hecho la tierra para todos sus hijos, ya sean bonitos, ya sean feos. El pastor de Aspromonte me ha dicho eso, y lo que es él, jamas ha mentido.

—Si señor, ha mentido, y mucho que ha mentido porque yo lo sé. El otro dia en la iglesia, el cura leyó el libro de Dios, y allí se encuentra escrito: "Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios," y el señor capellan explicó que César era el rey, y que era necesario pagarle tributo.

—¿Ba, ba! el rey no se llama César, que se llama Luis.

—Lo que soy yo no te lo podré decir, pero si tú hubieras estado allí, el capellan te lo hubiera hecho comprender.

—Veo, dijo Juan con tristeza, que no quieres vivir á mi lado.

—Sí, lo deseo, pero vente á la ciudad, tú eres fuerte, y trabajarás. El maestro cuchillero te tomará de aprendiz.—¿Ay, si supieras los ratos que por tí paso, á cada hora del dia, temo que te sorprendan, y lo que es de noche con frecuencia pierdo el sueño.

—¿Cogerme á mí? dijo Juan riéndose, los reto á que tal hagan. Conozco el bosque infinitamente mejor que todos los guardas y caza-

dores del rey unidos. No temas pues por mí, Marcela.

—Pues entónces, adios.

—Marcela, devuélveme mi beso.

—Eso sí que no.

—Es que lo quiero así....

Como me habia quedado en los labios de mi madre, tuve lugar de contemplar á mis anchas al autor de mis dias.

Era un mozalvete raro. Las pasiones le consumian, y sus ojos denotaban una embriaguez salvaje, mientras que sus movimientos todos, eran llenos de la gracia que da la fuerza, aunque un sí es no es bruscos y repentinos.

La resistencia de Marcela lo habia exasperado, y fué con voz enmudecida y amenazadora que la habia dicho:

—Lo quiero así.

Mi madre permaneció muda ante tanta cólera, que quiza admiraria. Las mujeres son así, aman la fuerza, porque ellas constituyen la debilidad.

La cólera salvaje de mi padre iba ya á llegar á su colmo, cuando de repente, cubriéndosele el rostro de inquietud, tendió el cuello, prestó el oído, y,—Alguien, dijo, levantándose bruscamente.

—Ponte en salvo, Juan! dijo mi madre atemorizada, es el capitán de la cacería.

—¿Escáparme? dijo mi padre, ni por sueños, yo no temo al capitán ni á persona ninguna.

V.

Montado y al galope sobre un hermoso caballo de formas magnificas aunque algo abultadas, venia un guapo señor lleno de bordados. Los penachos blancos de su tricorno, ondeaban en el aire y se mezclaban con las cintas rojas que adornaban sus espaldas, y que de lejos se hubieran tomado por palomas enamoradas retenidas por lazos de amor.

Este gentil hombre era de una fisonomía franca, y se sonria al contemplar las cabriolas de un hermoso lebrél de Escocia, que le precedía.

—No tiene mala facha, dijo mi madre toda temblorosa. Las mujeres, cuando tienen miedo tratan siempre de infundir valor á los demas. De repente un sudor frio le cubrió el rostro, y se le llenaron los ojos de lágrimas.—Dios mio, gritó, bien te lo habia dicho, ponte en salvo.

Juan, semejante á una estatua, permaneció inmóvil, abriendo sus enormes ojos aterrorizado.

—¿Caramba! ¿Por vida de! ¿Voto á tal! exclamaba el hermoso caballero, que solo se hallaba ya á veinte pasos de los jóvenes, que el diablo se lleve al ladrón, picaro y estafador! Chit, Chit, Phanor, buena pieza, trae aquí, trae aquí!

El lebrél Phanor era la causa inocente del temor de mis padres y de la cólera del capitán. Haciendo su oficio de perro, habia encontrado á un conejo ahogado casi ya en una trampa, y apoderándose de él, lo sacudia bruscamente, mostrando la ingeniosa red que habia sido instrumento de su suplicio.

—¡Mil millones de diablos verdes! continuó el caballero, ya verémos. Y de un espolazo hizo saltar su caballo que partió como el rayo, y se detuvo en el cuarto trasero cerca de Marcela atemorizada. Juan habia desaparecido.

—¡Hola, limoznera, estad alerta, gritó el caballero.

—¡Ay! señor mio, dijo la jóven cayendo de rodillas en plena vereda, matadme á mí, mas tened piedad de él! El caballero algo mas apaciguado ya, echó pié á tierra.

—¡Hola, mascarilla, parece que quieres mucho á tu hermano, cuando te expones por él á que te espachurren?

—No es hermano mio, si os place, señor, respondió Marcela.

—Me desplace y mucho, villana!.... Si no es tu hermano, de seguro que es tu amante.

—Tampoco, señor.

—Pues bien, si no es lo uno ni lo otro, déjame pasar, pues de lo contrario!

—Señor mio, repuso la jóven, volviendo á arrodillarse, es mi hermano, mi amante, y todo lo que plazca á Su Señoría, pero no le hagais mal.

—¡Vete á la trampa!.... qué mal quieres que le haga, no le haria morder una cadena y podrirse en la prision, esto es lo sumo que le haria á tu Teasis, picaro y ladrón, ¿oyes, señorita Rosa?

Mi madre se deshizo en lágrimas, y el capitán repuso sonriéndose.—Vaya! ya tenemos á esta ninfa de los bosques convertida en fuente, ea pues levántate, tontuela! Por esta vez, te perdono, pero ten cuidado!....

—Gracias, señor mio, dijo Marcela, fijando por primera vez la vista en el capitán, plegue al cielo hacedos feliz!

—Y yo voy á ayudarle, pequeñuela, repuso el caballero, que hasta entónces no habia hecho alto en el dulce rostro de mi madre, pues por vida de... que esto es lo ménos que me debes. Y ántes que la jóven pudiera dar cuenta de lo que queria decir, la besó sobre las dos mejillas, y montando su caballo partió riendo como un loco del desmayo de mi madre.

—¡Dios mio, exclamó mi madre al hallarse sola, se me figura que echo algo de ménos.—Y así era la verdad, pues al anoecer, cuando llegó Juan á pedir el beso que habia depositado sobre su mejilla, ella le respondió sonrojándose.—Ay de mí, lo he perdido, el señor del caballo blanco me lo robó esta mañana.

Desde aquel dia perdí de vista á mis padres, y en cuanto á la manera con que recibí lo del robo del capitán, es cosa que jamas he podido averiguar.

Aquella misma noche, hice mi entrada en la corte, orgulloso de hallarme sobre los labios de un caballero tan hermoso. Ay de mí! no era mi destino el de permanecer allí por mucho tiempo, como se verá por la continuación.

VI.

SIEMPRE he bendecido la suerte que me hizo nacer en el gran siglo, pero por desgracia, era jóven sin experiencia, ni espíritu de observa-

cion, y no saqué gran partido de las maravillas que me fué dado contemplar.

La vida me parecía una cosa tan hermosa que toda mi ambición era vivir. Acababa de morir Mazarino, y á juzgar por el júbilo con que se acogió la noticia, hizo perfectamente. Un campesino llamado Colbert le había reemplazado; Fouque, estaba en la cárcel, y el rey había dicho *El estado soy yo*, de modo que todo iba á las mil maravillas en el mas hermoso de los reinos.

Luis XIV era un rey inteligente, y se hizo el protector de las ciencias, las artes y las letras. Esto no quiere decir que fuese absolutamente á causa de su amor por las ciencias, artes y letras, pues en sus adentros se le importaban bien poco.

El monarca había comprendido que todas las glorias de su reino recaerian sobre él, y por tanto solo descontaba honradamente la admiración de la posteridad.

Tuvo razon, pues todo lo que hicieron el anciano Corneille, Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Flechier, Massillon, La Bruyere, Moliere, Racine, La Fontaine, Boileau, Madame de Sévigné, Le Nôtre, Mansard, Le Brun, Leseur, Girardon, Puget, Perrault, y los sabios de aquel tiempo, ha quedado y se llama el siglo de Luis XIV.

Lo que hicieron Marsin y Tallard en Alemania, Villerói en Ramillies, Vendôme en Oudenarde, Villars en Malplaquet, borró la gloria comprada á precio de tanta sangre, y eso se llama los desastres de la Francia. La revocación del Edicto de Nantes, y el Código Negro, se llaman su vergüenza.

Bueno fué, pues, que le hubiese dado á Luis XIV por ser rey inteligente, porque Moliere, La Fontaine y la Bruyere, le han hecho perdonar muchas faltas.

Al presentarme en la corte fué inmenso mi deslumbramiento, pero mi amo no me conservó por mucho tiempo, pues aquella misma tarde me depositó sobre el guante de una dama de honor, quien se apresuró á darme á un joven galante cuyo nombre jamas he sabido, tan corto fué el tiempo que reposé sobre sus labios. Al atravesar una galería me colocó amorosamente sobre las espaldas de una marquesa, quien me pasó á un duque, y este me regaló á uno de sus amigos que iba á campaña. Afortunadamente al amigo del duque no le importó mucho llevarme consigo, como prueba de la amistad de un gran señor, pues me devolvió á la mujer del duque, lo cual no era salir de la familia.

Todas estas peregrinaciones tuvieron lugar en una tarde y una noche, de manera que bien se puede comprender que no tan solo me es imposible el hablar de ellas, sino que ni puedo recordar todos los labios que se apoderaron de mí. Los habia rosados, encendidos, pálidos, lustrosos, jóvenes y viejos, fui por fin retrovendido y dado millares de veces.

Tuve la dicha de reposar sobre la mejilla de Madame Henrietta, la princesa mas seductora del mundo, y la desgracia al dia siguiente de hallarme colocado en los labios de un palafrenero. Debo esta justicia á las mujeres, que raras veces me han envejecido.

Por lo que hacia á los hombres, eso era otra cosa, pues por raras salian de casa de su querida sin besar la criada en el vestíbulo.

Mi vida pues se convertía en una monotonía desesperante en medio de aquella corte tan llena de vida. Pasaba á veces la tarde sobre la mejilla de una gran señora, y su amante me llevaba para colocarme sobre el belfo de una intriguante, y concluía la noche en una bohardilla ó sobre la paja de un pesebre.

Todos los dias era la misma funcion, y creo haber explicado como descendí. Aunque á primera vista parecia mas facil el bajar que el subir, puedo asegurar que á veces me elevaba con la misma facilidad con que descendía. Esto se hacia de una manera tan sencilla que humillaria á una loreta. El payaso, palafrenero, criado ó cocinero que me poseía no me guardaba mucho tiempo, pues me ofrecía á la primera que se presentaba. Minutos despues, un criado de orden mas elevado me cogia para transmitirme á una baladrona que no tardaba en pasarme á un gentil hombre, que de un golpe me llevaba al gran mundo, en donde reposaba hasta la una de la madrugada.

Ahora vine por fin á convencerme de que habia nacido bajo buena estrella. Entre los besos que á la época causaban placer en la corte, yo fui el único que el destino no llevó á la guerra.

Los hombres en general, y sobre todo los franceses, van á batirse con gran facilidad, pero no es difícil comprender que un beso que no tiene gloria que adquirir en el campo de batalla, pueda dejar de ver la guerra como una cosa deplorable. Por lo que á mi hace confieso que cada vez que me encontraba en los labios de un gentil hombre que habia de partir para la guerra, me inquietaba sobremanera, y llegaba hasta tal punto que por mucha que fuese la fidelidad del galante, sentia tal coquille, que se via obligado á frotarse los labios contra lo primero que se presentara. Ordinariamente hallaba otros labios, cosa que no dejaba de ser natural, y lo que soy yo hallaba lo que deseaba.

En cierta ocasion sin embargo, me escapé como por encanto, pues un gentil hombre del Limousin, Vizconde de Panazol, tuvo la debilidad de jurar sobre su palabra de honor á su querida, que no abrazaria otra mujer que ella, hasta que no hubiese concluido la guerra.

El perfido me llevó á Denain, pero por fortuna á dos leguas del campo de batalla olvidó su juramento, transmitiéndome á una moza de posada.

Los del Limousin son fáciles, pues este pretendió que habiendo jurado que no abrazaria mujer alguna, le era dado besar á una chica. Desde Denain me trajeron á la corte unos oficiales heridos, y la corte era entonces lo que es hoy Paris, á donde todos y todo va.

Hasta que el amo del mundo se decida á sembrar besos indígenas en las provincias, podrá uno contar de hijo con que la desnaturalización no tendrá lugar.

Luis XIV envejecía y la corte entrüstecia á

la par, pero no por eso disminuian los abrazos, aunque era rodeados de la mayor circunspeccion. La camiseta de Madame de Maintenon ahuyentaba los besos, como los espantajos ahuyentan á los pájaros.

Esto era la sombra de la virtud.

Por mi parte tuve la desgracia de pasar en Saint Cyr los seis meses mas tristes que pueda uno imaginarse. Necesitaba reposarme, y desde mucho tiempo habia aspirado á entrar á una casa de retiro, pero me engañé espantosamente, pues las jóvenes nobles que vivian á la sombra de las alas de esta reina que se adoraba bajo el velo, pasaban la vida abrazándose, y por mucho que me llevaran y me trajeran, las pobres niñas no encontraban gran consuelo en su esclavitud.

El rey estaba enfermo, y así como la guardia que vigila en el Louvre no puede hacer á la vez la guardia en Versailles, la muerte lo sorprendió.

Una vez muerto el rey, se gritó: "viva la regencia."

La regencia fué por excelencia el reino de los besos, pues por todas partes se abrazaban. Un joven de la caballería ligera me trajo de San Cyr, y de este modo recorrí la ciudad hasta el punto que no habia callejuela que no me conociera.

De las callejuelas pasé fuera de puertas, y de aquí al Palacio Real, pasando por las callejuelas.

Confieso que concluí por considerar la vida como lo mas triste del mundo, y el hastío se apoderó de mí. En mi dolor me comparaba á esos desgraciados caballos que cuando pierden un ojo, se les condena eternamente á dar vueltas á una noria. ¡Si tan solo fuera yo ciego! exclamaba.

El destino me castigó cruelmente por mi ingratitude hacia él, como se podrá ver al leer el capítulo siguiente.

VII.

FELIPE de Orleans, como todo el mundo sabe, fué un príncipe notable, gran político, hábil, administrador bueno y previsor, amante de su pueblo, y dotado de toda buena cualidad. Solo un defecto tenia y este echó á perder todo lo demas, porque la posteridad jamas distingue sino lo que mas sobresale.

Si el Regente hubiera tenido todos los vicios, si hubiera sido picante, tonto, loco, cobarde y ávido y que solamente hubiera poseído una sola buena cualidad, la posteridad hubiera olvidado todos sus vicios, para recordar su única virtud, y hubiera dicho: Era un gran político, ó un gran capitán, ó cualquiera otra cosa.

El Regente amaba los placeres, y, quien se atrevera echárselo en cara? Seguramente que no creéis vos.

Madama de Parabère fué una de esas estrellas del cielo de la galantería, que ha dejado su nombre á todas las gracias encantadoras, y á ella debo una serie de desgracias por las que jamas ha pasado ningún beso.

Una noche que el Regente en compañía de sus ronda-calles habia salido á recorrer las callejuelas, M. de Nocé me recogió sobre la *gastada mejilla* de una aventurera que tenia casa en la calle de Vieux Colombier.

Al salir de allí con la cabeza cascada por el vino y por las pérdidas, se metió sin pensarlo en la carroza del Regente, y llegó al Palacio Real. La gente del duque lo condujeron por una puerta secreta á los apartamentos, en donde se sorprendió al ver el desprecio con que le trataban, pues me lo dejaron sobre un sofá, y volvieron en busca del Regente. Mr. de Nocé roncaba, y el regente tenia tambien esta funesta costumbre, y así vine á ser robado sobre el conde en lugar del duque por una mujer que entró en puntillas. Al ver su error, se escurrió llena de miedo, pero Mr. de Nocé no se habia despertado, y la dama no era otra que la marquesa Parabère.

En aquella época solo se hablaba en la ciudad del asesinato cometido por el conde de Horn, los unos decían que era culpable, y otros que era inocente. La edad, el nacimiento ilustre del acusado, que se hallaba relacionado con las primeras familias de Francia, Alemania y Suecia, así como las circunstancias del crimen, todo tendia á excitar la curiosidad pública. El conde de Horn habia estado enamorado de la marquesa de Parabère, y se pretendia que por celos, el Regente le haria condenar, pero esto era un absurdo.

El conde de Horn debia ser oido el dia siguiente, y Madama de Parabère venia á suplicar al Regente que impidiese el que un gentil hombre de tan buena casa fuese tratado como un cualquiera. Ante todo, la marquesa era mujer, y comprendia que la severidad del castigo haria muy verosímil la calumnia de que ella acusaba á Dubois, pero por desgracia Felipe de Orleans no entró aquella noche en el Palacio Real.

Madama de Parabère, pasó toda la noche en un llanto.

A fuerza de llorar, las mujeres acaban por amar; y la marquesa se persuadió que el desgraciado caballero iba á morir de amor por ella. Los rumores absurdos que un momento ántes quiso achacar al Regente, con los acentos de una alma indignada, habian tomado en su espíritu una consistencia real. No paró hasta acusar de la mas infame crueldad á su serenísimo amante.

Al otro dia, no pudiendo hablarle al duque, tomó un partido heroico: se llenó los bolsillos de oro y se hizo conducir á la cámara de las cuestiones de tormento. (Continuará.)

Estudios sobre la fisonomía.

Se sabe muy bien que Lavater, pastor de Zurich, célebre escritor suizo, de mediados del siglo pasado, es el que mas ha contribuido á generalizar y profundizar la ciencia fisonómica. Hasta la edad de 25 años, Lavater no se habia ocupado del sistema que debia fundar. Su sensibilidad, en cuyo fondo habia algo de la viveza del instinto y de la prontitud del presentimiento, le hacia experimentar algunas veces, á la vista de ciertos rostros, repulsiones y simpatías muy fuertes.—"Esas impresiones, decia él, me

arrastraban á juzgar; pero todos se burlaban de mis decisiones y yo me hice mas circunspeccion. Un dia, estando en Brugg, di un juicio decisivo sobre el carácter de un hombre que se mezclaba entre la multitud. Zimmermann que conocia aquel hombre, me preguntó en qué habia fundado yo mi juicio, que era bien exacto; en el cuello, le respondí. Desde entonces comenzó mi reputacion, y yo vi venir á Zurich una multitud de personas que deseaban conocer el secreto de su carácter y tambien el de su destino."

Muchos príncipes y princesas fueron en efecto á visitarle, entre otras, la madre del emperador Alejandro de Rusia con la cual sostuvo una interesante correspondencia. José I de Austria le llamó á Waldshut cuando pasó por aquella ciudad y le preguntó sobre su estudio favorito.

—De qué parte se ocupa V. mas? le preguntó el Emperador.

—Señor, respondió Lavater, me he ocupado de la fisonomía en reposo mas que de la fisonomía en movimiento; yo he observado no solamente las formas, sino tambien los grados de inclinacion y de *curbatura*, asignando valores á cada parte tomada separadamente.

—En todo eso habrá mucho de exacto, dijo el Emperador; yo supongo que sea así: las pasiones fuertes, las afecciones vivas deben, sin duda, tener sus rasgos; pero la honradez..... cómo la conoce V.?

—Confieso, señor, contestó Lavater, que las cifras de la honradez son quizás mas difíciles de reconocer que las trazas mas ligeras de la inteligencia; pero no crea V. M. que le falten por eso. La honradez pertenece al grupo de la fuerza, de la sabiduría y de la bondad, que se ven, y que dan un acorde que la experiencia y el hábito hacen percibir.

Entre la multitud de experiencias que colocaba bajo los ojos del célebre fisonomista tantos motivos de observacion, hé aqui un rasgo muy poco conocido de la penetracion y tino de aquel. Cierto joven clérigo, llamado Frickt, fué de Strasburgo á Zurich á visitar una familia á la cual le unian los mas estrechos vínculos del parentesco y de la amistad. La belleza del joven y la expresion graciosa y tierna de su fisonomía interesaron á todos los que le veian. Sus amigos no tardaron en presentarlo á Lavater quien lo recibió con mucha dulzura y le invitó á volver á verle con frecuencia. Frickt salió muy prendado del anciano de Zurich, pero no creia en la ciencia de la fisonomía. Mas como sus amigos le instaban porque permitiese que Lavater le examinase de cerca y especialmente en el estudio de sus propensiones, el joven clérigo se prestó y Lavater le dijo observándole su cara con cuidado:—"Vuestra fisonomía es muy bella, señor, y vuestra afabilidad os procurará muchos amigos; pero teneis muy pronunciado el órgano del robo y vuestros amigos serán, sin duda, los primeros que harán el gasto de vuestra inclinacion, si un propósito moral de vuestra parte, mas fuerte que todas las propensiones naturales, no los pone á cubierto, como yo lo espero."

El joven Frickt se lo aseguró así con toda solemnidad; y le dijo: "teneis mucha razon, señor Lavater; cuando era niño, y no comprendia como hoy los deberes de la honradez, le robé á un cochero ciertas frioleras y á mis discípulos de escuela libros, pizarras, papeles, etc. En mí es muy fuerte la inclinacion al robo. Aun sin tener necesidad de lo que veo, ni poder emplearlo en mi uso, quisiera robarlo. La educacion me sostiene, la moral me dá fuerzas; pero creed, que si no robo, es porque me arrojé yo mismo á la virtud. Mi placer seria despojar á todo el mundo; y gozo solo en ver la oportunidad del crimen, aunque no lo lleve á efecto."

Todos quedaron maravillados de la penetracion de Lavater y de la virtud de Frickt.

Algunos han dicho ó escrito despues, que este fué al fin encerrado en una cárcel pública por delitos contra la propiedad, habiendo dejado predominar su inclinacion.—No sabemos si es cierto. Es muy posible; pero no hay para qué asegurar lo que no se conoce con toda exactitud.

Ninguno crea por lo que dejamos dicho, que Lavater era inflexible ó que no erraba nunca en sus juicios.—Eso seria no suponerle hombre.—El lote de nuestra humanidad es el error. Una ocasion, el venerable Pastor de Zurich que tenia vehementes deseos de conocer á Herder, sabio polígrafo prusiano, recibió un retrato que le envió Zimmermann. La carta con que este acompañó el retrato, estaba maliciosamente escrita; algunas palabras de doble sentido que Lavater tomó en el de sus deseos, le hicieron creer que era la imagen del sabio que tan ardientemente queria conocer.—Llevado de esta idea, vió en el retrato de un bandido á quien acababa la justicia de hacer ahorcar en castigo de sus delitos, los signos del talento de Herder. "Este es el anticuario, el teólogo, el historiador, el publicista de gran mérito, el filósofo que observa y que medita....? No hay para qué pintar su confusion cuando le informaron que el retrato que tenia delante era el de Barth, ladrón de caminos, asesino, á quien los tribunales habian hecho sufrir la pena capital para asegurar y proteger debidamente los derechos de la sociedad que amenazaba. ¡Tanto puede un deseo, que hace ver en las líneas duras de un malvado, los signos tranquilos y dulces de un hombre modesto y bueno.....!

Esto no obstante, la mayoría de los casos decididos por Lavater, fueron exactos; porque no puede negarse que los hombres tienen sus peculiares propiedades y que estas se revelan en la cabeza principalmente.

Despues de la muerte del Pastor de Zurich, y trabajando sus discípulos sobre los escritos y observaciones de su maestro, han adelantado mas la ciencia de la fisonomía, hasta constituir hoy en un grado que no deja de desear. Es curioso ver los cuadros de militares, oradores, poetas, músicos, estadistas, criminales, aventureros, etc. reunidos en grupos particulares. Reconócese en ellos la idéntica señal que revela la inclinacion. El órgano de la música, por ejemplo, se vé protuberante en Rossi-

ni y en Beethoven; el órgano de la palabra en Mirabeau y en O'Connell; el de la guerra en Napoleon, en Grant, en Carlos XII, en Bolívar, en Murat, en César..... La naturaleza, ni se engaña á sí misma, ni engaña á nadie; y si es cierto que la educacion y los propósitos de cada hombre pueden modificar su inclinacion natural, no es ménos cierto que esta existe.

Aventuras de un Muchacho con una Águila.

AL oeste de Windermere, en Cumberland, Inglaterra, se halla el desfiladero espantoso de Borrowdale, y en medio de las montañas que siguen hacia allá, una aldeita. Cerca de esta pasa el río Denwert saltando de roca en roca. Inmediato á la entrada de la garganta existe una montafia destacada, que llaman Castillo Craig, por el que hubo de este nombre en su cima, y al pié la romántica aldea de Grange, situada en los bosques y prados que orillan el lago de Denwert.

Allí vivia un labriego llamado Penruddock. Este tenia dos hijos gemelos, Roberto y Ricardo, ambos valerosos y robustos, cualidades que resplandecen entre los montañeses, generalmente. Roberto sacó á pastar las ovejas entre las montañas, tomando consigo como único compañero á su fiel Jock. Internándose en busca de nuevos pastos, llegó hasta el paso del Dragon y en dándole vuelta se halló de improviso en medio de montañas que casi tocaban al cielo con sus picos. Mirando con cuidado para uno de estos, creyó descubrir el aleteo de una águila, y aquella vista le produjo una alegría indecible, pues que le causaban hastío el silencio y la soledad de los bosques.

Insensiblemente el mozo habia ascendido la montafia hasta una buena altura, sin embargo, aun le separaban grandes rocas del lugar donde suponía el nido de águila. No tardó en ver á esta en toda su grandeza, cerniéndose en el aire con toda magestad, pero sin acercarse lo bastante que creyera prudente dispararle un tiro con la escopeta que llevaba á la espalda. El ave de presa, no obstante, alas desplegadas y dando chillidos, descendió hacia el lugar donde el joven habia estado reposando momentos ántes y dejó el morral en que llevaba algun fiambre y pan para comer, mientras duraba el pastoreo. Al punto el pastor sospechó su intencion, le encará la escopeta y disparó al vuelo. Luego que se disipó el humo, alcanzó á ver el águila remontándose cada vez mas alto, y entonces con un bulto en el pico.... El pájaro le habia robado la comida; y despues de cernirse un buen espacio en las nubes, lo vió de repente descender y posarse entre las ruinas del castillo Craig.

Tras breve meditacion Roberto trató de subir allá. En vano buscó una vereda, no habia ninguna; los picachos estaban aun coronados de nieve, y á los 3,000 piés de elevacion, necesariamente se dejaba sentir el frio. Mas nada de eso era bastante para arredrar al intrépido montañés, quien ademas de la burla, sentia las punzadas del hambre. Ya arastrándose, ya andando á gatas, ya resbalando aquí, ya empuñándose mas allá, al cabo logró alcanzar una desmoronada almena del arruinado castillo. Una vez allí encaramado, dirigió la vista por el muro arriba, y al mismo tiempo oyó sobre su cabeza el aleteo de un pájaro.

El águila, en efecto, se habia alarmado grandemente y parecia resuelta á disputarle el puesto hasta la última á aquel intruso. Pero este no hacia caso. Cayendo y levantándose subió todavia mas, hasta que tropezó con una roca ó muralla cortada á pico. Salvar este obstáculo era ya toda la dificultad. Metiendo, sin embargo, la escopeta en uno como mechina, pudo afirmar el pié, y entonces agarró con una mano el canto superior del muro, hizo un soberano esfuerzo, y ganó el ventisquero.

Seguro estaba de hallarse entonces muy cerca del nido de la águila, y con cautela continuó avanzando hacia un ventanillo, por donde penetró, y se halló de repente al pié de una escalera, que conducía á una torre. Subió allá, tendió la vista, y no vió el nido, ni oyó el aleteo de la águila; y ya creia que habia trabajado en vano, cuando de improviso rompió la quietud del aire un agudo chillido, rodaron varias piedras, y sintió las garras del ave que le abrian las carnes de la mano con que se apoyaba en los bordes de la torre.

El mozo, con el esfuerzo y el justacuerpo que hizo para ponerse en guardia, estuvo á punto de caer; pero serenándose y afirmando el pié, cogió la escopeta por los tercios, y se preparó á defenderse del águila, que venia sobre él con extraordinaria furia. Se acercó tanto, que el pastor pudo asestarle un golpe en el lomo y atontarla. Esto le dió un respiro. Enderezóse y examinando despacio, vió al fin el nido y dos aguiluchos en él, y allí junto el morral de su comida, cuya cuerda aun no habia podido romper el águila.

Ya era tiempo de que usase su escopeta como arma de fuego; montó y esperó que el águila, si se reponia del primer golpe, no tardaria en atacarle de nuevo y entonces era la ocasion de asegurarla. Efectivamente, ella tendió las alas, giró un momento en el aire y luego cayó sobre la cabeza del mozo, arrancándole la gorra con la punta de las uñas, pero él le metió los puntos al retirarse y le acertó; pues volaron muchas plumas, y aquel rey del aire abatió el vuelo y cayó inmediato á su nido.

Pero no murió de este tiro: repuesta tornó al ataque con doble furia y no cedió el campo sino cuando á los repetidos culatazos de la escopeta del pastor, cansada y moribunda se acostó en el nido, y con la punta del ala quiso cubrir sus azorados polluelos.

—Nada temiamos tanto cuando concurríamos á la escuela, dice un escritor distinguido, como cuando nos castigaban haciéndonos sentar entre dos muchachos. Ah! fuerza de la educacion! Años adelante, sin derramar una lágrima, aprendemos á someternos á esos castigos.



ANTIGUO MOLINO DE AGUA DE SLEEPY HOLLOW, EN TARRYTOWN, NUEVA YORK.



El Bizonte Herido.

SIN duda que es un buen cuadro este, cuya copia damos aquí. Acaba de herirle el cazador, la flecha aun la lleva clavada, y en medio del dolor que le causa, se pára, listo para revolver sobre sus enemigos. Sus compañeros huyen atemorizados, mientras los lobos de las praderas, guiados por el reguero de sangre, siguen la pista de la víctima, con cautela sin embargo, porque todavía respira; pero no bien caiga, se le echarán encima y la devorarán. — Es magnífica la expresion de la agonía del animal herido. En la fuga de los demas bizontes y la persecucion de los cautelosos lobos, tampoco ha dejado nada que desear el pintor. Cierto, no siempre habia de ser el hombre el que diese alma y movimiento y verdad á los cuadros de los inspirados pintores.

EL MOLINO DE SLEEPY HOLLOW.

TARRYTOWN es un lugar célebre en la historia de la revolucion de los Estados Unidos. Sábese que en él ocurrió la prision del jóven André, cuando regresaba á las líneas inglesas, despues de su entrevista nocturna con el traidor Arnold.

Para perpetuar el hecho y fijar el punto donde ocurrió, hace tiempo que han erigido un monumento donde se registran todos los pormenores, lo mismo que los nombres de los tres milicianos que verificaron la captura y salvaron su país de una gran desgracia. Todo esto debe ser familiar á los lectores de la historia de los Estados Unidos, y especialmente á los jóvenes de Cuba y otras partes de Sur América, que han estudiado el inglés en los colegios de Tarrytown. El monumento marca el sitio con fidelidad, y se halla en el promedio del camino carretero que

pasa por el punto mas elevado de dicha poblacion.

Pues siguiendo ese mismo camino hácia el norte, se baja al valle llamado Sleepy Hollow, en la parte mas profunda del cual se halla el antiquísimo molino de agua, del que damos un grabado en el presente número de la ILUSTRACION. Los que hayan leído á Washington Irving, el escritor mas elegante quizás de los Estados

Unidos, recordarán que Sleepy Hollow no solo es el título, sino la escena, de una de las leyendas mas divertidas é interesantes de dicho autor.

Sleepy Hollow significa, á poco mas ó menos, hondonada soporifera, y no hay en ella árbol, piedra, senda, arroyo, ni casa, á que no haya comunicado vida y poesia la pluma de Irving. Los antiguos habitantes de Tarrytown

tienen orgullo en indicar al viajero todos esos sitios hechos célebres, ó por la imaginacion del escritor, ó por la terrible realidad de la historia.

Meteoros Ignees.

La lluvia de fuego que anunciaron los astrónomos para el 13 y 14 de noviembre, no tuvo efecto del lado acá del Atlántico. En Inglaterra, desde las doce hasta las tres de la madrugada del 15 de noviembre, la lluvia de fuego fué espléndida é incesante. La ocurrencia de ese fenómeno celeste, anunciado muy de antemano, ha suscitado discusiones é investigaciones científicas sobre el asunto de los meteoros igneos, y nosotros, aunque meros aficionados, queremos echar nuestro cuarto á espaldas.

No cabe duda que del 11 al 14 de noviembre la tierra pasa por un grupo de innumerables fragmentos de materia planetaria, muchos de los cuales se mueven tan cerca de nosotros, girando como giran en torno del sol con una velocidad media de 35 millas por segundo, es decir, 3,600 veces mas rápidamente que un tren expreso ordinario, — á través del aire excesivamente enrarecido, á una altura de 50 á 70 millas sobre la tierra, y producen, por la excesiva condensacion de ese mismo aire, la luz que llamamos estrellas errantes.

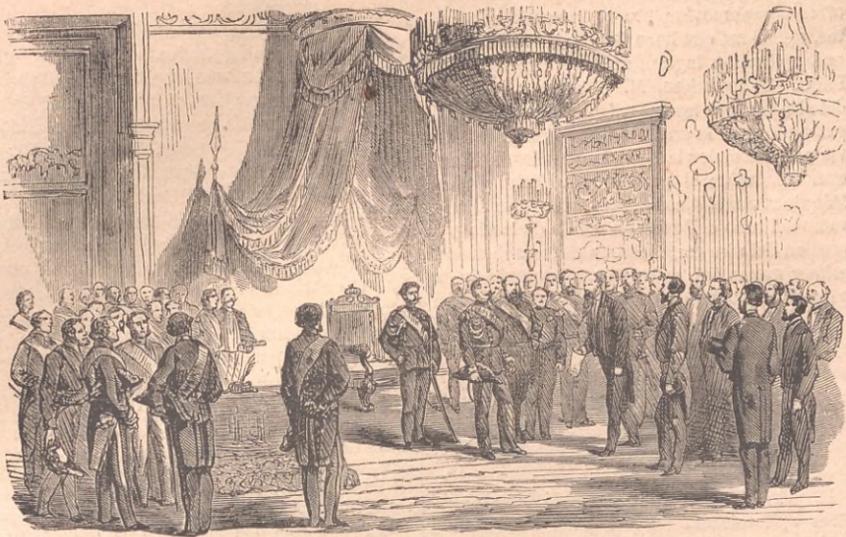
El astrónomo americano Mr. Newton, ha hecho observaciones y es cálculos detenidos, y de parecer que existen siete y medio millones de esos pequeños cuerpos que atraviesan la atmósfera diariamente, los cuales serian visibles en noche clara á un observador, á la simple vista en un algun punto de la superficie de la tierra.

(Concluye pág. 175.)



EL BIZONTE HERIDO.—CUADRO DE W. J. HAYEE, DE LA ACADEMIA NACIONAL.

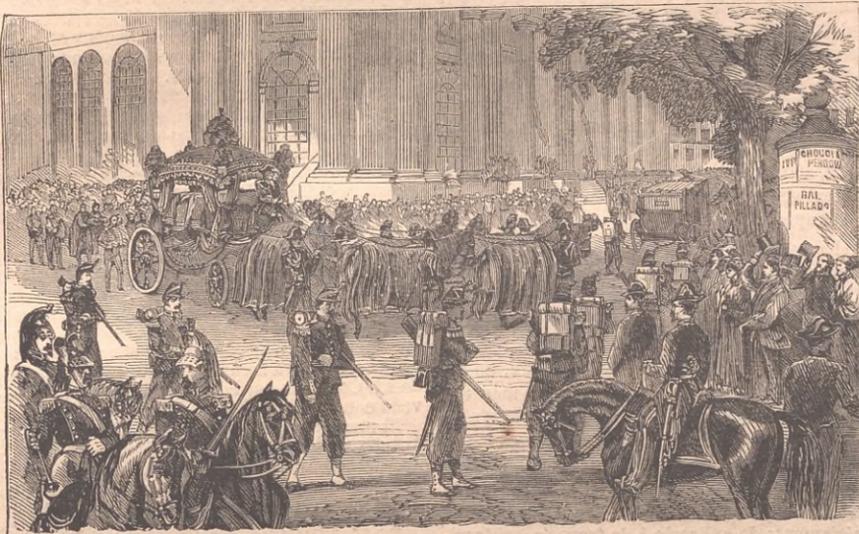
REVISTA EUROPEA ILUSTRADA.



EL PRESIDENTE TECHIO ENTREGANDO A VICTOR MANUEL EL RESULTADO OFICIAL DE LA VOTACION SOBRE ANEXAR VENECIA A LA ITALIA.



EL EMPERADOR NAPOLEON PASANDO REVISTA A LA GUARDIA IMPERIAL EN EL BOSQUE DE BOULOGNE.



FUNERALES DE M. THOUVENEL, EX-MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS DE FRANCIA.—LLEGADA A LA IGLESIA DE SAN SULPICIO EN PARIS.



MANIFESTACION DE LOS VERONESES AL DESPLIEGUE DE LA BANDERA ITALIANA EN LA CIUDADELA.



PROGRESO DEL VIADUCTO DEL VALLE DE HOLBORN EN LONDRES.



DESEMBARCADERO EN JACMEL, HAITI.



M. TECHIO, PRESIDENTE DEL TRIBUNAL CIVIL DE VENECIA, ANUNCIANDO EL RESULTADO DEL VOTO POPULAR.



SEPULCRO DE MARIA CRISTINA, ARCHIDUQUESA DE AUSTRIA.—ESCULPIDO POR CANOVA.



PUBLICACIONES
DE
FRANK LESLIE.

SEMANALES.

"Frank Leslie. Ilustracion Americana."
"Frank Leslie's Illustrated Newspaper."
"Frank Leslie's Chimney Corner."
"Frank Leslie's Illustrirte Zeitung." (Aleman.)
"Frank Leslie's Boy's and Girl's Weekly."

MENSUALES.

"Frank Leslie's Budget of Fun."
"Frank Leslie's Ladies' Magazine."
"Frank Leslie's Pleasant Hours."

A LOS LITERATOS.

PARA llenar como es debido la mision civilizadora del periódico ilustrado, cuya publicacion regular hemos emprendido desde el 7 del corriente, solicitamos la cooperacion de los escritores de la América española. Nuestra empresa es grande cuanto difícil, útil al mismo tiempo que interesante, cumple pues que digamos con franqueza que no bastan nuestras propias fuerzas para llenarla en todas sus partes con felicidad. No sería tampoco el periódico el reflejo de la civilizacion y del carácter americano, si su redaccion se redujese á las producciones meramente de sus actuales redactores. Por eso anunciamos que recibiríamos con gusto toda composicion en prosa ó verso, tales como novelas, cuentos, descripciones de viajes ó de paisajes, de costumbres ó hábitos, biografías, disertaciones, poesías, etc. escritas con brevedad y sencillez, en estilo claro y ameno, propias de la índole de este periódico.

Las composiciones que se nos remitan para su publicacion en la ILUSTRACION AMERICANA, las pagaremos al precio que se convenga entre el autor y los redactores, con arreglo á una pauta que en su caso daremos á conocer. Preferiríamos, sin embargo, que cada autor fijase el precio de su composicion á tiempo de remitirla á esta oficina. Si no la aceptamos, la detendremos hasta que se reclame, esperando que entonces se nos envíe el porte de correo para la devolución.

AVISO.

El editor de LA ILUSTRACION AMERICANA participa á sus favorecedores que no autoriza suscripciones por menos del precio anunciado, persuadido de que, con el TELEGRAMA gratis, dicha publicacion, á ese precio, es la mas barata de su clase en el mundo. Los señores que se suscribieren á menor precio que el publicado, por conducto de agentes ó otras personas, deberán entenderse directamente con ellos, pues este establecimiento no saldrá responsable en tales casos.



Galle de Pearl No. 537.

NUEVA YORK, 2 DE ENERO DE 1867.

Nuestro Periódico.

TERMINÓ anteayer el año de 1866, y nuestro periódico que nació á fines del mismo con timidez, mas lleno de esperanzas halagüeñas, se asoma á las puertas de 1867. ¿Qué nos tiene reservado el nuevo año? Ni debemos ni tenemos el tiempo necesario para entretenernos á sondear el porvenir. Será lo que Dios quiera. Cúmplenos solamente reiterar á nuestros favorecedores las promesas que les hicimos al comenzar nuestras áridas tareas,—esto es, que procuraríamos dar á la ILUSTRACION AMERICANA DE FRANK LESLIE, toda la amenidad, variedad é interés que cabian en nuestras facultades, haciendo el papel lo mas americano posible.

Hasta ahora, no tenemos motivo ninguno para desmayar. Su popularidad se ha extendido á los rincones de la América, y aunque los agentes no se han apresurado á remitirnos el producto de las suscripciones, nos hemos puesto en relacion, por medio del periódico, con todo lo mas granado y distinguido en ciencias, letras y poder que encierra todo este hemisferio. La galería de retratos de personas notables por su saber, por sus virtudes, ó por sus hechos de armas, se aumenta de cada día, y de todas partes, recibimos á título de presente, vistas, paisajes y descripciones. Aunque nos proponemos hacer uso de estos dones con parcimonia, se verá por los números siguientes de la ILUSTRACION, que sabemos apreciar cuanto tienda á dar una idea agradable y exacta de los hombres y de las cosas que forman el bello todo que se llama América. Así cumpliremos con lo que nos aconseja la lógica y nos dicta el corazón.

Pero volvamos atrás los ojos y pasemos en revista algunos de los mas prominentes sucesos del año que acaba de hundirse en los abismos de la eternidad. De todas cuantas empresas ha visto realizar el año de 1866, sin duda que el mundo dará la preminencia á la del establecimiento de las comunicaciones telegráficas entre Europa y América, por medio del cable subatlántico. Este es un gran paso en las vías del progreso. Los hombres hablando se entienden, enseña el vulgar decir, y acercándose aprenden á conocerse y estimarse. ¿Quién negará, pues, que el telégrafo subatlántico, destruyendo la distancia y el tiempo ha estrechado las relaciones de los europeos y los americanos, y ha puesto entrambas civilizaciones la una en frente de la otra? ¿Qué no aprenderán ellas con la comparacion?

El resultado será que las dos políticas que

hoy rigen los dos hemisferios, se asimilarán hasta confundirse en una, triunfando y reinando soberana la que encierra mas verdad, la que mas contribuya al bienestar de los pueblos, la que llene en todas sus partes los designios de la Providencia. Porque la unidad es la tendencia del progreso humano; es decir, unidad constitucional, unidad política, unidad de moneda, unidad de pesos y medidas, unidad de civilizacion, hasta la unidad de lengua.

Y todo esto y mucho mas realizará el telégrafo subatlántico, con su influencia civilizadora. En estos momentos precisamente se ofrece un ejemplo de tan halagüeña verdad. Por los asuntos de Méjico, el gobierno de los Estados Unidos y el de Francia estuvieron á punto de agriar sus relaciones y mediante algunos despachos que se cruzaron en minutos de un continente á otro, toda dificultad quedó allanada y toda mala inteligencia desvanecida, cuando todavía el entendimiento no pudo formular un agravio, ni el corazón tuvo tiempo de dar entrada al rencor.

Pero al paso que la Europa occidental y la América se acercan y estrechan sus relaciones al través del Atlántico, el Oso ruso por medio de los hielos de la Siberia y la América setentrional, con una mano despedaza á los polacos y con la otra tiende un hilo telegráfico, que ya se acerca á San Francisco de California, y pronto colocará en mas propinqua relacion dos grandes pueblos, el representante del absolutismo y la tiranía y el de la libertad mas lata y mejor entendida. Este espectáculo estaba reservado para el año de 1866. ¿Qué resultará de una intinidad tan anómala como extraordinaria? Una política extraña pero fija, que han engendrado los zelos, es la causa de la union, ya se comprende; pero será imposible que los dos principios políticos, que ahora se buscan y se dan un apretón de manos por la puerta falsa del mundo, no se comparen entre sí y de los dos, el que tiene mas fuerza y mas vida, no ejerza una maravillosa influencia en el mas débil, en el que ya no tiene razon de ser.

Es el año de 1866 en que se acerca á su complemento la cortadura del Istmo de Suez, para acercar al Mediterráneo los mares y el comercio de la India. Es en ese año en que se contrata de un modo formal y definitivo la cortadura del Istmo de Darien, que pondrá en mas estrecha relacion las naciones que baña el Atlántico con las que baña el Pacifico.

Y si de estas consideraciones industriales mas que otra cosa, pasamos á consideraciones meramente políticas, ha sido en 1866 cuando se ha efectuado la unidad italiana, hasta ahora hermoso sueño de los patriotas de Italia. Por eso tambien el mundo ilustrado y liberal no ha podido ver sin escándalo la centralizacion de Prusia, que se ha verificado contra la tendencia de las ideas liberales del siglo.

En la parte meridional de este hemisferio hemos visto tambien el año pasado la liga de tres repúblicas en el Pacifico para defenderse de una nacion europea; y otra liga en la costa del Atlántico de dos gobiernos republicanos y uno constitucional para oponerse á una dictadura. Al lado de un hecho en que resplandece en todo su vigor el derecho de la propia defensa, ocurre otro que diferentes personas, entendidas en la materia, han calificado de diverso modo. Pero de todas maneras, aquí como en otro muchos casos, la tendencia á la unidad y al acuerdo de los pueblos entre sí, se ha marcado en el año que acaba de pasar mas que en otro alguno.

Ni es bueno pasar por alto, que ha sido en 1866 cuando este gobierno de los Estados Unidos ha creído conveniente separarse de la política tradicional expectante y de no intervencion, para entrar de lleno y sin embages en la vía de la política opuesta. A ella se debe el que los proyectos de monarquía en Méjico se hayan venido al suelo con estrépito. Este cambio lo venia anunciando el triunfo constante de un partido que por los principios que proclama y las ideas que emite, parece destinado á efectuar en el exterior la misma revolucion que está efectuando en el interior. ¡Ay! de los que se atraviesan en su camino!

Pero ya es hora de soltar la pluma. No somos profetas ni políticos, aspiramos únicamente al honor de literatos, y en este terreno esperamos que el cielo nos concederá la dicha de contribuir á la propagacion del gusto por la lectura, á fin de que la *Ilustracion Americana* prosiga sin tropiezo su curso civilizador.

Correo Atmosférico.

En estos dias se ha hablado mucho en Paris del proyecto, ya en via de ejecucion, que tiene por objeto establecer una comunicacion directa y espontánea entre el Grand Hotel y la Casa de correos, por medio de un tubo subterráneo destinado á recibir y encaminar paquetes y despachos del boulevard á la calle de Juan Jacobo Rousseau. El motor, en este nuevo modo de trasmision, es el aire comprimido, lo que ha hecho que se dé el nombre de *tubo neumático* al conducto subterráneo, y *correo atmosférico* á todo el aparato.

No es nueva la idea de aplicar el peso de la atmósfera al movimiento de los cuerpos pesantes, siendo así que hace tiempo ha podido verse una aplicacion ingeniosa á algunas leguas de Paris. El ingeniero, M. Clegg es el inventor del sistema del ferrocarril que funcionaba á la extremidad de la línea de Saint Germain, y servía para ascender la rampa en lo alto de la cual está construido el paradero de dicha ciudad. Máquinas neumáticas gigantescas formaban el vacío del tubo colocado en medio de la vía y la presión del aire empujaba un piston adherido al primer wagon del convoy, con bastante fuerza para que todo este ascendiese la rampa.

Pero era muy costoso este sistema y no podía aplicarse con ventaja sino en caso de absoluta necesidad; y hubo de abandonarse del todo tan luego como se inventaron las locomotoras de montaña, las cuales arrastran trenes considerables en rampas de 2 á 5 centímetros por metro.

El principio no obstante recibió bien pronto otras aplicaciones. Desde 1858 se trata en Inglaterra de emplear la presión atmosférica en la trasmision de lios y despachos. En 1861 se hicieron los primeros experimentos y fueron tan satisfactorios los resultados, que la administracion de correos inglesa ordenó se pusiese en planta en una de sus líneas mas sobrecargadas. Todo el sistema se redujo á establecer un tubo subterráneo de 75 á 80 centímetros de diámetro, en el cual carritos montados sobre carriles rodaban empujados por la presión del aire, atraídos por el vacío que formaba en el extremo opuesto, una máquina neumática movida por vapor.

Recientemente se ha hecho en Inglaterra una aplicacion mas grande del mismo sistema. Queremos decir, que en vez de trasportar paquetes meramente, trasporta carros de pasajeros, para el tráfico público. En este sistema del camino de hierro de Saint-Germain, no encerraba el tubo, como hemos dicho, mas que un piston móvil; en el de que hablamos ahora, los proyectiles son los mismos carros lanzados en el tubo por la presión del aire. Este nuevo modo de locomocion ya está en planta con los mejores resultados. Y tal que se trata seriamente de aplicarlo á la travesía subterránea del Támesis, del Parlamento al paradero de Waterloo, por una distancia de cerca de 3 kilómetros. Un ingeniero inglés, Mr. Rammel, ha propuesto se adopte este sistema para todos los pasajes subterráneos de las vías férreas en el interior de las poblaciones. Es claro que entre las muchas ventajas que se conseguirían con el cambio, sería la primera la supresion del humo de las locomotoras, tan poco higiénico en sitios tan estrechos. Por medio de máquinas de gran potencia, se conseguiría una fuerza de empuje capaz de hacer pasar un tren á traves de la galería de 12 kilómetros que bien pronto unirá á Bardonneche con Modane, en el Monte Cenís.

Entretanto, si demuestra la experiencia de la trasmision atmosférica que hay economía y comodidad en generalizar este sistema, por qué en vez de restringirlo al transporte de bultos postales, no se aplicaría tambien al de paquetes de todas clases? Esto sin duda se hará así á la corta ó á la larga, porque una cosa está probada fuera de toda duda, esta es, que el sistema es bueno, fácil y seguro.

En la línea del camino de hierro del Norte, a examinar un wagon de tercera clase que no se usaba hacia tiempo, se observó que un pajarito habia construido su nido en el cual habia cinco huevos, cerca del resorte de enganche. Reconoció el wagon y visto que estaba en buen estado se le enganchó á un convoy de mercancías y se despachó á una distancia de 50 kil., donde se detuvo unas treinta y seis horas, y despues de habersele hecho dar varios circuitos volvió al punto de partida.

De este modo el wagon habia estado en movimiento cuatro dias y cuatro noches, y entre tanto el nido no quedó abandonado, al menos por la madre, porque á la vuelta en vez de cinco huevos, se encontraron cinco pichoncitos.

Enterneado por esta muestra de afecto maternal, el guarda-almacen dispuso que se desprendiese el carro del convoy y que se pusiese en lugar seguro; le visitó de tiempo en tiempo y con mucho placer vió que el padre y la madre alimentaban á sus polluelos. A los tres dias tres de estos emprendieron su vuelo, y cinco dias despues los otros abandonaron tambien el nido.

El conductor del tren, que ignoraba todo esto, cuando lo supo, declaró haber visto con sorpresa salir de uno de los wagoes en cada paradero, un pajarito de cola roja que volvia repetidas veces. La gran violencia con que andaba el tren, el ruido de los carros y de la máquina no le espantaban, haciéndole afrontar todos estos peligros el instinto de madre. Sus polluelos tenían necesidad de calor, de abrigo, de alimento y se los prodigaba á traves de los espacios desconocidos sin que la ardebrase obsáculo alguno.

Domingo F. Sarmiento.

ESTE distinguido americano, hijo del Plenipotenciario de la República Argentina en este país que lleva el mismo nombre, y se halla entre nosotros, ha sucumbido en su país natal de resultas de una herida que recibió en el asalto de las trincheras de Cu upaita, Paraguay, el 22 de setiembre. Ya nos preparabamos á publicar el retrato y biografía del ilustre padre, cuando recibimos la nueva de la muerte del valeroso hijo, quien así en las armas como en las letras prometia elevarse á donde no han llegado otros de sus conciudadanos. Los padres del joven capitán Sarmiento y la República Argentina han experimentado una gran pérdida, y nosotros tomamos parte en su duelo.

DIFICULTAD PARLAMENTARIA.—El condado de Wexford en Irlanda acaba de enviar á la Cámara de los Comunes el diputado mas extraordinario que jamás ha tomado asiento en ella. Se llama Arturo Macmurrough Cavanagh, y no tiene *ni brazos ni piernas*, pues en vez de estas solo posee unos zoquetes de seis pulgadas de largo, y los que hacen veces de brazos no pasan de muñones de tres pulgadas de largo. Eso no impide que M. Cavanagh sea un excelente ginete, un atrevido cazador, un hábil dibujante y amigo decidido de toda clase de ejercicios corporales. Tiene por otra parte buenas espaldas y magnífico busto y la Providencia le ha dotado de una gran inteligencia. Monta á caballo en un canasto y será preciso que le lleven en brazos á la Cámara de los Comunes, donde tendrá que hablar encaramado en una mesa para que se le vea.

Naturalmente ocurre la cuestion: pues que le está prohibido á todo profano la entrada en la Cámara ¿autorizará ella á M. Cavanagh para hacerse conducir á su seno?

He aquí el partido que se ha adoptado para conducir á M. Cavanagh á la Cámara sin violar los reglamentos. Reunido el Consejo de Ministros en Downing Street, en casa del primer lord del Tesoro, se discutió el asunto, y por unanimidad se acordó que el honorable miembro por Wexford será descolgado en la Cámara de los Comunes por la abertura del arco de bóveda con una cuerda.

El nuevo diputado de Wexford posee una gran fortuna y goza de mucha popularidad en Irlanda. Escribe cogiendo la pluma con los dientes; su entrada en el parlamento no podrá menos de causar una viva sensacion.

En la Habana y Matanzas ha habido dos hombres notables, parecidos á este; nos traemos al abogado Ferino y al procurador Morejon, los cuales era preciso conducirlos á los tribunales en brazos de esclavos.

—En el Mundo Ilustrado, M. Loredano Larchey da pormenores muy curiosos sobre la estada de Napoleon en casa del mariscal Bessieres.

Napoleon llegó tempranito á Grignon; su séquito era numeroso, pues le acompañaban el rey de Baviera, y las reinas de Nápoles y Holanda, y la gran duquesa de Baden. Así que bajó del coche, se fué á cazar y mató muchos faisanes y perdices pero erró otros tantos tiros.

A cada tiro un oficial de caza que le seguía al pié, ya cayese la pieza ó no, decía:

—Ala rota, pata colgante.

Napoleon, que habia hecho muchas malas punterías, se impacientó de oír esta cantinela eterna y la última vez que el hombre dijo, ala rota:

—Pues bien, exclamó; vaya á buscarla.

Esta orden hubiera sido muy difícil ejecutarla porque el pájaro habia emprendido el vuelo. El desgraciado cortesano se excusó del modo mejor que pudo diciendo:

—Cierto, sire, me habia engañado.

Despues de haber cazado algunas horas, el emperador se retiró al cuarto que le habian preparado y no reapareció sino cuando sirvieron la comida. . . . En seguida se bailó. Todos tomaron parte en este género de diversion de buena ó mala gana, pues hasta bailó el rey de Baviera á quien dijo el Emperador con bastante dureza:

—Rey de Baviera, danzad.

Y este monarca que entonces tenia cincuenta y cinco años de edad y estaba casi obeso se apresuró á tomar compañera y se colocó en una de las cuadrillas.

—El autor de la *Vida de Jesus* y de los *Ayós-toles* acaba de comprar una casa de campo. M. Renan ha escogido para escritorio una pieza, cuyas ventanas dan sobre un campo erial.

No se cultivará nunca este pedazo de terreno y M. Renan le llama *el campo de las conjeturas*. Ahí se encierra toda la crítica del sistema exegético de M. Renan.

UNION ADAMS.—Recomendamos este almacén de efectos para caballeros á todos nuestros favorecedores. El surtido mas variado y completo, al paso que mas equitativos se encuentran ahí. En él se habla inglés, italiano y español, y se atiende á los parroquianos con esmero y cortesía.

MÁQUINAS DE COSER DE FLORENCE.—No anuncian estas máquinas un nuevo principio; pero sin duda que han introducido sus fabricantes grandes mejoras sobre las ya conocidas, mejoras que tienen por objeto la sencillez del mecanismo, la comodidad y facilidad del trabajo, y sobre todo la baratez. Bajo estas consideraciones, recomendamos las máquinas de coser de Florence, como una de las mejores y mas bellas últimamente fabricadas en este país.



LECCIONES ORALES DEL ABUELO.

LA IMPRENTA.

CUANDO se halló el medio de representar á la vista los sonidos que constituyen las palabras, ya pudieron los hombres comunicar las ideas por ellas expresadas no solo á los ausentes sino también á las generaciones que hubieran de venir. Escribiéronse entonces los cantos religiosos, las leyes civiles, los hechos que se atribuían á los dioses y las hazañas que ejecutaron los grandes hombres que llamaron héroes; en fin cuanto se creía digno de recordación perpetua. Dichos documentos se guardaron unos en los templos, otros en las bibliotecas establecidas en las ciudades.

El trabajo de transcribir las producciones del ingenio de los sabios era la única ocupacion de los copistas, hombres hábiles en pintar letras y adornarlas con trazos y dibujos primorosos. Los ricos que querian formar colecciones de libros, compraban á precio de oro esclavos diestros en el arte, dedicados solamente á copiar manuscritos de las bibliotecas públicas ó las obras que escribían los insignes ingenios de la época. Ya dije á Vds. que tambien los monjes se dedicaron á transcribir para las librerías de sus conventos las obras clásicas de Grecia y Roma y las vidas de los varones que morían en olor de santidad. Existen aún trabajos de esas épocas que son modelos de caligrafía, portentos de destreza y artificio tan diminutos algunos que no se concibe como hubo paciencia que acometiera y acabara obra de tan delicada y exquisita ejecución.

Pero este procedimiento, sobre ser muy lento era muy costoso en demasía, y solamente los hombres acaudalados gozaban el privilegio de poseer copias de valiosos manuscritos, fruto de la inteligencia de los sabios. Si á esto se añaden que los progresos hechos en las ciencias solo se comunicaban á precio de oro y á condicion de la reserva que se exigía á los enseñados, se comprenderá porqué la masa del pueblo antiguo vivía en la máxima ignorancia sin dedicarse jamás á las artes liberales.

Tal era el estado de la sociedad hasta el siglo quince en que Guttemberg inventó la imprenta.

Antes de hablar del invento diré á Vds. algo sobre el hombre á quien se debe todo el progreso que ha alcanzado en la edad en que vivimos.

Juan Guttemberg nació el año de 1405 en Maguncia, ciudad situada á orillas del Rin. Habiendo en su juventud tomado parte en las disensiones políticas de su país natal, se vió obligado á alejarse de él cuando triunfó el partido al cual hacía oposicion. Deseoso de adquirir ciencia viajó por Alemania, Suiza, Italia y finalmente pasó á visitar la Holanda. En la ciudad de Haarlem trabó relaciones amistosas con un sacristán de la catedral llamado Lorenzo Koster, quien le mostró como objeto curioso una gramática latina copiada por medio de un procedimiento que la casualidad le habia enseñado. Referia Koster que paseando un dia por los bosques se detuvo á grabar con una cuchilla sobre la corteza verde de un árbol la letra inicial de su nombre enlazada con la del de una jóven á quien galanteaba; que cortando los caracteres grabados los llevó á su amante enuelto en una hoja de pergamino; mas al desdoser este vió con sorpresa que en él aparecían pintadas las iniciales que habia traído dentro; que desde entonces comenzó á hacer ensayos con pedazos de madera tallados en forma de letras que mojaba con tinta negra y despues comprimía fuertemente sobre el pergamino hasta que las veía aparecer en este: finalmente, que á fuerza de paciencia habia llegado á imprimir la gramática latina que enseñaba á Guttemberg.

Guttemberg no echó, como decimos vulgarmente, la cosa en saco roto, pues comprendía que hecho en apariencia tan simple, despues de perfeccionado, habria de dar á la palabra alas para salvar las distancias y ecos que la repetirían en todas direcciones y de unas épocas á otras.

Parte Guttemberg de Haarlem y se va á Strasburgo decidido á perfeccionar el arte, cuya gran importancia Koster no habia llegado á comprender.

Encerrado en su aposento discurría el medio de hacer caracteres movibles de los cuales pudiera valerse en mas de una ocasion y al fin le ocurrió ensartarlos á guisa de rosario por un taladro lateral, logrando de este modo estampar sobre el pergamino mas de una palabra que componia con las letras.

Cuanto que la misma noche en que dió cabo á la empresa tuvo un sueño y oyó una voz que le animaba á no desmayar en su empeño, pues su nombre alcanzaria fama inmortal si lograba perfeccionar un arte por el cual las obras de los grandes ingenios sobrevivirian á las convulsiones de los pueblos y á los extragos del tiempo. Despues de esta voz, le pareció oír otra que se empeñaba en disuadirle de continuar la empresa que habia comenzado, asegurándole que los hombres harían pésimo uso del don que él iba á hacerles, que por medio del invento la corrupcion de un malvado contaminaria á mi-

llares de individuos, y que si él, Guttemberg, adquiria alguna gloria, seria á costa de la salvacion de su alma.

Al despertar vaciló Guttemberg entre seguir ó abandonar la comenzada empresa; pero pudo mas en él el amor á la gloria y probablemente la conviccion de que el individuo no ha de ser responsable del mal uso que hagan los demas hombres de dones que así pueden ocasionar males como producir bienes.

La falta de recursos pecuniarios para continuar la obra que tenia entre manos, obligó á Guttemberg á asociarse con Dritzchen, Riffe, Fausto y Heilman, ciudadanos ricos de Strasburgo á quienes prometió ceder parte de las ganancias que produjera el invento.

Al fin diéronse al público biblias y salterios impresos con la perfeccion que puede esperarse de un arte incipiente. Schoffer, yerno de Fausto, á quien se asoció despues Guttemberg, sustituyó caracteres de plomo á los de madera, y con ellos publicó en 1457 un Salterio y la Biblia de Maguncia. Despues de la muerte de Guttemberg el arte se extendió por toda la Europa bajo la proteccion de los reyes, y á los impresores se concedió privilegios especiales.

Esta es la historia de la invencion de la imprenta. Desde que llegó esta á la perfeccion las obras de los grandes ingenios se han hecho inmortales: se han abierto para todos los hombres los tesoros del saber humano; conversamos con las generaciones que ya fueron, y pasarán á la posteridad los monumentos de la civilizacion moderna. A la imprenta se debe que los grandes hechos de la humanidad no se entreguen al olvido: por ella la verdad y el error luchan con armas iguales—las doctrinas ora basadas en principios falsos, ora fundadas en razones sólidas circulan libremente entre los hombres de todos los países y de todos los tiempos.

No hay guarismos para contar las obras que se han dado á la estampa en los tres siglos y medio que hace se inventó la imprenta, ni pueden tampoco apreciarse los beneficios que ha producido en la educacion del individuo y en el bienestar de los pueblos.

Arte tan maravilloso, hijos míos, consiste en el mas sencillo mecanismo, y aunque me reservo llevar á Vds. uno de estos dias á una imprenta, les daré una idea del modo con que se imprimen los libros.

Se llaman tipos las letras hechas de plomo que sirven para estampar las palabras en el papel. Son mas ó menos grandes, y segun sus dimensiones y especialidades se llaman *brevariario, glosilla, nonpareil, versalita, entredos, lectura chica, lectura gorda, atanasia, teoio, parangona, gran canon, peticano, canon chico, misal*, etc.

El encargado de componer con los tipos las palabras es el *cajista*, oficial que va cogiéndolas de la *caja* y colocándolas uno á uno en un listón de madera ó hierro llamado *componedor*. Cuando se ha terminado este trabajo se lleva á la *galera*, tabla que sirve para poner las líneas de letras que se van componiendo. Cuando se han corregido las *pruebas*, que son planas que se *tiran* en papel ordinario como muestras, se hace por medio de prensa la *tirada* ó sea la impresion entera de la obra ó de algunos de sus pliegos. Impresa la obra, se *descomponen* los tipos, que pueden servir para otra ocasion, ó si se quiere se convierten en planchas sólidas por medio del arte que se llama *estereotipia* ó *electrotipia* cuando se valen de la electricidad para conseguir el objeto.

Meteoros Igneos.

(Conclusion.)

Todavía más, opina que si se vieran todos los meteoros en una noche clara, pero sin luna, suponiendo que el globo terráqueo fuese una retina y se ayudase de un poderoso telescopio, que la abrazase toda en torno, y pudieran contarse de este modo, no bajaría su número de *cuatrocientos millones*. Los 240,000 poco mas ó menos que se vieron hácia el 13 de noviembre no forman mas que un solo y compacto grupo, que en la apariencia hacen parte del mismo fragmento de un planeta. Se calcula que en el espacio ocupado por la tierra con su atmósfera, hay siempre en un momento dado 13,000 cuerpos pequeños de los llamados estrellas errantes, los cuales en circunstancias favorables podrian ser visibles á la simple vista, y al menos cuarenta veces mas de los que se verían con un telescopio bajo las mismas circunstancias.

Y todos esos cuerpos, debe recordarse, tocan á la atmósfera de la tierra en su margen superior, pues emiten luz cuando tropiezan con ella. Se acercan demasiado á la tierra para que los hiera la luz del sol durante nuestras noches. Se cree, que no pocos de esos fragmentos planetarios, pueden ser atraídos fuera de sus órbitas solares á la esfera de atraccion de la tierra, y convertirse en satélites permanentes de ella, aunque demasiado pequeños y harto cerca para la ordinaria observacion; y unos pocos, por el impulso ó de otra manera, han caído sobre la tierra.

En su libro sobre "Los Cielos," dice Mr. Gillemín, que un astrónomo francés, M. Petit, de Tolosa, asigna á uno de dichos cuerpos un periodo de revolucion en torno de la tierra de 3 horas y 20 minutos, á una distancia de 5,000 millas. Así pues, si esto es así, tenemos un satélite á una distancia que no pasa mucho de un solo radio de la tierra, no tan lejos de su superficie como Lima de Nueva York, que revuelve en torno nuestro, en menos de la sexta parte de nuestro dia. Y si tiene razon en este caso, lo probable es que haya muchos otros de esos cuerpecitos que giran en torno de nuestras cabezas á mayor ó menor distancia. Su magnitud debe ser mas diminuta que la de todos los planetas conocidos, la existencia de la mayor parte de los cuales ni siquiera sospecharíamos á no ser por los fognazos que sueltan cuando tocan nuestra atmósfera. Mr. Herschel cree que la mayor parte de las estrellas errantes no pesan mas de dos onzas; y el meteoro mas grande se calcula que pesa unas 200 libras.

El Perro del Barbero.

Un individuo entró á afeitarse en casa de uno de esos barberos que Dios ha puesto en el mundo para castigo de los hombres. La desgraciada víctima, que ignoraba en qué manos habia caído, tomó asiento con la mayor tranquilidad en un vetusto sillón situado delante de una mesa de pino, sobre la que habia un gran vidrio que conservaba señales de haber estado azogado años atrás.

El rapa-barbas se armó instantáneamente de su bacía, cubrió de jabon la cara de nuestro hombre y blandió el arma terrible con que debia consumarse el cruento sacrificio.

En aquel momento, un perro del barbero, que aparentaba dormir á la bartola delante de la puerta del establecimiento, se levantó perezosamente, estiró la pata izquierda, meneó el rabo en señal de alegría, y relamiéndose el hocico, fué á colocarse en frente del mártir sobre el que clavó una mirada penetrante.

—Maestro, preguntó el paciente, ¿muere este perro?

—No, señor, es un animal mansísimo.

Dicho esto, el barbero sentó la navaja sobre el rostro de su víctima y empezó á desollarle con la sangre fria de un facineroso avezado al crimen. Cada vez que la navaja, cambiando de direccion, penetraba en la carne, el mártir exhalaba un quejido y el perro volvia á relamerse lanzando un ahullido prolongado y balanceándose sobre las patas delanteras con impaciencia.

—Maestro, volvió á preguntar el hombre, ¿está V. seguro de que su perro no muere?

—Tan seguro como de mí mismo. Le repito á V. que es el animal mas noble y leal que se conoce.

—Pero no nota V. que me mira de un modo particular, y que se relame como un goloso cada vez que la maldita navaja me desgarrá la piel?

—Eso lo hace sin mala intencion, caballero, el pobrecito está acostumbrado á desayunarse con los trozos de pellejo que sueltan las caras de mis marchantes cuando se me va la mano.

Al escuchar la víctima aquellas palabras, huýó del lugar del suplicio con el rostro enjabinado, y no paró de correr hasta que se puso á respetable distancia del barbero y de su perro.

El Noaquismo.

NINGUN sistema en el mundo, que sepamos; ninguna religion ó secta, ningun principio ha tenido jamás la extension y el proselitismo ferrosos que la escuela de Noé. No se nos habla mas de Confucio, ni de Sócrates, ni de Jesucristo, ni de Mahoma; ninguno ha alcanzado á extender tanto su enseñanza como Noé ó Noah, patriarca, hijo de Lameth, que nació cosa de 2,900 años ántes de nuestra Era.

Este afortunado mortal, á quien nos pinta la Escritura salvándose del diluvio ó inundacion universal, en una arca, fué el primero que plantó una viña en las vertientes del Monte Ararat, (Armenia,) y el primero que probó, mejor dicho, gustó del zumo de la uva y perdió desgraciadamente la razon.

Nuestros lectores juzgarán por sí mismos si la doctrina ha tenido boga!

Por lo que á nosotros hace, para convencernos mas y mas de lo que venimos estableciendo, nos bastará recordar que, en solo Francia, hay mas de cinco millones de acres sembrados de viñas, las cuales producen al año, término medio, 900 millones de galones de vino. La poblacion total del planeta que habitamos, es, segun Balbi, mil millones; de donde se colige, pues, que solo Francia da un galon de vino á cada habitante del globo, sin contar con los que le dan tambien España, Portugal, Italia, Sicilia, Hungría, Grecia, Alemania, California, y muchas otras partes del Norte y Sur de América.—Noé sembró una viña; hoy se calculan de 18 á 20 millones de acres sembrados de la planta que da la uva.—Noé probó del zumo de esta; hoy, (á pesar de las sociedades de temperancia,) pasan 400 millones de individuos: los que beben vino.—Noé se embriagó.....

Le vin entre et la raison sort.

Fuerza nos es volver atras y repetir:—ninguna enseñanza ha sido tan universal, ninguna escuela puede compararse al *noaquismo*.

Y téngase presente que el vino ó sea el zumo de la uva en todos sus diversos grados de fermentacion, ha dado nacimiento á la cidra (jugo de manzanas fermentado,) al *perry*, (especie de cidra de peras,) al vino de grosella de Granada, de uva espin, de naranja, al chacolí, á la ginebra, á la cerveza, (bebida de cebada y lúpulo,) al cherry-brandy (vino de cerezas,) al vino de arroz, (este se usa mucho en China,) &c. &c. Todos se consumen, todos entran á la parte con el vino de uva, y todos dilatan su imperio conquistando cada vez mas territorio para su soberanía.....

En los primeros tiempos de la república romana, el uso del vino estuvo severamente prohibido á las mujeres, y aun permitió Rómulo que pudiera el marido repudiar, y dar muerte á su mujer, si la sorpendia bebiendo. Los Cartagineses prohibieron el vino á los magistrados y á los soldados.—Mahoma puso un interdicto terrible á los Arabes, (Turcos) para que no probasen licor.—Las sociedades de temperancia fundadas en los Estados Unidos de América ó Inglaterra tienen por objeto retener el abuso de los licores espirituosos. Los *totalistas* de Lóndres hacen cuanto es imaginable por anatematizar el vino y á sus afines y consanguíneos... Nada! Trabajo en vano! Los discípulos de Noé perseveran en su doctrina y la propagan. La ley de Rómulo no rige en Roma; en Cartago bebe todo el mundo, y en Arabia y en Turquía se guarda la ley del Profeta como nosotros guardamos, ni mas ni menos, las del ayuno y la abstinencia; bebiendo todo el que puede comprar vino, porque no faltan jamás excelentes razones para dispensarse de la *impertinente* ordenanza que lo proscribire. El vino se compone de alcohol, de cierta ma-

teria azucarada, de ácido málico, de ácido tártrico, de tártaro acidulado de potasa, de ácido acético, de una materia colorante que tiene analogía con el tanino, y algunas ocasiones, de una sustancia aromática. ¡Vean nuestros lectores todo lo que se meten en el cuerpo los sectarios y discípulos de Noé!!

Son los vinos blancos ó rojos. Estos difieren de los primeros, no solo en el color, sino tambien en la mayor cantidad de tanino que contienen.

La cantidad de alcohol varia en los vinos de 7 á 23 por 100. El Oporto y el sherry son los mas fuertes, el clarete y el moselle los mas suaves.

Tomado el vino en moderada cantidad, es un estimulante para la buena digestion. Los vinos que contienen mucho tártaro y materia colorante, como por ejemplo los de Burdeos, son tónicos y astringentes; los blancos y ácidos son diuréticos.

La raza meridional ó latina consume mucha cantidad de vino; la raza anglo-sajona, y anglo-americana consume mas cerveza que vino. La cerveza puede considerarse como la bebida nacional de la raza anglo-americana.

David dejó escrito:

Vinum delectat cor hominis;

nada dijo de la cerveza, de la ginebra, ni de otras bebidas alcohólicas en uso. Estas deben tambien, por parentesco, con el vino, deleitar el corazon de los que las toman; mas, lo que sí puede asegurarse, sin temor de errar, ni de ser por nadie desmentido, es que, con frecuencia, perturban la razon de los consumidores y los hacen aparecer en la mas vil y degradante situacion á que puede reducirse la humanidad.

Esperemos que el buen sentido y las ideas de dignidad y decoro retengan á los noaquitas en la senda de la perdicion. Entre tanto, no nos cansaremos de repetirles un apotegma francés lleno de cordura:

Mettez de l'eau dans votre vin, et vous n'y mettez pas des larmes.

BAJO RELIEVES.—Los bajo relieves han contribuido á esclarecer ciertos puntos oscuros de la Historia en lo relativo á los trajes, usos, armas y costumbres de los pueblos de la antigüedad. Los egipcios fueron los que primero emplearon bajo relieves para adornar sus templos, altares, columnas y sarcófagos, adornos que han ayudado á determinar el objeto de ciertas estatuas aisladas, reconociéndolas por medio de la comparacion, así como para transmitirnos los retratos de algunos personajes célebres.

Los bajo relieves se ejecutaban sobre piedras, marfil y toda especie de metales. Alcon de Milca, fué segun Ovidio, el primer artista que cinceló bajos relieves sobre vasos de plata, pero Cluvier combate poderosamente aquel aserto. Los griegos sobresalieron en esta clase de trabajos, y aseguran que Fidias los llevó al mayor grado del perfeccionamiento. Los romanos aunque menos hábiles en escultura que los griegos, nos han legado hermosos bajos relieves que pueden admirarse en las columnas Trajana, Antonina y otros monumentos. En la edad media tambien se construyeron magníficas obras de aquella especie que se conservan intactas en varios templos y sepulcros fabricados en Europa. En la actualidad, gracias á los adelantos del siglo, la decoracion en relieve está al alcance de las módicas fortunas, pues son varias las materias con que pueden elaborarse por medio de moldes, tales como la madera zalada, el carton piedra, la materia plástica del S. Dedeux y otras cuya enumeracion seria muy larga.

PAPEL.—Segun opiniones autorizadas, los Chinos inventaron el papel en el siglo primero de nuestra era. Las primeras fábricas de papel de algodón que funcionaron en Europa fueron establecidas en España el siglo XII y el papel español mereció en aquella época de grande aceptación en los mercados extranjeros. Los españoles fueron los primeros que establecieron molinos movidos por el agua, inventaron los moldes y perfeccionaron la manera de estampar.

En el siglo XIII se establecieron en Francia y Alemania los primeros molinos de papel de algodón.

El papel de hilo fué inventado en el siglo XIV por los italianos, y en Inglaterra, segun opinion general, no se dedicaron á la elaboracion del papel hasta el año de 1588 en que empezaron á construir molinos.

ROPA INTERIOR DE VERANO

PARA

Señoras y Caballeros.

SE HALLARÁ SIEMPRE DE VENTA.

A precios bajos,

EN EL ALMACEN DE

UNION ADAMS,

No. 637 Broadway.

NEW YORK.

Ldo. José A. Quintero,

NOTARIO PUBLICO,

30 calle de Camp,

NUEVA ORLEANS.

CHICKERING & SONS

PIANOS

De Pierna de Calzon, de Mesa y Verticales.



Seenta y cinco premios de primera clase, medallas de oro y plata han obtenido nuestros pianos, siempre que se han presentado en competencia en las principales ferias de este país, y una medalla en la Exposicion Universal de Londres adonde los mejores constructores de Europa mandaron sus pianos.

La superioridad de estos pianos lo prueba abundantemente el sin número de cartas y testimonios los mas satisfactorios que llegan diariamente á nuestras manos de los principales fabricantes de pianos, y los primeros pianistas de Europa entre los cuales mencionaremos:

Mr. H. & T. Broadwood, de la Sociedad Broadwood & Sons, de Londres.

- Mr. C. D. Collard, firm of Collard & Collar, London.
- Mlle. A. Goddard, Carl Reinecke,
- Ohas. Halle, W. Kuhe,
- Jules Benedict, S. A. Chappel,
- James M. Wehli, ene Farvarger,
- G. A. Osborne, Lindsay Sloper,
- M. W. Balfe, Sydney Smith,
- L. Moscheles, Brinles Richards,
- Alfred Jaell, Giulio Rigondi,
- J. L. Hatton, Y. Von Arnold,
- Louis Plaidy, y muchos otros.

PIANOS DE PIERNA DE CALZON, DE MESA Y VERTICALES CON PUENTE COMPLETO, TRES UNISONOS Y DEMAS MEJORAS MODERNAS.

Cada instrumento hecho por nosotros está completamente garantizado.

ALMACEN:

No. 652 BROADWAY, Nueva York.

WASHINGTON St., No. 246 Boston.

Tienen agentes autorizados en todas las principales ciudades de la Union.

MATERIALES FOTOGRAFICOS.

ESTEREOSCOPOS.

VISTAS Y ALBUMS FOTOGRAFICOS.

El Establecimiento MAS GRANDE EN SU LINEA en todo el Mundo.

E. & H. T. ANTHONY & CO.,
501 Broadway,
NUEVA YORK.

COLECCION DE RELACIONES Y DOCUMENTOS RAROS Y ORIGINALES

RELATIVOS AL

Descubrimiento y a la Conquista de America SACADOS PRINCIPALMENTE DE LOS ARCHIVOS ESPAÑOLES.

Publicados en su Texto Original

CON TRADUCCIONES, NOTAS ACLARATORIAS, MAPAS Y RESEÑAS BIOGRAFICAS,

POR E. G. SQUIER, M.A. F.S.A.,

Miembro de la Sociedad de Anticuarios de Francia; de la Real Sociedad de Anticuarios de Dinamarca; del Instituto Arqueológico de la Gran Bretaña; de la Sociedad Etnológica Americana, etc., etc.

El No. 1, con traduccion en ingles y un mapa, está ya de venta, impreso 4o menor, en tipo antiguo y en papel excelente; y contiene:

Carta dirigida al Rey de España por el Dr. Don Diego de Palacio, Oidor de la Real Audiencia de Guatemala, año 1576.

Se ha impreso ahora por la primera vez en su texto original y la acompaña una traduccion inglesa. Contiene la mas antigua relacion de las Ruinas de Copan. Las visitó Palacio quien las encontró despues del Descubrimiento, casi en su condicion actual. Sus observaciones sobre los indios, su idioma, sus usos y costumbres son muy detalladas y exactas.

El número consta de 130 páginas. Precio, mandado por el correo ó por otro conducto \$5.

El No. 2, Monógrafos de autores que han escrito sobre las lenguas de la América Central y recogido Vocabularios ó Compuesto libros en los dialectos nativos de ese país.

Este número consta de 70 páginas. Precio \$3. Los que deseen suscribirse pueden acudir á la oficina de LA ILUSTRACION AMERICANA.

537 Pearl Street, Nueva York.

REAL LOTERIA DE LA HABANA.

SORTEO DE 9 DE OCTUBRE DE 1866.

| | | |
|----------------------|-----------------------|-----------|
| No. 12,315 | premiado en | \$100,000 |
| No. 30,979 | " | 50,000 |
| No. 16,133 | " | 25,000 |
| No. 12,175 | " | 10,000 |
| No. 16,472 | " | 5,000 |
| No. 17,373 | " | 5,000 |

Estos son los mayores premios. Los premios se pagan en oro. Se dan informes. Se pagan los premios mas altos por las onzas de oro ó moneda de plata.

TAYLOR & Co., Banqueros, 16 Wall St. N. Y.



El sastre Bright entallándole un Traje Yankee al jóven Sr. Bull. EL SASTRE.—Cierito, mi jóven amigo, si pudieras verte, te sorprenderias del cambio.

PARA CURAR

Las Enfermedades del ESTOMAGO Y LOS RIÑONES, EL REUMATISMO, LA HIDROPESIA, LA GOTA, LA PIEDRA, y todos los desarreglos que proceden de los excesos ó imprudencias,

Usese el Extracto de Bucku DE SMOLANDERO,

Que venden B. F. STEPHENS, O'Reilly No. 42, Habana, y todos los boticarios en general; BURLEIGH & ROGERS, Boston, Mass., Agentes Generales por el propietario, E. de los U. E.

MAQUINAS DE COSER

DE

GROVER Y BAKER

495 BROADWAY, N. Y.

Son las que han obtenido el premio mayor por La Elasticidad y Fortaleza de su Puntada.

NOTICIA!

MAQUINAS DE COSER DE

EMPIRE LOGK STICH,

LAS ULTIMAS MEJORAS CON PRIVILEGIO.



No tienen igual en el trabajo, en la facilidad de manejarse, en su fortaleza, en su sencillez, en el poco ruido que hacen y en la belleza de su construccion. A los Agentes que compren para exportar se les hace una gran rebaja.

Dirijirse á EMPIRE SEWING MACHINE Co.

616 Broadway, New York.

NO MAS SARPULLIDO.

SE AGABO LA SARNA.

El Unguento de Wheaton

Los cura en 48 horas.

Tambien cura Tiña, Ulceras, Sabañones y todas las Erupciones cutáneas.—Precio 50 centavos. Se vende en todas las Boticas.

A las personas que remitan 60 centavos á WEEKS & POTTER, únicos Agentes, 170 Washington St., Boston, se les enviará una cajita por el correo, á cualquier parte de los Estados Unidos.



AVENTURA DE UN JÓVEN CON UN ÁGUILA.—PÁG. 171.

LA MAQUINA DE LAVAR Y EXPRIMIDOR LA UNION



Obtuvo la primera medalla en las Exposiciones de Europa y América.—Garantizada.—Lava perfectamente sin necesidad de remojar, restregar, machacar ó hervir. Los Exprimidores se adaptan á toda clase de tinajas, y es lo mejor que se conoce. Se usan en los hoteles, conventos y en las casas particulares.

J. WARD & Co.,
23 Cortland Street, Nueva York.

ESCUELA DE SEÑORITAS,

Dirigida por Madama C. MEARS,

Situada en la Avenida de Madison, No. 224, ciudad de NUEVA YORK.

Se enseña inglés, francés y español y se admiten pupilas y medio pupilas. Las clases principian desde el 2 de setiembre y continúan abiertas hasta el 1 de julio.

El que desee informes sobre esta Academia, puede dirigirse á los señores

IZNAGA DEL VALLE y CA.

En esta ciudad.

METROPOLITAN HOTEL

NUEVA YORK.

S. LELAND & CA.

Propietarios.

E. STEIGER,

Agente de Periodicos Americanos y Europeos, Importador y Libroero, Publicador e Impresor,

17 & 19 North William Street,

NUEVA YORK.

Surtido de Libros Alemanes de todas clases.

Publicaciones baratas y Libros de Escuela.

AGENCIA ESPECIAL PARA LA

Coleccion de Autores Españoles.

Publicada por BROCKHAUS en LEIPZIG.

AGENCIA GENERAL DEL

"Weser Zeitung," "Koelnisch Zeitung" y otros Periódicos Alemanes.

Catálogos gratis.

PALMER & Co.,

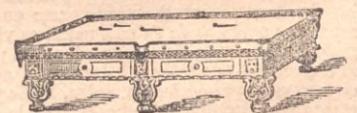
FABRICANTES DE

TINTA DE IMPRIMIR.

327 Pearl Street., Edificio de Harper, NUEVA YORK.

Tintas de imprimir de todas clases de la mas superior calidad. Tienen constantemente en su establecimiento un buen surtido, para llenar con prontitud las órdenes á precios muy bajos.

Mesas de Billar Americanas de primer orden.



Y COMBINACION DE COJINES.

Aprobadas y adoptadas por el Congreso de los aficionados al billar. Son las mejores y únicas en su clase que se manufacturan en el país. Todo lo concerniente á artículos de billar, como son tacos, bolas, etc., se hallarán de venta en el almacén de los señores

PHELAN & COLLENDER,

Nos. 63, 65, 67 y 69 calle de Crosby, Nueva York.

COMPANIA AMERICANA

DE

BILLETES DE BANCO

OFICINA PRINCIPAL,

No. 142 BROADWAY.

Esquina a Liberty Street, NUEVA YORK.

SUCURSALES EN

Boston, Filadelfia, Cincinnati, Nueva Orleans y Montreal.

Graba Billetes de Banco, Bonos de Corporaciones y Gobiernos, Libramientos, Certificados, Sellos de Correo y Renta, Y toda clase de Vales y Documentos.

Todos en el estilo mas fino y elegante y con los requisitos para evitar la falsificacion.

JNO. E. GAVIT, Presidente.

A. G. GOODALL, Vice-Presidente.

NEZIAH WRIGHT, Tesorero.

C. L. VANZANDT, Secretario.

E. A. VASQUEZ,

CORTADOR

De los Señores BROOKS Bros.,

Sastres,

464 Broadway,

New York

DEGRAAF Y TAYLOR,

87 y 89 Bowery, Nueva York.

Poseen un gran y variado surtido de muebles de sala y comedor, lo mismo que camas de todas clases. Es el establecimiento que mas puede satisfacer las necesidades del mercado en los Estados Unidos. Venden por mayor y menor á precios ínfimos.